ZAHARA C. ORDÓÑEZ

Entre el deber y el placer

NOCHES DE ROMANCE EN BATH III

Selecta

Entre el deber y el placer

SERIE

Noches de romance en Bath 3

Zahara C. Ordóñez

Selecta

A Eva Gómez. Amiga, actriz, luchadora.
Que toda la suerte del mundo te favorezca.

Capítulo 1

Enero de 1819

Pentargon Park, Trevena, Cornualles.

Si por cada vez que Orestes Trebarwith le había dicho a su hijo Henry que debería haber nacido en otra familia le hubieran dado al joven un chelín, tendría la mayor fortuna de Inglaterra. Pero esos agravios nunca le eran cobrados al padre en ninguna de las formas posibles y sí a su vástago, que pagaba con trozos de su corazón por cada una de las palabras. Quizá por eso, al rodar de los años, Henry se había ido apagando como cordel de vela ahogado en una cera hecha de esperanzas frustradas, de sueños que morían antes de ser imaginados, de futuros dibujados sobre la arena. Era su padre viento huracanado que soplaba para que no quedase de ellos la mínima reminiscencia. Y, a base de soplar, ese chiquillo, tiempo atrás alegre, entusiasta de las artes, la poesía, la vida y el amor, estaba a punto de ser una sombra de sí mismo. A veces temía que, o sucedía algo que cambiase su vida, o se convertiría en un espectro... de una forma terriblemente literal.

Henry era el menor de los cuatro hijos del primer matrimonio del conde de Trevanyon, que terminó con la muerte de la entonces condesa en su parto. Un hecho por el que Orestes a menudo lo culpaba. Su hermano mayor, llamado como su progenitor, era el

heredero; el segundo, Percy, militar de renombre, había muerto en batalla; su hermana Elizabeth ya estaba bien casada y él... Él se sentía a veces como los restos de una comida que nadie quiere, por más apetitosa que sea, pues todos han llenado los estómagos. Desde pequeño estuvo inclinado hacia cosas que su padre consideraba superfluas, y por ello lo había corregido infinidad de veces. Su constante vigilancia habría sido insoportable de no ser porque se casó por segunda vez y tuvo una nueva esposa a quien consentir y otros hijos a quienes prestar atención. El mayor, Paul, que estaba haciendo carrera en la Iglesia, y Helen y Sophie, dos gemelas algo atolondradas que a menudo volvían loco a Henry. No obstante, él los quería como si fueran de su misma sangre por completo y respetaba a su nueva madre, Helen, por lo que los años pasaron envueltos en cierta felicidad.

Sin embargo, pronto llegaron los días de responsabilidades. Henry, a pesar de haber estudiado en las mejores instituciones y de sentirse inclinado a la política, no terminaba de tomar una decisión. Seguía sin encontrar su lugar, cosa que el conde le recordaba de forma constante. Parecía orgulloso de todos sus hijos menos de él.

A sus veinticinco años, el futuro le resultaba tan desolador que a veces pensaba en dejar de existir. A nadie le sorprendería que un espíritu como el suyo, varado por el tormento de las imposiciones sociales en lugar de nadar por las aguas de la libertad, eligiera decir «adiós» a la vida de la forma en la que lo harían quienes, como él, no soportaban el peso de la existencia. Por suerte, todavía había motivos para quedarse. Personas a las que amaba y a quienes no quería arrojar al sufrimiento de la pérdida. Había visto languidecer a Charles y James, sus amigos, por la muerte de sus seres queridos como para preocuparlos por otra ausencia. Y, desde luego, no iba a darle el gusto a Arthur de que se pavoneara en su funeral ante las damas de la familia, para ver si sacaba de tan mal trago mieles que lo consolasen. No, Henry soportaría estoico las circunstancias de su vida hasta aprender a amarlas o escapar de ellas, lo que ocurriese antes. Por eso, mientras su padre le recordaba por decimocuarta vez en lo que iba de año —y apenas llevaban días en él— lo disgustado que estaba con su comportamiento, el joven aparentaba escucharlo sin atreverse a pestañear. Su mente, no obstante, estaba en ese último soneto leído, a

la par que se preguntaba por el sentido de este. Habría podido estar horas así, de pie junto a la chimenea, atendiendo al enojo de Orestes, de no ser porque escuchó el conjunto de palabras que más escalofríos le provocaba. Más que cualquier narración truculenta.

—En mayo cumples al fin veintiséis años. Tienes una obligación con esta familia, tal y como acordamos. Vendrás a Londres y te presentaré a caballeros de mi confianza. Buscaremos una esposa conveniente para ti y entrarás en política.

Henry detestaba los privilegios con los que unas cuantas familias influyentes ocupaban las Cámaras, tanto como la idea de casarse por conveniencia. Pero para solventar lo primero habrían sido necesarias reformas, y, para lo segundo, un cambio de pensamiento; cosas que sentía imposibles de conseguir. Sin embargo, Paul prefería la tranquilidad de la rectoría y su padre lo señalaba irremediablemente para tal cometido.

—Padre, no...

Los ojos de Orestes Trebarwith se clavaron en los de su hijo con venenosa atención. El conde alzó una ceja y aguardó a que hablase. Pero para Henry no era fácil pronunciarse cuando él estaba delante. Tenía la impresión de que poseía una tercera mano, invisible, que reptaba hasta él cual serpiente para apretarle la garganta.

—¿Sí? —preguntó a los pocos segundos, pues su hijo no hablaba —. ¿Qué vas a decirme, Henry Eneas? Espero que no se te ocurra contrariarme. Tienes un compromiso con esta familia. Acordamos que te dejaría disfrutar de tu juventud y tus amistades hasta los veintiséis años, pero después aceptarías las responsabilidades que dictara. He respetado nuestro acuerdo por la memoria de tu difunta madre, por esa carta que escribió cuando aún te llevaba en el vientre. No esperaré más.

—Dice haber respetado el acuerdo, pero ha reprobado mis acciones, poniendo trabas a menudo. —Ante tales palabras, aunque el conde no dijo nada, su rostro se tornó más severo. Henry continuó—: Pese a que respeto la política y me gusta estar al corriente de lo que sucede, no quiero...

Orestes levantó la mano, con el dedo índice enhiesto, haciéndolo callar.

—¿Desde cuándo importa en esta vida lo que uno quiera? Uno

tiene deberes. Obligaciones. Compromisos. —Agitó con vehemencia el dedo, en cada palabra, con tanto ímpetu que hasta el cabello, de un blanco impoluto y brillante, se le despeinó—. Responsabilidades. Asuntos que cumplir con devoción y entrega, sin esgrimir queja o pensar en uno mismo. Los jóvenes os habéis vuelto egoístas. Os creéis en la potestad de cambiar el mundo; de olvidar los valores de rectitud que nos han traído hasta aquí, afectados por unas fantasías que llevarán a este país y a su moral al más letal declive.

—Padre, nada en este mundo es permanente. Los hombres han de ser libres. La vida no puede someterse a los cánones de la razón absoluta porque eso solo trae la enajenación del alma.

—La enajenación del alma... —murmuró Orestes mientras negaba con la cabeza—. Debí alistarte en el ejército cuando tuve ocasión. Todas tus fantasías se habrían borrado de un plumazo. Quizá serías tú quien habría muerto y no Percy. —Soltó una exhalación cansada—. El mundo ha perdido la cordura y no dejaré que tú la pierdas también. Creo que los rizos de tu pelo son por culpa de lo enredado de tus ideas, igual que le ocurría a tu madre. Sinceramente, ni tus hermanas me dan tantos disgustos.

El joven caviló sobre lo discutible de eso. Las gemelas tenían unos cuantos pecados. Helen solo pensaba en comprar vestidos y acaparar la atención de los muchachos del condado; y Sophie, bastante soñadora, no paraba de meterse en líos. Sin embargo, como nunca ponían en peligro su reputación, su padre se dedicaba a tapar lo que consideraba pequeñas faltas, a achacarlas a lo inestable y poco desarrollado del cerebro femenino. «Cuando se casen, para lo cual no falta mucho, sus esposos las meterán en cintura», decía. No trataba con igual rectitud a los varones que a las mujeres de la casa. Henry tenía la teoría de que, en el fondo, le daban igual. Solo deseaba casarlas pronto y deshacerse de la responsabilidad con ellas. De hecho, estaba acordando sus matrimonios con familias bien posicionadas. Se consoló con la idea de que al menos, esa vez, no le había recordado las beldades de su hermano mayor, a quien Orestes consideraba el mejor de los varones y a quien Henry tenía por un pazguato displicente y sin criterio. Además de un jugador empedernido. Antes se arrojaría a un pozo que ser como él.

El conde siguió hablando mientras se frotaba la frente, afectado.

—No sé qué he hecho mal contigo. Tienes todas las cosas que detestaba de tu madre, sus mismas ideas absurdas. Os parecéis tanto... A veces pienso que le robaste el alma al nacer, llevándote su vida. Después de todo, no debí permitir que vinieras al mundo.

Henry tragó saliva. Aunque no guardaba consciencia de ese momento, como era natural, su padre lo había relatado tantas veces para echárselo en cara que casi le parecía el único de su vida vivido de forma consciente. Se veía a sí mismo abandonar, entre sangre y dolor, el cuerpo de su difunta madre por una incisión en el vientre que el doctor, antaño cirujano de guerra, obró en un último intento por salvarlo. Tras tanto como les había costado mantenerlo con vida, el conde le recordaba lo mucho que se arrepentía. ¿Acaso podía un alma no quebrarse ante tales afirmaciones de quien se supone debía amarlo? No obstante, Henry había aprendido a soportarlas; a que obraran en favor de su resistencia y lo ayudasen a erigir la armadura que se colocaba cuando se hallaba ante él.

—Señor, con todos mis respetos: no iré a Londres en mayo.

Orestes se levantó, airado, de forma tan brusca que Henry dio un respingo.

—¿Cómo has dicho?

Él tomó aire para responder con aplomo:

—No haré lo que me pide.

—No te comprendo. Siempre te has sentido inclinado a la política.

—Así es, pero los caballeros que usted pretende presentarme solo entienden de dinero y posición, como si nada más importase en la vida. Hacen leyes bajo el nombre de Inglaterra, olvidando que esta tierra no solo la habitan los hombres como usted, como ellos. También hay pobres de solemnidad que necesitan justicia y leyes para ampararlos.

—¿Los hombres como yo? —Soltó una risa malhumorada—. Lo dices con un desprecio indigno de un hijo.

—Lo siento, padre. No puedo complacerlo viviendo a su modo. Bien sabe que lo he intentado. He pasado los últimos años tratando de amoldarme a sus exigencias y eso solo me ha conducido a la amargura. No quiero vivir así.

Los ojos del conde eran como cimas de una montaña: tan fríos como sus cumbres nevadas; tan altaneros como para mirar el mundo

bajo sus pies, desafiando a quien osase encaramarse en ellas. Abruptos y escarpados, mirarlos de forma directa no era algo que todo el mundo pudiera soportar; sin embargo, su hijo lo hizo. Le mantuvo la mirada con entereza sobrehumana.

—Así que no quieres vivir así.

Henry asintió convencido.

—Eso he dicho, padre.

—Prefieres volver a esos días en los que todo eran escándalos; cuando se te veía en los peores antros de Inglaterra, en reuniones clandestinas con agitadores que buscan la desgracia para las sagradas instituciones de este país, para el orden con el que se ha construido. Volver a los días en los que ibas a casas de meretrices de baja estofa, manchando nuestra buena reputación.

—Ya le he explicado cientos de veces que no estaba allí para yacer con las...

—¡No me repliques! —bramó Orestes, con la fiereza del estallido de un relámpago—. Me crispas. ¡Profundamente! Te daré hasta el día de tu cumpleaños para que medites tus palabras, y volveremos a hablar de ello.

Su hijo sentía que su opinión al respecto no iba a cambiar, pero no tenía ganas de discutir. Estaba cansado. Desde que habían dejado Bath para pasar las Navidades en Trevena solo había tenido roces con él. Y, aunque se había desahogado con respecto a sus tribulaciones escribiendo a sus amigos, el alma le pesaba cada día más.

—Si le parece bien, vuelvo a Bath. Sabe que no me sienta bien el clima de Cornualles en esta época del año.

«Y a pesar de ello se empeña en que pasemos Navidad aquí», pensó con tristeza.

—Muy bien. Márchate. Ojalá tus amigos te hagan entrar en razón. El marqués y el vizconde, por supuesto, porque de ese crápula de Belaford nada bueno puede sacarse.

—Arthur es mi amigo, por favor, téngalo en mayor consideración.

—Tu amigo. El hijo de unos comerciantes... La sociedad está perdiendo el rumbo permitiendo que él y su familia se mezclen en los salones de la aristocracia. A veces pienso si no será quien te ha metido tantas tonterías en la cabeza.

Su hijo no se molestó en decir más al respecto, porque de nada

serviría. Le deseó buenas noches y salió de la estancia, cerrando la puerta tras de sí. Le habría gustado tirar la habitación de un portazo. Que las paredes y los techos de Pentargon Park fueran el sepulcro de Orestes Trebarwith. Pero no iba a darle a su padre el gusto de verlo airado. Fue hacia su cámara y ordenó que prepararan su equipaje, así como un transporte. No esperaría a que se hiciera de día, las ganas de marcharse lo apremiaban. Cogería una de las diligencias nocturnas en el pueblo, sea cual fuere su destino.

Una vez junto al carruaje, mientras que el mozo subía el equipaje, Allan, su cochero, le abrió la portezuela. Su familia había servido a los Trebarwith, a cargo de los transportes, desde generaciones. Pese a su juventud, tenía mucha experiencia y se llevaba bien con Henry.

—La condesa ha ordenado que lo lleve a Bath y que permanezca allí con usted —le informó, echando una mirada hacia la casa.

Con el enfado ni siquiera se había despedido de ella o de sus hermanas. El joven arrugó la nariz y viró la vista hacia el magno edificio, erigido siglos atrás. A pesar de las remodelaciones, no perdía el aspecto de castillo medieval con el que fue construido. En una de las grandes ventanas de la segunda planta, distinguió una figura femenina recortada por la luz de la estancia. La dama le hizo un gesto de despedida con la mano.

—Tendrá problemas con mi padre por esto.

—Su madre sabía que diría eso, y ordenó que, en ese caso, insistiera en que si no se subía al carruaje la que se enojaría sería ella —anotó el cochero.

No querría verla disgustada, así que confió. Le dio las gracias con un gesto y, al verla desaparecer tras las cortinas, subió al carruaje. Una vez dentro, se quitó el sombrero y lo dejó sobre el asiento. Aunque algo aliviado, la angustia no se le fue del todo. Metió la mano en el bolsillo interior de la levita y sacó el tesoro que en contadas ocasiones lo abandonaba: la carta de su madre, envuelta con mimo en un pañuelo. A pesar de los años, se conservaba bien. Soltó un suspiro, mientras pasaba los dedos sobre el viejo papel entintado, buscando fuerzas en él. Guardó la nota, e iba a dar orden de iniciar la marcha cuando la portezuela se abrió. Una mata de cabello rojo, suelto y sin peinar, asomó por ella.

—¿Sophie? —Parpadeó repetidas veces al ver a su hermanastra,

siete años menor—. ¿Qué haces despierta a estas horas? Vuelve a la cama. Y si es que padre te ha enviado a hablar conmigo, dile que no voy a cambiar de opinión.

Ella ocupó el asiento frente a él, soltó a los pies una pequeña bolsa de viaje, y se frotó las manos para hacerlas entrar en calor.

—¿Qué dices, bobo? —Los ojos, verdes como tréboles, le brillaron divertidos—. Me voy contigo a Bath.

—¿Papá y mamá lo saben? —preguntó él, alzando una ceja.

—Por supuesto que sí.

La otra ceja del joven se levantó de forma instintiva.

—Mentirosa.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bueno, lo sabrán. Cuando se sienten a desayunar y lean la nota.

—Baja de inmediato. —Henry abrió la portezuela—. No vendrás conmigo.

Sophie dejó caer la espalda en el asiento y se cruzó de brazos.

—¿Por qué no? —El disgusto le curvó hacia abajo los labios.

—Porque no es apropiado que una joven como tú viaje de noche.

—Voy con mi hermano, ¿qué podría pasarme?

—No puedo ser tu niñero en Bath.

—Estaré con la tía Claire.

Lady Merethly, condesa, residía en el norte, pero pasaba los inviernos en Bath tomando las aguas, pues padecía de dolores musculares.

—Papá no te ha dado su permiso.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense papá? He escuchado vuestra conversación y me ha quedado claro que no. Así que cierra esa puerta y vámonos de una vez. Este frío podría congelar el trasero de un pingüino.

—No seas mal hablada. —Su hermano soltó un largo suspiro—. Lo haces para huir de los Pilgrey. No quieres estar aquí cuando lleguen.

Su padre quería prometerla con el heredero de la familia, pues la unión era ventajosa. Pronto iba a ser su primer encuentro y Sophie no sabía cómo escapar de él. La perspectiva de un casamiento de conveniencia la aterraba.

—¿Tú querrías estar aquí si viniese alguien a quien no has visto en tu vida para casarse contigo? ¿Y si es un hombre desagradable?

—Eso no lo sabrás hasta que lo conozcas. Vuelve a casa, por favor.

—Ni hablar. —Se acomodó aún más en el asiento.

—¿Y Helen? Lo pasará mal si no estás.

—¡Ja! Estará mejor sin mí, cogiéndome cuantas cintas le plazca y poniéndose mis vestidos. Además, ella se va con el *querido* Orestes —dijo con retintín, pues no le caía en gracia el mayor—, a casa de los tíos de Cardiff.

Henry claudicó. Tendría que llamar a un ejército para sacarla del carruaje.

—Muy bien. Pero negaré cualquier relación con esto. Que la tía se las componga con papá, porque cuando se entere de tu ausencia y deba dar explicaciones a sus invitados, que vienen desde lejos, te lo recuerdo, los gritos van a oírse hasta en *la* Australia.

—Ella se encargará, tiene más arrestos que el 42.º Regimiento de Highlanders.

Ciertamente, lady Merethly era una mujer de carácter: parecía la única persona capaz de hacer entrar en razón a su hermano el conde. Sophie hizo un gesto a alguien que se hallaba fuera, y en unos segundos subió al carruaje Olivia, su doncella. Henry cerró tras ella y, a regañadientes, dio orden de iniciar la marcha. A medida que se alejaban, la muchacha se distrajo arreglándose el cabello mientras parloteaba con Olivia sobre sus planes. Él jugó con el sombrero entre las manos, pensativo. No sabía si volvería a pisar la tierra que lo había visto nacer, porque no estaba seguro de ser capaz de resignarse a las exigencias de su padre y, de no hacerlo, no podría volver. No al menos siendo quien era. Por eso, antes de dejarlo, quiso despedirse del lugar que había sido testigo de sus mejores sueños; en el que más veces se había sentido capaz de todo. Un lugar que, como su alma en esos instantes, fue espléndido tiempo atrás y ahora se hallaba en ruinas. Quería ver el castillo de Tintagel para tomar de su magnificencia, y de los acantilados, las fuerzas que necesitaba para afrontar la vida. Con firmeza, dio orden al cochero de que cambiase el rumbo y esperó ansioso llegar al lugar. Una vez allí, y tras discutir con su hermana sobre lo inconveniente de aquella parada, bajó y le pidió a Allan uno de los faroles que pendían de la cabecera.

—Señor, no ha despuntado el alba y es peligroso perderse entre las rocas, podría fallar un paso y caer por el acantilado —dijo ceñudo.

—No te preocupes, Allan, los conozco como la palma de mi mano.

—Si le sucediese algo...

—Le daríamos una alegría al conde. Es posible que hasta te proveyera de una recompensa por haberme traído aquí —dijo con una amarga sonrisa.

—No diga eso, por favor. El conde lo quiere.

—De la misma forma en que un león quiere a los hijos que no son suyos. A pesar de que yo sí lo soy, por mucho que le moleste —suspiró, mientras estiraba la mano hacia él—. En cualquier caso, no sufras por mí. Volveré en unos minutos, te lo prometo.

—Está bien —rezongando, le tendió el farol—. ¿Quiere que lo acompañe?

—No, gracias. Necesito estar a solas. Vela por Sophie, por favor.

Allan asintió y lo dejó marchar.

—¡Ten cuidado, cabeza hueca! —le gritó su hermana por la ventanilla.

Henry le hizo un gesto un tanto descortés pero habitual entre hermanos que fingen no soportarse, y se perdió en la oscuridad de las ruinas hasta no ser más que un pequeño punto luminoso para el cochero, cuya figura desapareció tras un repecho. Pese a la oscuridad, el viento furioso que agitaba el candil con soberbia y el rugir de las olas, se sentía en casa. Aspiró el aire en profundidad, llenándose de calma, y caminó sumido en sus pensamientos en dirección a su lugar favorito: un saliente de roca que parecía un tablón hacia las olas. Le gustaba sentarse allí, con las piernas colgando al vacío, sintiendo que no había nada entre el mar y él.

A punto estaba de enfilar el sendero que lo llevaba hasta allí, cuando escuchó un rumor que lo extrañó, pues en nada se parecía al de las olas o al sonido de algún animal. Pensó que sería el silbido quejicoso del viento; sin embargo, descubrió que se trataba de una voz femenina que parecía urgir a los elementos a levantarse en terrible conjuro. Parpadeó varias veces, pensando en brujería. Pronto sintió alivio, pues reconoció en las palabras uno de los pasajes de *Macbeth*. Se detuvo a escuchar con detenimiento y atisbó en derredor: no vio luz alguna.

¿Era acaso su imaginación?

Se sentía como un marinero enfrentándose a las sirenas, pues sus

pies se vieron atrapados por aquel extraño cántico. Caminó hacia él, guiado por una irrefrenable curiosidad. ¿Quién sería? ¿Qué hacía allí a esas horas? Y, sobre todo, ¿por qué estaba recitando *Macbeth* en aquellas ruinas en medio de la insondable oscuridad?

Capítulo 2

Ruinas del castillo de Tintagel, Trevena.

—«Y ¿por qué causa no ha de ser a mi mente permitido penetrar los secretos de los dioses cuando se manifiestan tan propicios? Sus célebres promesas...».[1]

Cassandra, tras recitar, aspiró el aire de la noche como si llevase siglos sin inhalar brizna. En ese momento de su existencia, se sentía el ser más insignificante del universo. La fama, los días gloriosos, los admiradores que habrían dado la vida por ella: nada la llenaba como antes. Podría ser una de las actrices más famosas de Inglaterra, pero no se sentía diferente a un trozo de barro pegado a la rueda de un carro que da vueltas hasta que se cuartea para desprenderse en algún lugar lejano del que la lluvia la creó y hacerse polvo. Insignificante, sin importancia, del montón. Vapuleada por las circunstancias, sin dejar de ir de un lado a otro al son de los demás. No era ella quien decidía cómo y dónde vivir su vida. Y, a pesar de que por mucho tiempo ese había sido su sueño, ahora no lo disfrutaba igual. Para empeorarlo todo, se enfrentaba a uno de los papeles más importantes de su vida, porque representar a Macbeth en un gran teatro suponía un antes y un después en la carrera de todo actor. Suerte que al menos estrenaban en Bath y no en Londres, o le habrían temblado las piernas hasta no ser capaz de dar un solo paso sin derrumbarse. Por eso,

después de muchas dudas, decidió viajar a Trevena.

Había estado en Cornualles antes, pero la frenética vida del artista no le había permitido visitar sus lugares más famosos. Tiempo atrás había escuchado cosas increíbles de las ruinas del castillo de Tintagel y tomó la decisión de adentrarse en ellas en busca de la fuerza e inspiración que necesitaba. Hacerlo de noche tal vez no había sido la mejor idea, pues el camino hasta las ruinas era estrecho, pegado al acantilado, pero a Cassandra le gustaba la emoción de la aventura y eso había sido lo más próximo a una que había estado en mucho tiempo. Cuando al fin se vio cerca de aquellos muros viejos, impregnados de la memoria de los siglos, y respiró el aire frío de la madrugada, lleno de aroma a sal, algo en ella cambió. Las fuerzas que le habían faltado la abordaron de golpe.

—Este lugar es mágico, Nyneve —le dijo a su hermana pequeña, a unos pasos.

Para ella, la experiencia no estaba siendo tan maravillosa. Temía a las alturas y a la oscuridad. Cassandra se había empeñado en dejar el farol entre las rocas, de modo que iluminase lo menos posible. Decía que la negrura la inspiraba y aquel apenas desprendía una tímida luz a la que el viento amenazaba con apagar. Nyneve hizo un intento por ver algo y suspiró; poco más podía atisbar que la espuma de las olas, clareada por la escasa luz de la luna. En otras circunstancias no habría estado en un lugar así, pero adoraba a Cassandra. Iba con ella a todas partes. Había reemplazado a su madre cuando faltó y, a sus diecisiete años, era su única familia. Por eso, cuando le pidió acompañarla en semejante locura, no se negó. Habría preferido cortarse un dedo que dejarla sola.

—Lo es, Cassie. —Nyneve volvió a escudriñar el mar a sus pies—. Y muy peligroso. Por favor, no te demores o perderemos la diligencia. Tienes que llegar a Bath a tiempo para la primera función. Y todavía hemos de ir andando al pueblo, porque te has empeñado en venir caminando para imbuirte «del espíritu de la noche» —le recordó—. Como si el espíritu de la noche no fuese lúgubre y frío.

—¿Lúgubre y frío? Es misterioso y reconfortante.

—Espantoso y helado —murmuró para sí—. ¿Puedo coger ya el farol?

—No.

—Por favor, vayámonos ya. Seguro que te mueres de ganas por ver a...

—Shhhh. No hables de él, Nyneve. No ahora. —Sintió un cosquilleo cálido al recordar a quien había llenado sus noches durante los últimos meses—. Ese hombre me descoloca por completo.

—Desde luego, vas a dejarlo todo por él —dijo con disgusto—. Una más de tus locuras.

—Nyneve... He de estar concentrada.

A duras penas, su hermana quedó en silencio mientras ella volvía a meterse en el papel. Una línea le salió mal, y al frustrarse soltó exabruptos poco propios de una dama. Cuando la escuchaba así, Nyneve no podía evitar reír.

—¿Qué es tan divertido? —le dijo Cassandra, con gesto jovial.

—Pareces un marinero.

La actriz los imitó, con gesto rudo, y después suspiró.

—Ay, Nyneve. ¿Lo haré bien? No quiero que mi actuación esté vacía. Carente de alma.

—Eres Cassandra Emery, lo harás tan bien como siempre.

—Pero es que no quiero hacerlo bien. Quiero... —Miró al horizonte. Qué pequeña se sentía ante la infinidad del mar—. Quiero... ¡quiero ser ella! Lady Macbeth.

—Supongo que no lo dirás en un sentido literal. Lady Macbeth fue una mujer llena de rencor y dolor, y su final...

—¡Por supuesto que no lo digo en ese sentido! —se quejó—. Me refiero a que quiero que, cuando me vean a mí, no vean a Cassandra Emery, sino a ella.

—Cassie... —Nyneve caminó temblorosa hacia su hermana. Lo hizo con el temor de tropezar y acabar con los huesos en el fondo del mar, aplastada por las furiosas olas—. Allá donde vas te aclaman como la más grande de las actrices. Serás lady Macbeth a ojos de todos durante la función, de eso puedo estar segura.

—No sé si estoy a la altura.

La joven estuvo a punto de resoplar. Cuando entraba en ese bucle de lamentaciones y caía en creerse una impostora, a pesar de la fama y el amor del público, la exasperaba. Sin embargo, además de acompañarla por los teatros, y de hacerse cargo de sus ropas, pelucas y otros enseres, también estaba a su lado para cuidarla en momentos

como ese. Siendo que la había ayudado a practicar el guion, le dio pie:

—«No, primero ruégales que acrecienten compasivos la oscuridad».

Cassandra, con una sonrisa, la siguió. Cuando terminó de recitar, pensó que había perdido la cabeza y su mente se había metido tanto en el papel que hasta se sentía en el teatro ante el público pues, además de los aplausos de Nyneve, escuchó otros dados con mayor brío si cabe. Giraron la cabeza y vieron, a unos pasos de ellas, a un hombre plantado junto a un farol, a poca distancia de sus pies, aplaudiendo con ardorosa devoción.

—¿Quién es usted? —preguntó Cassandra.

Al momento, Nyneve corrió hacia su fanal. Se sentía indefensa en la oscuridad con un desconocido. Lo alzó ante ella para ayudarse a ver sus rasgos y dirimir si era una amenaza. Cassandra agradeció en silencio el gesto y escudriñó al recién llegado. Se sintió confortada al no ver nada que hablase de peligro. No llevaba armas, al menos a simple vista, y por su atuendo parecía un caballero. Además, su sonrisa era más parecida a la de un ángel protector que a la de un peligroso demonio.

—Disculpen mi intromisión —dijo Henry, con una cortés inclinación de cabeza—. Jamás había escuchado una interpretación de lady Macbeth tan sublime. Es usted...

Dio unos pasos hacia ellas, sin coger el farol. Nyneve levantó el suyo como si esgrimiese un arma, acercándose a su hermana. La luz iluminó por completo el rostro de la actriz y él paró en seco, a causa de la sorpresa.

—Dios Santo. ¿Es usted Cassandra Emery?

Ella se lo pensó antes de contestar. A menudo fingía no serlo, porque había admiradores muy fastidiosos y no estaba de humor como para aguantar a uno.

—No, lo siento, se equivoca.

Henry no la creyó. Era ella sin duda. Reconocería el rostro de su actriz favorita en medio de la niebla; aunque llevase maquillaje y peluca, como era el caso, pues los cabellos eran rubios y no oscuros como los de Cassandra.

—Solo alguien como la señora Emery interpretaría así. La admiro muchísimo. —Intentando sonsacarla, agregó—: ¿Ha ido a alguna de

sus actuaciones? —Al negar ella con la cabeza como respuesta, dijo—: Una pena. La he visto varias veces y es asombrosa. Me gustó mucho su interpretación de Julieta, en Covent Garden, hace unos años.

La actriz sintió gran curiosidad por saber más.

—¿Qué es lo que le agradó tanto?

—Creo que captó muy bien el dolor del personaje.

«Tal vez porque en esa época mi padecimiento era similar al suyo», pensó ella.

—Gracias —al momento, repuso—; quiero decir, que gracias a Dios que yo no la vi, Julieta no es de mis personajes favoritos.

Henry esbozó una leve sonrisa al haber confirmado que era ella.

—Interpretada por esta actriz le habría encantado.

—Parece que es un verdadero admirador, de esos que no le ven fallos.

—Los ángeles como ella no los tienen.

La dama sonrió.

—Le falta espíritu de crítica, señor...

—Henry Trebarwith.

Ella reconoció el apellido. Si no estaba equivocada, era hijo del conde de Trevanyon, residente en la zona y de gran reputación; alabado en círculos de ideas arcaicas. Un hombre de los que miraban por encima del hombro a las mujeres como ella, en cierto modo independientes, pues las consideraban una enfermedad para la sociedad. No quería verse inmiscuida con nadie de su entorno, por lo que, con cortesía, se despidió.

—Nosotras nos marchamos ya. Encantada de haber hablado con usted, señor. Vamos, Nyneve.

Echó a andar, seguida de su hermana, que miró de reojo a Henry.

Él percibió, cuando pasaron a su lado, el olor a rosas de la actriz. Sonrió. Le encantaba esa fragancia. Cruzaron miradas y hubo en ellas un brillo amable, como si se reconocieran; como si se hubieran visto antes. Cassandra tuvo la sensación de que había conectado con esos ojos entre el público. Quizá porque los del joven, de un hermoso castaño oscuro, parecían inolvidables. Tras sobrepasarlo, giró la cabeza, a la par que él. A la luz de los candiles, percibieron la sonrisa del otro. Ella miró al frente. Más por miedo a tropezar que por deseo propio, pues lo habría contemplado durante largo tiempo. Mientras las

observaba, Henry cayó en la cuenta de que no había visto carruaje alguno o caballo en las inmediaciones. Se preguntó si habían llegado a pie, lo que le parecía un disparate, pues eran dos damas y noche casi cerrada en una época tan fría.

—Disculpen. —Cogió el farol y las siguió—. ¿Han llegado hasta aquí caminando?

Cassandra volvió la cabeza para contestar.

—¿Por qué lo pregunta?

—De ser así, he venido en carruaje y podría acercarlas donde quisieran, si gustan.

—Y ¿por qué cree que iba a montarme en el carruaje de un desconocido?

—¿Porque soy su mayor admirador?

La actriz regresó la vista al frente y sonrió.

—Puede que sea el mayor admirador de Cassandra Emery, pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

Entretanto, Nyneve, que rezaba porque su hermana permitiera que ese joven tan apuesto y amable las llevase al pueblo, se despistó y tropezó con una piedra. Acabó dando con los huesos en el suelo, el candil se le escurrió y terminó por estrellarse contra las rocas, más abajo. Como Cassandra la seguía de cerca, fue a agarrarla por miedo a que cayese al mar, pero no alcanzó a cogerla. Sin embargo, el gesto brusco la desestabilizó y se desplomó hacia el borde del acantilado. Henry observó cómo se precipitaba al vacío, soltando un grito aterrador. Él apenas tuvo tiempo de pensar en nada. Soltó el farol, cuya luz se tambaleó al llegar al suelo, y con una velocidad que no sabía que tenía, dio una larga zancada a tiempo de cogerla por la muñeca y evitar que se perdiese entre las oscuras aguas. El tirón lo hizo doblarse y casi lo arrastra con ella, pero frenó a tiempo de quedarse al filo, con tan solo los brazos al vacío cargando con el peso de la actriz.

—Dios mío. —La escuchó decir—. No me suelte, por favor.

—No, no la soltaré. —No soportaría verla hundirse. Ya había vivido aquello y, a pesar de que acabó bien, fue traumático. Haría lo que fuera por sostenerla—. Se lo juro.

Nyneve, que ya se había levantado, contempló horrorizada la escena.

—Dios Santo, ¡hermana! ¡Por favor, súbala!

La voz le temblaba tanto que Henry temió que entrase en un estado de conmoción que le impidiera actuar. Caverty le había contado que, en situaciones extremas, le había ocurrido a algunos de sus compañeros del ejército. Él le dijo algo para distraer su atención de lo que estaba pasando.

—Usted se llama Nyneve, ¿no?

Ella asintió y lo miró fijo, a lo que Henry agregó:

—Como la Dama del Lago, un nombre precioso.

—Gracias, señor.

—Vaya al camino y pídale a mi cochero que venga. Que traiga cuerda y el cofre para curas que lleva siempre en el transporte. ¡Rápido! Vaya.

Sin pensar en que lo hacía a oscuras, la muchacha se marchó a todo correr. Henry le pidió a Dios que nada pasase, mientras volvía el rostro hacia Cassandra. A pesar de todo, esta mantenía la calma. Sin embargo, los guantes se les escurrían amenazando con precipitarla al vacío.

—Trate de apoyar los pies en algún saliente —le pidió, apresurado.

Apenas se oían, pues el furioso rugir de las olas se hacía más notable en esa posición.

—Puedo intentarlo.

La dama puso sus fuerzas en ello, ignorando el dolor de las rodillas contra la roca, hasta conseguir apoyarse. Se sintió más segura, pero el sudor de los nervios y la humedad del mar empezaban a afectar la piel y los guantes de ambos, haciéndolos resbaladizos. No podrían aguantar mucho tiempo cogidos.

—Escúcheme. Suéltese el otro guante con los dientes e intente asirse a mí con esa mano. —Retiró así el suyo, que quedó unos instantes en el borde para después caer acantilado abajo—. La subiré.

Henry sabía que debía hacerlo con un solo brazo. Para tirar de ella necesitaba asegurarse a las rocas con el otro, o caerían. No quería arriesgarse a esperar a Allan, pues podría demorarse unos minutos, y que las fuerzas les fallasen.

—Está bien. Lo haré —dijo ella, con decisión.

Para darse aliento, se imaginó en el glorioso papel de una heroína

que ha de salvar su vida. Se desprendió del guante, que se perdió en la oscuridad de las olas, e hizo todo lo posible por asirse a él. Cuando lo consiguió, y Henry tiró hasta ponerla a salvo, terminaron por abrazarse a causa de la emoción.

—¿Está usted bien? —preguntó él, con la respiración agitada, retirando los mechones que el viento había posado sobre el rostro de la joven. Los dedos se le llenaron de sudor: no le importó.

—Sí, gracias. Y gracias por haberme salvado la vida.

—Si no las hubiera distraído, nada de esto habría pasado.

—No se quite mérito, por favor —respondió clavando la mirada en la de él, perdida en esos iris a los que la luz del farol tornaba ambarinos. Habría estado así para siempre, de no ser porque una punzada intensa de dolor le recorrió la rodilla derecha, obligándola a sentarse.

Henry se arrodilló junto a ella.

—¿Qué le ocurre?

—Es como si me hubieran clavado un cuchillo. —Se llevó la mano desnuda al origen de la dolencia.

—Siempre que alguien dice eso me pregunto si es que ciertamente tiene con qué compararlo.

Cassandra no pudo evitar reírse, a pesar de todo.

—¿Me deja que le eche un vistazo? —preguntó él, con una sonrisa amable.

—¿Es usted médico?

—No, pero tengo una hermana pequeña que acostumbra a meterse donde no debería.

La actriz se sintió más cercana a él. Su hermano mayor, hasta que murió, había cuidado así de ella. Le dio permiso y Henry, con esmero, levantó despacio la falda del vestido, de un precioso rojo. Reveló unas medias blancas, suaves a la vista, a las que unas cintas de seda se anudaban para asegurar los bellos zapatos que vestían los pies de la dama. Trató de ser un caballero y no fijarse en la excelsa curva de sus piernas a medida que la vista ascendía a las rodillas; en ignorar lo delicado de los tobillos; lo hermoso de su silueta. Pero incluso tratando de no hacerlo, los ojos se le iban, y un calor intenso le sobrevenía. A diferencia de sus amigos, nunca había estado con una mujer, por lo que los paisajes femeninos eran lugares inexplorados

para él. Carraspeó, intentando ubicarse. Ver una mancha escarlata en la parte alta de la espinilla lo ayudó a hacerlo. Bajo la media debía de haber una herida profunda, de tanto como sangraba.

—¿Es grave? —preguntó ella.

—En absoluto, la sangre es muy escandalosa, nada más. ¿Podría bajarse la media?

—Hágalo usted, por favor. —Apartó la cara—. No quiero mirar. La sangre me marea.

—¿Da su permiso?

—Hágalo de una vez —replicó Cassandra. Solo quería que la curase y el dolor pasara—. ¿Siempre es así de cortés? ¿Preguntando a cada segundo?

—¿Qué hay de malo en la cortesía? —Quiso saber él, ceñudo.

—Que es aburrida y alarga las cosas innecesariamente. Ya le di antes mi permiso.

—Solo quería asegurarme de que no había cambiado de opinión.

—¿Acaso tengo opción? —dijo ella, con media sonrisa—. ¿Tiene a alguien escondido entre las rocas?

—Podríamos esperar a que vuelva su hermana. O pedírselo a la mía, seguro que viene con el cochero.

—¿La joven que se mete en lugares en los que no debería?

«Como en el carruaje esta noche», pensó él.

—Esa misma.

—Ya me cae bien.

—Se arriesga diciendo eso sin conocerla. Sophie es el ser más atolondrado de Inglaterra y haría bien en no dejarse seducir por su carita de ángel. En el fondo es el mismísimo Lucifer.

Cassandra rio a carcajadas, descargando cuanta tensión sentía.

—Por el amor de Dios, ¿cómo dice eso de su hermana?

—Porque soy su hermano y me lo puedo permitir. Ahora, si alguien más lo dijera en mi presencia, lo arrojaría a un pozo.

La conversación lo distrajo mientras alzaba el vestido y daba con los lazos que desanudaban la media, aferrada al muslo. Lo hizo desviando a cada poco la mirada, para no excederse. A la luz del farol, la pierna se veía más que sugerente. Aunque solo llevaba un guante, no atinaba, así que se lo quitó.

—Lamento que haya perdido el suyo.

—No tiene valor alguno —dijo ella, pues realmente lo pensaba. Estaba feliz por no haber perdido la vida—. Usted también ha perdido el suyo.

—Solo es un guante. Usted es más importante.

Le dedicó un gesto de agradecimiento y se quitó el que le restaba. Cuando notó el calor de los dedos en la piel, giró el rostro hacia Henry. Sus miradas se encontraron, y quedaron así en tanto que él terminaba de desanudar el lazo. Con delicadeza, bajó la media. Los pulgares la rozaron entretanto. El frío que el aire y el miedo habían instalado en sus cuerpos se disipó. A Henry le ardían las mejillas y el pecho.

Cassandra no se sentía diferente. Hacía unos minutos casi perdía la vida y, de repente, se percibía muy viva, consciente de que en parte se debía a la forma de mirarla del joven. Se humedeció los labios; el cuerpo le tembló preso de una emoción desconocida. Por más hombres que la hubieran mirado, por más veces que la hubieran tocado, ninguna le supo tan dulce como la manera en la que él lo hizo. Con una inocencia cargada de una sensualidad que no parecía pretendida, la desmontó por completo. Hacía tiempo que nadie cuidaba de ella así. Ruborizada, apartó la vista.

—¿Tiene frío? —preguntó él, al verla temblar.

—Un poco. —Disimuló ella.

Él se quitó la levita y se la colocó sobre los hombros. Cassandra, envuelta de nuevo en su confortable abrazo, apreció lo que los nervios no la habían dejado hacer antes: el aroma de Henry. Una mezcla de madera e incienso que la hizo sentirse bien. Lo observó, pensando en lo adorable que se veía tan concentrado, pues prestaba atención a la herida. Considerable, sangraba bastante. La roca con la que se la había hecho debía de estar muy afilada.

El caballero sacó el pañuelo del bolsillo de la levita y lo anudó en torno a la rodilla.

—Voy a cargarla en brazos —dijo después—. No quiero esperar más. Tiene que entrar en calor y poner la pierna en alto.

—Su cochero estará al llegar.

—Entonces nos cruzaremos con él en el camino, pero no vamos a quedarnos aquí. ¿Podrá llevar el farol?

Ella asintió y él se lo tendió. Tenían suerte de que, a diferencia del

otro, no se hubiera roto cuando lo soltó. Henry la ayudó a incorporarse, a la pata coja, y le dio instrucciones para que le rodease el cuello con el brazo libre. La tomó con delicadeza y la alzó. Cassandra sintió un agradable pellizco en el estómago mientras lo hacía y no pudo dejar de observar su rostro a medida que el esfuerzo por el descenso lo perlaba de sudor. Henry se sentía nervioso, apenas veía y tenía miedo de tropezar y caer, así que prestó atención a eso. Le hizo bien estar concentrado. Si se paraba a pensar que sostenía a la mujer que más admiraba, las piernas le temblarían. Por unos minutos solo fueron ellos, rodeados de la melodía del viento y el bramido de las olas al restallar con las rocas.

—Está muy serio —comentó ella, casi preocupada—. ¿Mi peso le incomoda? Puedo intentar caminar.

—En absoluto. Cargaría con usted toda la noche si fuera preciso— contestó él, con la respiración agitada—. No se preocupe por mí.

Bajó la mirada y le dedicó una sonrisa tan bonita que la hizo sonreír también. Cassandra soltó un quedo suspiro. Jamás pensó que terminaría el día en brazos de un apuesto joven en los acantilados de Tintagel. Poco más tarde escucharon la voz de Allan, que llamaba a su señor. Pronto vieron la luz de un farol, agitándose frenético mientras se aproximaba, y distinguieron tres figuras. Las hermanas de ambos lo acompañaban. Una vez que se encontraron, todo se aceleró. No hubo tiempo de presentaciones. Corrieron al transporte, a la par que comentaban lo ocurrido. Ni bien Cassandra ocupó un asiento, Allan, experimentado en heridas, la curó con ayuda de Nyneve.

—Te vas solo a caminar y vuelves con una dama en brazos. Y yo que te tenía por poco espabilado. —Sophie le dio un codazo a su hermano mientras esperaban fuera.

Él chasqueó la lengua, aunque respondió calmado.

—Es la señora Emery.

—¿La actriz? —Cuando Henry asintió, Sophie se mostró entusiasmada—. ¡No me lo puedo creer! La adoro.

—Por favor, no te alteres o la alterarás también, y ahora necesita descansar.

—Pero la has salvado de caerse. ¡Qué bonito!

Henry iba a regañarla cuando Allan salió con buenas noticias.

—Tiene una herida en la rodilla, pero nada que no se le pase con

reposo, después de todo, no es profunda. Ya sabe que la sangre arma mucho escándalo.

Henry le comentó que ese había sido su pensamiento; entretanto, Nyneve dejó el carruaje.

—Mi hermana desea conversar con usted —le dijo.

Al instante, él entró al transporte. Halló a Cassandra sentada con la pierna estirada sobre el asiento y la espalda apoyada en el lateral. Seguía cubierta con la levita, aunque ya parecía haber entrado en calor pues tenía buen tono.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó sentándose frente a ella.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Estoy bien. Me ha dicho su hermana que quería hablar conmigo.

—Siento que abuso de su amabilidad, pero... verá, me preguntaba si podría acercarnos a Trevena. La diligencia sale al alba y no quiero perderla. He de estar en Bath lo antes posible.

—Si no le importa viajar en un carruaje con un desconocido, su hermana y su doncella, podría llevarla a Bath.

—¿Van ustedes a la ciudad?

Él asintió con energía. El rostro de Cassandra se iluminó, dispuesta a darle un «sí», pero pronto perdió el brillo. El joven era su admirador y no deseaba aprovecharse.

—Sería demasiado. No quiero abusar de su buena voluntad.

—Tenemos espacio y no será en absoluto una molestia. Y, antes de que lo diga: no lo hago por quien es, lo hago porque lo necesita. No puede ir en una diligencia atestada de viajeros o tendrá la rodilla como una bota cuando llegue a Bath. Lo haría por cualquier otra persona en sus circunstancias, aunque no fuese mi actriz favorita.

—¿Soy su favorita? —dijo ella, adulada.

—Lo es. Y le prometo discreción. Nadie se enterará de que viaja con nosotros.

—Dígame, señor Trebarwith...

—Por favor, llámeme Henry. Me siento más cómodo así.

Cassandra no se negó, a pesar de que un trato tan cercano era inapropiado entre quienes acababan de conocerse.

—Está bien, Henry, dígame: ¿es usted real o me he golpeado contra las olas y estoy sufriendo alucinaciones?

—¿Cree que una alucinación reconocería que lo es? —respondió

él, divertido.

—Supongo que no.

—Me temo que tendrá que vivir con la duda.

—Entonces es fruto de mi desbordada imaginación. Es demasiado amable para ser real. Pocos hombres he conocido que lo igualen en cortesía.

—Quizá es que sus expectativas son muy altas. O que ninguno de ellos la ha visto caer por un acantilado y ha tenido que socorrerla.

El guiño divertido de Henry la hizo reír. Él observó embelesado la curva que dibujó su cuello cuando echó la cabeza hacia atrás al hacerlo. Le costaba imaginar que una mujer como ella no hubiera conocido a hombres dispuestos a bajarle la luna si era preciso. Carraspeó nervioso y dijo:

—Ahora, si le parece, nos pondremos en marcha. Imagino que deberá recoger su equipaje en Trevena. ¿Le parece bien si luego nos detenemos a desayunar en Boscastle? Tienen una posada donde sirven unas tostadas magníficas.

—Donde prefiera. No soy una viajera exigente. Estoy acostumbrada a moverme.

—¿Cuántas ciudades ha visitado? —preguntó él con denotada curiosidad.

—He perdido la cuenta, pero creo que me quedan pocas en esta isla por ver.

—De seguro tendrá infinidad de anécdotas sobre rincones pintorescos.

Ella asintió, feliz por poder hablar de sus experiencias. Salvo por Nyneve, a nadie más le importaban los asuntos mundanos de sus viajes. Solo querían hablar de las cosas de su profesión que desprendían brillo: los grandes salones, las recepciones de la aristocracia en la que la exhibían como a un ejemplar exótico. La reconfortó sentir que con Henry podría estar hablando horas de otros asuntos.

—Muchísimas.

—Prometa que en el viaje me las contará todas —le dijo él.

—Lo haré.

Tras dedicarse otra sonrisa, Henry le informó de que iba a avisar a los demás de los planes. Se disponía a dejarla cuando ella reclamó su

atención.

—Solo quería darle las gracias una vez más. No sé cómo podré pagarle cuanto está haciendo por mí.

Él, de pie junto a la puerta, la miró con gesto humilde.

—No tiene que pagarme con nada.

—Por favor, permítame al menos extenderle invitaciones para mi actuación.

Henry aceptó gustoso. Nada lo llenaba más de dicha que verla actuar.

Pronto estuvieron todos subidos en el carruaje rumbo a Trevena. Nyneve se sentó junto a su hermana y esta le colocó la pierna sobre las suyas, en una postura cómoda para ambas. Sophie, Henry y Olivia tomaron asiento frente a ellas, quedando la primera en medio. Como era de esperar, no dejó de hablar en todo el trayecto. Suerte que a Cassandra y a Nyneve no parecía importarles, pues seguían su conversación con entusiasmo. Henry pensó que serían grandes amigas y, aunque no sabía si eso era bueno o malo, teniendo en cuenta el carácter entrometido de Sophie, se sintió feliz por ellas.

Capítulo 3

Tal y como Henry había dicho, se detuvieron a desayunar en Boscastle. El pintoresco pueblo, enclavado en la costa de Cornualles, contaba con una posada con varios siglos de historia, cerca del puerto. Ocurrió entonces algo que a él le llamó la atención. Cassandra pidió que la dejaran a solas en el carruaje unos minutos con su hermana, que tras coger una bolsa del equipaje volvió a entrar con ella. El resto esperó fuera, con diligente paciencia, hasta que Nyneve salió.

—Mi hermana ya está lista. Pregunta si puede ayudarla a bajar.

Él asintió al momento. En cuanto abrió la portezuela, se llevó una gran sorpresa: Cassandra había cambiado su cabello postizo por uno de un castaño brillante, y atenuado el tono de las facciones empolvándose un poco el rostro. Él habría seguido reconociéndola entre un millar de personas, pero para la mayoría pasaría desapercibida.

—¿Cuántas pelucas tiene usted? —le preguntó, tendiéndole la mano.

—¿Quiere que le preste alguna? —dijo tomándola—. Seguro que el rubio le da un aspecto muy exótico.

Las manos de ambos ya se hallaban provistas de guantes, tomados de sus equipajes, por lo que no hubo un roce inapropiado en ese gesto.

Henry rio en tanto que ella se apoyaba con la que tenía libre sobre

uno de sus hombros.

—Exótico como un macaco de los que vienen de Ultramar, supongo.

A Cassandra se le escapó una carcajada un tanto escandalosa.

—Perdón.

—No me pida perdón por reír. —La tomó de la cintura, para bajarla, pues ella no podría salvar la distancia por sí sola, aunque tuviera apoyo—. La risa es una de las cosas más hermosas del mundo.

«Y la suya una de las más bonitas que he escuchado», pensó.

El día estaba bastante claro y el sol asomaba entre las nubes, por lo que pudieron observar los rasgos del otro con nitidez, sin las sombras del interior del carruaje. Henry había estudiado el rostro de la actriz muchas veces en el pasado, pero nunca tan de cerca, y su belleza lo sobrecogió. Jamás había visto tez tan perfecta, ojos tan bonitos ni facciones tan agraciadas. Para ella, el de Henry también fue digno de admirar, y se detuvo en su mirada, pues le pareció más sincera que ninguna otra. Tuvo la impresión de que poseía una sabiduría más allá de la edad del caballero, que a juzgar por ella no debía tener más de veintitrés. La cautivaron también los rizos, a los que el viaje había desmadejado dándole un aspecto dulce y juvenil. Cuando Henry la posó en el suelo, con medida delicadeza, les fue difícil dejar de mirarse.

—Voy a prestarle mi bastón, la ayudará a caminar —dijo él, atrayendo la atención de la joven sobre sus labios.

—Gracias —musitó ella.

Cuando se lo tendió, volvieron a tocarse. A ninguno le pasó desapercibido que había sido algo intencional.

—¿Quiere apoyarse en mí?

—¿Pretende que entremos en la posada como si fuéramos marido y mujer?

Cassandra fingió estar molesta para bromear; sin embargo, él se lo tomó en serio y tragó saliva, nervioso.

—No, yo...

Al verlo tan apurado, rio.

—Solo bromeaba, Henry. —Extendió la mano hacia él—. Si es tan amable...

Sonrió, más tranquilo, y ella se asió al brazo.

—Mi hermano siempre tan caballeroso —dijo Sophie, enganchándose del otro—. No recuerdo un solo día de mi vida en el que no lo haya visto hacer algún tipo de hazaña. Debieron bautizarlo como «Arthur» o «Galahad». Habría sido más apropiado que Henry.

—Recuerdo a unos cuantos Henry que hicieron grandes proezas —dijo Cassandra.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles?

Cassandra enumeró algunos ejemplos de gente ilustre y, enfrascadas en esa conversación, llegaron a la posada, seguidos de Nyneve y la doncella. Allan desayunaría aparte con los mozos. Ocuparon una mesa junto a la ventana, en el cálido y confortable comedor de suelos de madera y grandes vigas en el techo. Una chimenea considerable caldeaba la estancia, dorando con la luz de las llamas los muchos cuadros y escudos de armas que decoraban las viejas paredes de piedra. Pronto se embriagaron del aroma del pan tostado, los huevos, el té y las salchichas asadas. No pasó mucho más hasta que lo tuvieron todo en la mesa. Mientras lo degustaban, Sophie le lanzó una pregunta a Cassandra, con su habitual curiosidad.

—¿Puedo preguntar qué hacía en Trevena? No sabía que estuviera actuando aquí.

—Me preparaba para un papel. Estreno *Macbeth* en Bath dentro de unos días.

—¡*Macbeth*! —exclamó Sophie, entusiasmada.

—Así es. Quería imbuirme de la magia de Tintagel, pues he escuchado cosas sorprendentes de las ruinas del castillo.

—Unas ruinas lóbregas y frías —se quejó Nyneve.

Sophie rio, asintiendo.

—Desde luego. Y lo que dicen de ellas son cuentos de brujas. Yo no creo en esas cosas. Henry, sí.

Él, que estaba tomando un sorbo de té, las miró una a una en tanto que ellas lo escudriñaban.

—¿Cree usted en las viejas leyendas, Henry? —preguntó la actriz.

—Mi hermano es un romántico. Cuando ve unas ruinas se las imagina llenas de almas en pena y de viejas historias de amor, venganza y muerte.

Él tragó despacio y dejó la taza sobre el platillo.

—Obviando el hecho de que no deberías hablar de mis asuntos

con alguien a quien acabas de conocer, Sophie, ¿acaso tiene algo de malo dejar volar la imaginación?

—Sí cuando la imaginación interfiere en la razón.

—Para ti es toda una ventaja que mi razón no interfiera en mis pensamientos a menudo o estaría mandándote de vuelta a casa en este instante.

La actriz y Nyneve los miraron con gesto divertido mientras hablaban.

—Disculpadnos. Mi hermana a veces no mide sus palabras.

Sophie puso los ojos en blanco y le sacó la lengua.

—No se preocupe. Me gusta su espontaneidad. —En cierto modo le recordaba a ella a su edad—. Estaría bien que a Nyneve se le contagiase un poquito.

Esta se quejó frunciendo los labios; Sophie miró a Henry con gesto triunfal.

—Le gusto —le dijo con retintín.

Él bebió un sorbo de té, guardándose un suspiro.

—No la aliente, por favor —le pidió a Cassandra.

—Muy bien, pero sepa que no hay falta alguna en las historias de fantasmas. Yo las adoro. Nada me gusta más que pasar horas leyendo sobre ellas, sean reales o inventadas.

—¿Lo dice de verdad o solo por contentarme? —inquirió Henry—. Algunas jóvenes gustan de despreciar las novelas porque creen que eso las hace parecer más interesantes.

—¿Cree que yo necesitaría parecerlo?

Henry sonrió.

—En absoluto.

—Pues ahí tiene su respuesta.

La sonrisa entonces fue mutua. Sus hermanas quedaron en silencio, mandándose el mismo mensaje con la mirada: la afinidad entre Cassandra y Henry era notable.

—Lo que me agrada de las historias de fantasmas es que tienen algo universal, miedos intrínsecos a todo ser humano, habite el lugar que habite —dijo él—. Solo cambia el nombre del miedo, pero siempre existe.

—No puedo estar más de acuerdo, aunque no termino de entender a qué se refiere con eso del nombre.

—A que habrá lugares del mundo en que ni siquiera se llame «fantasma», pero sigue provocando el mismo escalofrío.

Cassandra asintió.

—¿Ha actuado alguna vez en un teatro embrujado? —preguntó Sophie, después de masticar alegremente un trozo de tostada con exquisita mermelada de arándanos.

—En más de uno.

La jovencita no iba a quedarse contenta hasta que no supiera todas las historias posibles. A pesar de que no creía en fantasmas, disfrutaba escuchándolas. Cassandra la complació y, cuando terminó de relatar los espantos ocurridos entre la tramoya, se hizo un denso silencio en la mesa. Eran los únicos comensales del salón que callaban.

—No creo que pueda dormir esta noche —dijo para sí Olivia.

—Y yo no volveré a pisar el teatro de Londres —murmuró Sophie.

Su hermano la miró a punto de echarse a reír. Nada le gustaba más a la joven que ir al teatro en la capital, por lo que no cumpliría su palabra. Nyneve comentó con ella lo escalofriante del relato, en tanto que Henry le preguntaba a Cassandra cuál era su novela gótica favorita. Ella le contestó que *El castillo de Otranto*, y la conversación se centró en alabar las virtudes del cuento o en cuestionarlas, lo que les llevó el resto del desayuno, puesto que sentían gran pasión por la literatura y Sophie intervenía a cada poco para cuestionar cuanto decían, solo para darles más conversación. Estaba convencida de que su hermano y la actriz congeniaban, y era su propósito acercarlos en ese viaje cuanto le fuera posible. No había medido las consecuencias que esto tendría ni se pararía a hacerlo. Mientras hablaba con ella, él parecía feliz como hacía tiempo que no lo era, y eso le bastaba. No le gustaba la versión mohína de sí mismo en la que Henry se había convertido desde que había empezado a obedecer a su padre. Sin embargo, Nyneve fue más prudente, puesto que sabía de los asuntos personales de Cassandra.

Después de haber retomado el camino, pernoctaron en una cómoda posada de Holsworthy, un bonito pueblo famoso por su mercado y la torre de su iglesia. Henry ocupó una habitación solo; Sophie, con su doncella; la intérprete y Nyneve, en otra. Allan y los mozos ocuparon habitaciones cerca de las cuadras, como era común.

Henry fue a darle las buenas noches a su hermana y la halló

tumbada boca arriba en una de las camas, separadas por una mesita de madera sobre la que vibraba la luz de una vela, mientras que Olivia preparaba la ropa de dormir.

—Ciertamente, hermano, creo que Cassandra es excepcional —le dijo la joven.

Él recreó el bello rostro de la dama en la mente y evocó sus palabras. Una amplia e inevitable sonrisa emergió en sus labios.

—Es muy elocuente.

Sophie se giró hasta colocarse de costado.

—¿Elocuente? —Apoyó la mano en la mejilla, con gesto suspicaz —. ¿Eso es todo lo que tienes que decir de ella?

Henry dejó caer la espalda en la puerta y miró al techo.

—¿Qué más quieres que diga?

—Que en tu corazón arde el más apasionado de los deseos, que la llama del amor se ha encendido irrevocablemente y con solo mirarla a los ojos flamea incandescente.

Él soltó una carcajada y volvió la vista a ella. La doncella también rio por lo bajo.

—En cuanto lleguemos a Bath te enviaré a ver al doctor McDermott, sospecho que sufres de algún tipo de agitación mental.

Sophie frunció los labios y volvió a tumbarse boca arriba.

—Puedes decir lo que quieras; he visto cómo la miras.

—Admiro su carrera desde el principio, mi forma de mirarla solo es sincera devoción por su trabajo.

—Ajá —dijo guasona.

—¿Cómo que «ajá»? Sophie... —regañó—, prométeme que no sugerirás nada parecido en presencia de Cassandra.

La muchacha, más que dispuesta a ignorar su petición, cambió de tema.

—Oye, el doctor McDermott... —hizo una pausa que mantuvo a su hermano en vilo— ¿es guapo?

Henry alzó las cejas y resopló.

—Buenas noches —dijo dándole la espalda para abrir la puerta.

—¿Es guapo o no?

—Supongo que sí —contestó. Sabía que su hermana no lo dejaría en paz.

—¿Más o menos que Arthur Belaford?

A la doncella se le escapó otra risita, pues le parecía uno de los hombres más apuestos de Bath. Henry se dio la vuelta y las miró de forma alterna, cruzándose de brazos.

—Sophie, duérmete o mañana te mando de vuelta a casa. Y tú también, Olivia.

—Sí, señor —dijo ella, apresurada.

Su hermana no fue tan cumplidora.

—Seguro que no es más guapo que Arthur. Nadie lo es.

—Cuando lleguemos a Bath te quiero a cien millas de él, ¿me oyes?

—¿Del médico guapo o de Belaford? —preguntó la joven con perspicacia.

—De cualquiera. Ya buscaré otro doctor para que te asista. Buenas noches.

Sophie soltó una risita divertida, con ganas de idear un plan para acercar más a su hermano y a Cassandra. Seguro que algo se le ocurriría.

Henry fue a su dormitorio. Tras asearse, se metió en la cama para reponerse después de tantas emociones. Intentó hallar la paz en pensamientos sin importancia; sin embargo, se le venían a la cabeza los momentos con Cassandra. Su voz en Tintagel; sus manos aferrándose a él como el ancla que la sujetaba a la vida; sus cuerpos juntos cuando había tirado de ella para salvarla. Ese dulce abrazo que se habían proferido tras la victoria contra la muerte. Y, sobre todo, rememoró los ratos en los que Cassandra perdía la vista durante el camino y observaba los campos, meditabunda, mientras el traqueteo del carruaje la movía. Henry habría pagado una fortuna por saber dónde estaba su mente. El sueño lo encontró tratando de dejar de pensar en ella, en vano. Se dio cuenta de que nada lo apremiaba más a dormir que el deseo de que las horas pasasen rápido para verla.

Entretanto, en la habitación contigua, Nyneve peinaba con cariño el cabello de Cassandra, muy largo, como cada noche antes de descansar.

—¿No crees que hemos tenido mucha suerte al dar con el señor Trebarwith? Es un joven de lo más agradable, al igual que su hermana.

—Es muy afable y me gusta mucho ella. Habla sin parar. Ya sabes

que adoro a la gente que lo hace —respondió la actriz, sentada en el tocador, frente al espejo.

—Lo sé, aunque su hermano me parece más prudente. Así como caballeroso.

—Tiene muchas cualidades, sin duda.

Cassandra miró a Nyneve en el reflejo del espejo y las dos se echaron a reír. Estaban más que habituadas a hacer confidencias.

—Ay, Nyneve, qué día tan extraño —suspiró—. Me he levantado pensando que todo iría mal, he estado a punto de morir y ahora me hallo en este rincón de Inglaterra en una habitación al lado del hombre más interesante que he conocido jamás.

—¿El más interesante? ¿Qué pensaría tu prometido si te oyera decir eso?

—Es un buen hombre, pero no podría mantener con él ni un tercio de las conversaciones que he tenido con Henry. ¿Hablar de novelas y fantasmas? ¿Lord Alexander Thonbert? Antes se pasearía por el Parlamento vestido de gallina.

Nyneve se rio al imaginarlo. Hijo menor de un duque, lo habían conocido un año atrás. Él había perseguido a su hermana de teatro en teatro, llenándola de regalos hasta amenazar con quitarse la vida si no accedía a verlo. Era un hombre ardoroso, bien posicionado, que la llenaba de flores y noches de pasión en lujosas posadas y residencias. Tal era su devoción que le había pedido matrimonio y prometido que se casarían en cuanto arreglase algunos asuntos familiares, rogándole mientras tanto mantener la relación en secreto, pues no quería entrometimientos.

Hubo otra cosa que le pidió: que dejara los escenarios por él. A pesar de que actuar era toda su vida, accedió, pues el amor más ciego la impulsaba a ello. Eso fue lo que más sorprendió a Nyneve. La actriz se había llevado tantas decepciones, y vivido tantas falsas promesas, que su hermana no terminaba por creer las palabras de Alexander. No obstante, Cassandra parecía feliz al lado de ese hombretón que medía más que un armario, con unas manos tan grandes que juraba entre risas que una sola le abarcaba ambos pechos. Nyneve ya no se escandalizaba al oírla hablar sin pudor de relaciones íntimas fuera del matrimonio. No en vano, la actriz había estado casada, años atrás, con otro actor y su primer mediador en asuntos de teatro. Un arreglo de

conveniencia que duró hasta que él murió, dándole un estatus respetable pues empezaron a llamarla «señora» y a tenerla en mayor consideración al haber tenido esposo.

Cassandra se llevó una mano al cuello y sacó de debajo de las ropas el colgante que Alexander le había regalado cuando le pidió matrimonio. «Una reliquia familiar», había dicho. Una joya preciosa, en forma de herradura. No podía esperar a exhibirlo.

—¿No tienes ganas de llegar a Bath? —le preguntó a Nyneve.

—Tú más que yo, Cassie. Alexander te espera allí.

—Sí, pero no hasta el día de la función. Tengo ganas de ver su cara de sorpresa cuando lo visite antes de lo esperado.

—Seguro que lo llena de felicidad.

Nyneve dejó el cepillo sobre el tocador y apretó el hombro de su hermana, con cariño. Se dedicaron una sonrisa y, tras terminar la rutina nocturna y de que le curase la rodilla, tal y como Allan le había enseñado, ocuparon sendas camas. La pequeña no tardó en dormirse, tras el sinfín de emociones que había vivido; sin embargo, a Cassandra le costó conciliar el sueño. Rememoraba lo sucedido, pero no esa parte amarga en la que su vida estaba al borde del abismo, nunca mejor dicho. Su mente recreaba el momento en el que había visto a Henry por primera vez, a la luz del candil, aplaudiéndola entusiasmado; el momento en el que la había aferrado con fuerza; en el abrazo victorioso después de haberle salvado la vida o cuando le hizo bajar la media, con los ojos clavados en ella. El fuego ámbar de sus iris volvió a estremecerla y deseó poder regresar a ese lugar y a ese instante; vivirlo de nuevo. Vivirlo infinitamente. Se había sentido muy especial cuando la cuidó. Sonrió con calma al recordarlo en el camino, con la mirada en el paisaje, pensando en solo él sabía qué. Cassandra se lo había preguntado mientras le echaba algún vistazo furtivo, sabiendo que él también lo hacía. Habría dado su voz y su talento por saber en qué pensaba. Con el rostro de Henry en su memoria, concilió el sueño, deseando que las horas pasasen para volverlo a ver. A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos y volvió a pensar en él, se sintió terriblemente extraña. Hacía tiempo que solo Alexander ocupaba sus pensamientos. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Capítulo 4

La noche fue tranquila, y aunque Henry despertó también pensando en Cassandra, no quiso darle vueltas a esa voz en su interior que no le permitía dejar de hacerlo. Supuso que era normal: se trataba de su actriz favorita y la había admirado desde tiempo atrás. Era comprensible sentirse motivado con su cercanía. Compartir un viaje con ella era un sueño hecho realidad. Tras asearse y vestirse convenientemente, llamó a la puerta de su hermana. Esta le dijo que aún le quedaban unos minutos, por lo que aguardó en el pasillo. Paseó por él, observando los cuadros de personajes ilustres que lo decoraban.

—Al parecer, todos han sido huéspedes de la posada —dijo una voz a su espalda, que reconoció al momento.

Al girarse, vio el dulce rostro de ella, iluminado por una sonrisa.

—Buenos días, señora Emery —le dijo—. ¿Ha dormido bien?

—Buenos días, mejor imposible. Y, por favor, llámeme Cassandra.

Eso le agradó en demasía.

Nyneve, a unos pasos, recibió un amable saludo por parte de Henry. Ella lo correspondió y esperó a que su hermana se moviese, pues habían dejado el dormitorio con la intención de desayunar. Sin embargo, Cassandra estaba demasiado embelesada en observar la bonita sonrisa de Henry como para acordarse de comer. Él, tras

preguntarle por la rodilla y obtener noticias satisfactorias, pues le indicó que apenas sentía dolor, señaló con un gesto de cabeza los cuadros.

—¿Decía que son huéspedes ilustres? —preguntó.

La muchacha asintió, y caminaron por el pasillo para descubrirlos, jugando a adivinar quiénes eran, antes de mirar las placas que lo indicaban bajo el retrato. Cuando Cassandra no lo sabía, decía un nombre al azar, por rocambolesco que fuera, y rompían a reír incluso de forma inapropiadamente escandalosa.

—Nos van a echar de la posada.

—Suerte que no tenemos que pernoctar una noche más aquí —dijo ella, con un guiño.

Al momento salió Sophie, acompañada de Olivia. Saludaron cortésmente a los presentes, y bajaron juntos al comedor mientras la Trebarwith alababa la firmeza del colchón y la suavidad de las sábanas. Tras un agradable desayuno, en el que los ojos de Henry y Cassandra jugaron de nuevo a buscarse, y los comentarios de uno y otro desembocaban siempre en rostros de felicidad, reemprendieron el camino hacia Bath.

La compañía hizo que durante el viaje las horas se convirtieran en segundos. A pesar del traqueteo molesto del carruaje, de los baches del camino, del frío y de los ratos en los que la lluvia caía amenazando con hacerlos encallar en el barro, se sentían cómodos en ese pequeño espacio. Se creó entre ellos una cercanía sin igual, más notable, aunque forzada a disimularse, entre Cassandra y Henry. Con cada vuelta de rueda descubrían que eran afines en muchas cosas: en todas las formas de arte, en las ciencias, en su manera de ver el mundo. Se les hacía imposible no hilar un tema con otro, y hasta llevaban a cabo encendidos debates. Incluso cuando no se ponían de acuerdo, los ojos les brillaban ante el descubrimiento de la pasión de sus almas. Los desayunos y las comidas también fueron animados. En todo momento, Henry se preocupó del estado de la rodilla de la actriz, que supervisada por los cuidados de Nyneve, mejoró considerablemente en escaso tiempo.

Poco a poco fueron dejando atrás millas y pueblos, coronados por las torres de las iglesias, circundados por pastos, bosques y arroyos. Una de las noches, pernoctaron en Wellington, que ya era renombrada

por ser centro de comercio entre Bristol y Exeter, pero que se había hecho considerablemente famosa en los últimos años. Llegaron cuando aún no había atardecido, por lo que tuvieron ocasión de visitar la iglesia de St John y de dar un paseo por su calle principal. Algunos transeúntes con los que se cruzaban se fijaban en la dama, como si fueran a reconocerla; sin embargo, seguían su camino sin más, cosa que ella agradeció. Prefería tener un paseo tranquilo. Henry y Cassandra caminaban el uno junto al otro, mientras unos pasos más atrás estaban Sophie y Nyneve, que se habían quedado rezagadas contemplando las cintas de un escaparate junto a Olivia, quien no se guardaba de hacer alabanzas a cuanto veía.

—Sospecho que en algún momento la doncella presentará su renuncia para solicitar trabajo en la tienda —dijo la actriz, observándolas de reojo con una sonrisa divertida.

Henry giró la cabeza por un instante también, y asintió. Se detuvieron a esperarlas a la par que seguían conversando.

—Sophie siempre dice maravillas de ella y me ha contado que quiere ser costurera. Mi hermana deja que diseñe sus vestidos y mi madre consiente tal capricho, a pesar de que podría encargarlos a las mejores modistas de Inglaterra.

Disimulada, Cassandra la miró de arriba abajo.

—Ciertamente, tiene buena mano. Debería contratarla.

—Tendrá que batirse en duelo con Sophie. —Rieron, mientras las jóvenes los alcanzaban. Henry les dejó paso para que fueran delante, no quería perderlas de vista, y luego repuso—: Y con mi madre. Olivia es imprescindible para Sophie; y si mi hermana le pidiera la luna a lady Trevanyon, sería capaz de inventar un artilugio capaz de subir al cielo para bajársela.

—Es muy afortunada —comentó Cassandra cuando reanudaron la marcha—. No todos podemos disfrutar del cariño de una madre devota. Mis padres murieron cuando era una niña. Fue mi hermano mayor quien se encargó de mí, hasta que las fiebres se lo llevaron también.

Henry habría querido abrazarla para darle consuelo. Ante la impotencia de no poder hacerlo, apretó los puños y el mentón, casi furioso. ¿Qué normas eran esas que impedían que un alma consolase a otra con un simple abrazo? ¿Qué había de malo en un gesto como ese?

Cassandra, ajena a las tribulaciones de él, deseó que alguien pudiera abrazarla para aliviar el dolor, aunque fuera por un instante. Si hubieran podido leerse el pensamiento, habrían sido felices al saber que coincidían.

—Lo siento mucho —murmuró.

—Han pasado ya muchos años —se tragó las ganas de llorar—, no se preocupe.

—El dolor de la pérdida nunca se va, por más tiempo que pase.

—Lo dice como si hubiera perdido a alguien.

—Mi madre.

—Disculpe, tenía entendido que su madre... —dijo la dama con torpeza—. Ha hablado antes de ella en presente.

—Sí, lamento haberla confundido. Helen, la madre de Sophie, no es realmente la mía, pero la trato como si lo fuera porque siempre ha sido buena conmigo. Me cuidó como a su propio hijo y en mucho me libró de las exigencias de mi padre.

—Siento su pérdida.

Él le dio las gracias y se hizo un silencio que los sumió en pensamientos agridulces. Henry se lamentó una vez más de no haber podido conocer a su madre; Cassandra echaba de menos a sus padres, pero recordó los momentos vividos junto a ellos y se sintió algo reconfortada. La calle se quedó silente también: parecía que quisiera respetarlos. No pasó carruaje ni transeúnte alguno hasta unos minutos después. Como si el sonido de las ruedas del precioso *barouche* que los rebasó le hubiera dado pie, ella retomó la conversación.

—¿Por qué cree que los padres, a menudo, son más exigentes que las madres?

—¿Quizá porque las madres conocen el dolor de traernos al mundo y no quieren que lo experimentemos?

—Podría ser por eso.

—Cuando sea padre, no quiero ser así.

Ella lo miró con curiosidad, imaginándolo en el papel de progenitor. Por alguna razón, el estómago le bailó. Él continuó hablando:

—Aunque a veces pienso que todas las personas han tenido alguna vez esta intención para después desecharla, porque, por más que queramos ser diferentes, la sociedad nos arrastra en la misma línea —

trazó una imaginaria con la mano, muy recta, para después dibujar una curva hacia el suelo—, una línea que termina llevándonos a lo más bajo de nuestra esencia; haciéndonos olvidar quienes somos para fundirnos con los demás hasta que se hace difícil distinguir entre unos y otros.

La forma que tenía Henry de expresarse fascinaba a Cassandra. Asintió con fervor, pues no podía estar más de acuerdo.

—A veces, cuando llego a una fiesta y los veo a todos, tan iguales, con las mismas ropas y peinados, idénticas conversaciones, me pregunto en qué nos hemos convertido —dijo—. ¿En qué momento del camino perdimos el alma para señalar con reprobación lo diferente? ¿Por qué lo que nos hace únicos se ve como algo extraño y peligroso?

Henry la miró, fascinado también por su forma de hablar.

—Usted lo ha dicho: peligroso. A la gente como a mi padre le interesa que las cosas no varíen. Una sola gota desviada del cauce de un río puede modificarlo, pues trazará un camino que otras, tal vez, optarán por seguir. Como esas que caen del techo de las cuevas. A fuerza del tiempo y la insistencia, terminan por cambiar la forma de la roca.

—Usted podría ser una de esas gotas, Henry.

—¿Yo? —Se mostró sorprendido.

—Se expresa con gran resolución y tiene posibilidades, por su posición, de estar en política. De tener voz. Hay gente con sus mismas ideas que desea hablar y no puede.

Esas palabras le recordaron a Henry la petición del conde. Se sintió tan preocupado que Cassandra notó cómo el rostro se le envolvía de amargura.

—Siento haberlo incomodado, no pensé que...

Él la tranquilizó, haciendo por sonreír. No quería turbarla. Esperó a que una pareja que caminaba en sentido contrario, con los que se dirigieron un gesto cortés, los sobrepasase, para empezar a hablar.

—Verá. Siempre he sentido inclinación por la política. Por las ideas diferentes. Por las gentes indefensas y necesitadas. Hubo una época en la que no dejaba de meterme en líos. Conozco unos cuantos calabozos a lo largo de Inglaterra.

—¿Usted? —Hasta arrugó la nariz—. Parece un joven de lo más sensato.

—Estoy reformándome, pero mi sentido de la justicia a menudo me ha traicionado, cosa que mi padre reprueba constantemente. Me cuesta ver algo mal y no hacer nada. Podría salir en defensa de una hormiga si la hoja con la que carga hacia el hormiguero osase desafiarla y salir volando.

Cassandra sonrió mientras lo miraba con dulzura. Cuanto más hablaba con él, más quería conocerlo.

—La hormiga no entendería nada, pero estaría agradecida.

—Exacto. Hay hormigas bajo pies de gigantes que se aprovechan, precisamente, de su ignorancia. Por eso hay que darles la voz que no tienen.

—Pues una vez más, Henry Trebarwith, debería estar usted en el Parlamento.

Él suspiró.

—Eso quiere mi padre, pero no para la política que yo deseo, sino para la de su interés. La que perpetúa las conductas que favorecen a unos sobre otros; la que crea condenas desiguales; la que tolera el abuso en las fábricas o el esclavismo. Y yo no quiero hacer eso. No lo haré. No estaré en Londres para mi cumpleaños.

Cassandra frunció el ceño: no entendía el sentido de esas últimas palabras. Él, al verla confusa, se lo explicó.

—¿Me permite un consejo? —dijo ella con prudencia. Cuando Henry asintió, agregó—: Si estuviera en su piel, no dudaría en ir. ¿Qué puede hacer su padre cuando usted se haga oír? En ambas Cámaras habrá quien lo escuche, estoy segura.

—Podría hacerme la vida imposible.

—Sospecho que lo hará, tome usted el camino que tome.

Henry no pudo evitar reír. Unas muchachas que curioseaban el escaparate de una tienda se giraron para mirarlo. Después de unos segundos, observándolo a él y a Cassandra, cuchichearon algo entre ellas y siguieron a lo suyo. El joven carraspeó y dijo:

—¿Por qué me parece que conoce a mi padre?

—Por lo que dice de él, no es muy distinto a otros que he conocido. Muchos gustan de codearse con actrices como yo, en busca de afecto. Aunque ellos no quieren a Cassandra Emery, quieren a Beldivera, a Titania o a Julieta.

—Debe de ser complicado establecer límites.

—Sobre todo porque pretenden ser comprados con joyas y propiedades, y yo sé lo que es la pobreza, Henry. Pocas cosas duelen más que el hambre. En cualquier caso, habrá oído rumores sobre mí, pero quiero que sepa que no soy de esa clase de damas.

Él estiró la postura, nervioso. Cassandra había dicho aquello con cierta molestia, por lo que no debía de ser una cuestión grata para ella. Lo que sabía de su situación en lo que a relaciones se refería era que hacía años había enviudado, y se le conocían algunos romances, pero él no tenía constancia de compromiso o matrimonio.

—No soy nadie para juzgarla. He escuchado muchos rumores sobre usted, eso es cierto. Sobre los hombres que la cortejan y la vida que supuestamente lleva gracias a ellos.

Ella apretó los puños, cansada de las maledicencias. Quizá por librarse de ellas había tomado la determinación de abandonarlo todo para casarse. Así la dejarían en paz.

—Todo me lo he ganado con esfuerzo. Pasando despierta las noches hasta aprenderme de memoria el guion; recorriendo Inglaterra en busca de inspiración. ¡Usted me encontró en un acantilado en mitad de la noche, por amor de Dios! ¿Cree que dirían lo mismo si fuera un hombre? —Habló tan alto que una pareja que paseaba cerca la miró.

—Por favor, cálmese —pidió Henry—. No le hará bien alterarse. A la gente le gusta hablar, ya lo sabe. De hombres, de mujeres y hasta de los patos del Avon.

Eso la hizo reír brevemente. Él le puso una mano en la espalda, por un instante, intentando serenarla con ese gesto cercano. Ella no se sintió incómoda; por el contrario, lo agradeció.

—Si le sirve de algo, sospechaba que eran solo habladurías —añadió el joven—. Después de conocerla sé de corazón que lo son.

Cassandra lo miró con agrado.

—Gracias por sus palabras y, discúlpeme, no soporto las malas lenguas.

—Pues usted vive expuesta a ellas, ya debería de estar acostumbrada.

—También vivo bajo el sol, y si paso tiempo sin estar a la sombra me quemo.

—En eso tiene razón. —Sonrió con cariño, y después señaló un

punto más adelante, en una pequeña plaza instalada entre varias casas —. Una librería. ¿Quiere que la visitemos? Creo que le haría bien despejar la mente. Y a mí también.

Ella miró hacia allí y después asintió. Henry tenía razón, necesitaba distraerse después de tan profundas conversaciones. Se fijaron en una bella fuente de piedra, rodeada de un par de bancos y un pequeño jardín. Comentaron su hermosura junto a Sophie, Nyneve y Olivia, que se acercaron a verla en tanto que ellos se aproximaban al escaparate de la tienda. Cuando llegaron se dieron cuenta de que estaba cerrada.

—Qué pena. Me apetecía leer algo más aparte del guion.

—Pararemos en Glastonbury y le regalaré un libro. Entretanto, puedo prestarle alguno de los que llevo conmigo.

—Oh, Henry, no será necesario.

Él la miró con una sonrisa convincente, por lo que ella terminó por asentir.

—Está bien. No se preocupe por dejarme ninguno. Esperaré con expectación a que lleguemos a la ciudad, y le regalaré también uno a usted.

—Trato hecho. —Henry extendió la mano.

Cassandra la miró. Los guantes negros de él brillaban anaranjados con la luz del atardecer. Le tendió la suya, envuelta en unos blancos, alzando la mirada para encontrarse con los ojos del joven: hermosos, vibrantes, llenos de secretos que le habría gustado descubrir. Con firmeza la apretó, y esa mirada entre ellos se hizo firme también. Parecía que estuvieran sellando un pacto mucho más importante que el de hacerse un regalo; uno que los uniese por toda la eternidad. Así lo sintieron. Les costó separar las manos y, para cuando lo hicieron, escucharon a las muchachas reír a carcajadas. De alguna manera, mientras no las miraban, habían acabado cayéndose a la fuente.

—¡Sophie! —regañó Henry, acercándose hasta allí—. ¿Has perdido el juicio? Vas a coger un resfriado.

—Nyneve se ha escurrido y cuando he intentado que no cayese, he acabado yendo detrás. —La joven no podía parar de reír—. Y después, Olivia.

Rieron las tres, empapadas. Henry y Cassandra se miraron, y terminaron por estallar también en risas. Algunos transeúntes

reprobaron el escándalo; otros se sintieron divertidos. Ayudaron a las damas a salir y pusieron rumbo a la posada, pues debían cambiarse de ropa cuanto antes. Una vez que lo hicieron, tomaron una cena ligera y se despidieron para irse a sus respectivos dormitorios. La noche fue tranquila, rutinaria: Nyneve ayudó a Cassandra a repasar el guion, le cepilló el pelo, se asearon y se metieron en la cama. Henry habló un rato con Sophie y se fue a descansar pronto también. Como venía siendo costumbre, Henry y Cassandra se durmieron con los pensamientos puestos en el otro.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, bajaron a desayunar temprano, para poder continuar con el viaje. Nyneve se quejó de un ligero dolor de garganta, y su hermana le dijo que el agua de la fuente tendría la culpa. Tomó un poco de miel en el té, confiando en que se le pasaría. Estaban en el carruaje, lejos de las inmediaciones del pueblo, cuando Cassandra vio a un grupo de niños, de no más de diez años, entrando en una fábrica textil, industria de gran relevancia en la zona. Arrugó el ceño, enfadada, y le señaló el hecho a Henry.

—¿Es que nada puede hacerse? Los niños no deberían trabajar.

A él también le enojaba y nada le habría gustado más que cambiar esa realidad.

—Hace unos años, Owen, un manufacturero de gran reputación, contactó con sir Robert Peel, a quien seguro conoce pues estuvo implicado en la ley de 1802 para mejorar las condiciones de los aprendices de las fábricas de algodón. —Al ver que Cassandra asentía, prosiguió—: Querían regular la situación, los horarios y la edad de los niños en las fábricas y Peel llevó el proyecto de ley al Parlamento. Era su intención que los menores de diez años no pudieran ser empleados y que la jornada de los niños no excediera las diez horas diarias. Presidió un comité para hacer ver la necesidad de leyes al respecto, pero ya sabe lo lenta que es la política. El año pasado llegó a la

Cámara de los Comunes, aunque hubo inconvenientes que lo frenaron, así como cuestiones personales. Me pregunto qué sucederá este año; si es que alguna ley saldrá adelante, por ínfima que sea, al menos habremos dado un paso.

—Espero que lo consiga.

—Yo también. Siento lástima por ellos. Me gustan los vestidos, pero si pienso de dónde vienen... —murmuró Sophie, compungida—, me dan ganas de ir desnuda por Londres.

Henry alzó las cejas mirándola estupefacto.

—Menos mal que sé que no hablas en serio.

—Me pasearía como lady Godiva, sin ropa y montada a caballo por los jardines de Vauxhall, cubriéndome solo con mi melena. —Se la atusó.

Cassandra frunció los labios, aguantando la risa, al igual que Nyneve y Olivia; aunque estas últimas terminaron por reír disimuladamente.

—Un día me vas a matar de un disgusto —dijo Henry.

—Iré desnuda también a tu funeral, hermano.

—¡Sophie! —Al final, él rompió a reír y lo hicieron las demás también.

Unos instantes después, Cassandra dijo:

—Henry, los hombres como Peel necesitan gente como usted que apoye sus ideas.

—¿Intenta convencerme de algo?

—¿Debo decírselo de nuevo? —dijo con cierta guasa—. ¿Deletrearlo quizá?

—No. —Rio—. No será necesario. Leo en su mirada la palabra «Parlamento».

—No desperdicie su oportunidad y emplee los recursos de su padre para llegar donde puedan oírlo. Esos niños lo necesitan.

—¡Muy bien dicho, señora Emery! —Aplaudió Sophie.

—Gracias, Sophie. Y puedes llamarme Cassandra.

Mientras la muchacha celebraba tal acercamiento, Henry miró hacia la fábrica, que se disipaba en la distancia, y asintió. La actriz tenía razón. Había perdido la perspectiva de lo que realmente le importaba. Quizá, una vez que se hiciera oír y tuviera un nombre, el de lord Trevanyon no podría hacerle sombra.

—Le prometo que lo pensaré —le dijo, acomodándose en el asiento y reposando la cabeza en él.

Cassandra lo miró sonriendo. Él parecía feliz, sumido en sus pensamientos, y eso le agradó. Hicieron el resto del viaje con la ya acostumbrada atmósfera amistosa. Pararon a comer y continuaron camino, algo más preocupados, pues Nyneve empezó a toser y al poco le siguieron Sophie y Olivia. Esa noche, ya en la posada de Glastonbury, las muchachas se metieron pronto en la cama y tomaron allí una sopa de pollo caliente. Confiando en que sería un enfriamiento temporal, descansaron. Sin embargo, a la mañana siguiente no había mejoría. Allan fue a buscarles un remedio a la botica del pueblo y Henry insistió en ir a por un médico, pero Nyneve se negó creyéndolo demasiado. Sea como fuere, decidieron retrasar el viaje, no solo por el estado de las muchachas, también por una tormenta que amenazaba con tirar la posada abajo y convertir las calles en canales. Henry y Cassandra estuvieron pendientes de las jóvenes y aprovecharon para descansar. Aunque a ratos no podían evitar buscarse con alguna excusa, como lo fue la comida. Intercambiaron impresiones sobre teatro, viajes, y un sinfín de temas. Tanto se alargó la conversación que se les juntó con el té de la tarde.

Tras pasar un rato con Sophie, Nyneve y Olivia, afectadas por una gran congestión, se reunieron en el salón. La cena fue animada, pero accidentada. Las lluvias habían hecho ceder una esquina del tejado y el agua se colaba, por lo que el posadero puso cubos y cántaras para recoger las gotas. Fue como asistir a un insólito concierto.

Henry y Cassandra, cansados después de tan extraño día, no tardaron en despedirse. Él le deseó buenas noches en la puerta de su habitación, con una sonrisa dulce que la hizo sentir reconfortada. Una vez a solas con su hermana, la actriz no dejó de repetir lo amable que había sido con ellas y lo mucho que estaba disfrutando del viaje. Mientras hablaban, llovía a cántaros. El viento agitó las ventanas, se coló por alguna rendija y sacudió las cortinas, para disgusto de Nyneve, que las miró como si fueran un fantasma, a la par que susurraba una plegaria.

—Espero que llueva solo de noche o nos tocará quedarnos un día más en Glastonbury. —Estaba tan resfriada que casi no se la entendía.

—Nos quedaremos mientras estéis enfermas. Además, podría vivir

en este encantador pueblo toda la vida.

«Sobre todo si está Henry», pensó, con una sonrisa.

El blanco metálico de un violento relámpago tiñó la habitación de su mismo color. A Nyneve le faltó meterse debajo de la cama.

—Qué miedosa eres. Solo es una tormenta.

—Una tormenta nunca es solo una tormenta. Siempre trae desgracias.

—O bendiciones, Nyneve, depende de cómo le convenga a San Suituno.

—Nunca he tenido la suerte de disfrutar de esas bendiciones de las que hablas, todas las tormentas que he vivido han acabado en catástrofe.

Cassandra sabía que eran los malos recuerdos hablando por ella, a causa de los años en los caminos; de una infancia de pobreza en casas que apenas se mantenían en pie. Con el fin de hacer que se sintiese más tranquila, salió de la cama y encendió otro par de velas. Se aseguró de que la ventana estaba bien cerrada y agitó la lumbre para avivar las llamas, dándose cuenta de que no tendrían troncos suficientes para pasar la noche.

—Con lo del tejado no habrán podido pasar a revisar las habitaciones. Bajaré a pedir un par de troncos —le dijo a su hermana.

—¿De verdad me vas a dejar sola, Cassie? —Un nuevo relámpago restalló, asustándola—. Se van a caer los cielos.

—Solo es una tormenta. No te preocupes. —La besó en la frente—. Volveré en seguida. Y te lo advierto: si para mañana no habéis mejorado llamaremos a un médico.

Sin darle opción a réplica, Cassandra se cubrió con la capa de viaje, se calzó los zapatos y abrió la puerta. Al hacerlo, notó más frío y se dio cuenta de que el pasillo estaba a oscuras; posiblemente el viento había apagado las velas. No obstante, al fondo se veía el inicio de la escalera y el refulgir de la chimenea del salón.

—Aprovecharé para pedir leche caliente con miel, a ver si te ayuda a dormir.

—Llévate una vela.

—¿Y cómo cargaré los troncos? No hace falta. Estate tranquila, vuelvo enseguida.

Cassandra salió y, como no era miedosa, avanzó pasillo adelante

guiándose por el fulgor del final, ignorando los sonidos de la lluvia que tan fantasmagóricos parecían; el restallido del relámpago iluminándolo todo. A pesar de su valor, no pudo evitar dar un pequeño salto cuando, al pasar junto a la puerta del joven Trebarwith, esta se abrió.

—¡Henry! —Se llevó la mano al pecho—. Me ha asustado.

—Discúlpeme, no esperaba encontrarla aquí. ¿Ocurre algo?

Cassandra se fijó en él: llevaba los rizos un poco revueltos y andaba a medio vestir, solo con la blusa, los pantalones y las botas. La dama no pudo evitar perder la mirada por unos instantes en la zona entreabierta del pecho de la camisa, cercana al cuello.

—Apenas tenemos troncos y Nyneve tiene un miedo terrible a las tormentas. Si se queda sin luz esta noche, despertará a toda la posada gritando.

Henry sonrió enternecido.

—La comprendo. A Sophie le pasa igual. ¿Iba a por madera entonces?

Ella asintió.

—Y a por un vaso de leche con miel.

—Vuelva a la cama entonces, yo se lo traeré.

—No, por favor. No se moleste —le dijo con amabilidad—. Bajaré yo misma.

—De acuerdo, al menos déjeme cargar con los troncos.

—Está bien.

Henry le dio paso y ella se adelantó. Caminó contenta, sabiendo que él iba detrás, girando la cabeza de vez en cuando para mirarlo. En aquella penumbra, el atractivo de su rostro se tornaba misterioso, como si en algún momento fuese a contarle la más excitante de las historias. Como si en vez de por el pasillo de una posada, caminasen por un viejo castillo envuelto en bosques y bruma, siendo él el enigmático anfitrión de este.

—Deja de imaginar —se dijo.

—¿Perdón?

—No, nada. Hablaba conmigo misma.

—Entonces sería doblemente interesante.

Ella sonrió mientras se giraba por completo. Henry no lo esperaba, por lo que cuando se detuvo, quedaron muy cerca.

—Tengo una imaginación desbordante, verá.

—Es usted una artista, diría que requiere de algo así para poder vivir.

—¿Usted imagina alguna vez escenarios que sabe que nunca van a suceder?

—A menudo.

—¿Como cuáles?

Los ojos de Henry volaron a los labios de Cassandra sin que pudiera evitarlo. «Como besarla», pensó. Tras un rápido carraspeo, se obligó a alzar la mirada. Cuando se halló con la de la dama, vio que lo observaba con mucho más interés. Él no lo sabía, pero ella había sentido un intenso pellizco en el estómago al verlo mirándole la boca.

—Cuando íbamos en el carruaje no he podido evitar pensar qué pasaría si de repente acabase llevándonos a un pueblo escondido que nadie más conoce. Un lugar poblado por hadas y seres del bosque. O incluso si atravesáramos el portal a otra época.

Ella rio encantada de oír eso.

—Ojalá.

—¿También lo piensa a veces?

—A menudo. Encuentro la realidad terriblemente aburrida. O al menos la encontraba antes de... —Se ruborizó—. Antes de conocerlo a usted.

Henry sonrió complacido, y, asimismo, algo sonrojado.

—¿Dice eso siendo actriz? A cada poco vive en la piel de alguien diferente.

—Vivo las vidas de otros, no la mía. Por más emocionantes que sean, no me pertenecen.

—La comprendo.

Henry resistió el impulso de acariciarle los cabellos pues, alumbrados por el fulgor naranja que provenía de la planta baja, parecían hechos de oscura miel. Ese anhelo debió de vérsele en la mirada, pues Cassandra preguntó:

—¿En qué está pensando?

—¿Inquiere a la gente sobre sus pensamientos a menudo? —dijo él, aunque no en un tono descortés.

—Más de lo que a los demás les gustaría.

Él se echó a reír.

—Se lo diría, pero...

—Pero... —Alzó las cejas.

—No es apropiado.

—¿Que lo diga usted o que lo escuche yo?

—Sobre todo que lo escuche usted.

—Pues no debería callarlo. Se le notaba en la mirada que era importante. —Cassandra sonrió pícara y oteó de reojo un retrato del pasillo. Una vieja pintura del rey Arturo sobre un caballo blanco, a los pies de una imaginaria Camelot—. Dígaselo a él.

Henry rio. Nunca le había hablado a un cuadro.

—Muy bien. Seguro que me guarda el secreto.

Cassandra le hizo un gesto y él le siguió el juego, susurrando sus pensamientos al legendario rey. En cuanto se apartó, ella corrió al cuadro y pegó la oreja.

—Dios Santo. —Fingió extrema sorpresa—. ¡Qué descarado, Henry Trebarwith! ¿Eso ha pensado?

—¡No acordamos que él se lo contaría!

—¿Le ha dicho acaso que le guarde el secreto?

Él soltó una carcajada mientras negaba con la cabeza.

—Ese detalle lo ha perdido, señor —dijo ella con aire suficiente.

—Cassandra... —Henry pronunció su nombre con una gran sonrisa y la voz llena de dulzura. A sus ojos, esa mujer era pura magia—. Usted es...

De algún lugar del pasillo llegó un insistente «shhh», seguido de un brusco «cállense».

—Me temo que hemos despertado a alguien. —Henry se guardó las palabras que iba a decir y señaló diligente las escaleras—. ¿Bajamos?

Ella asintió, quedándose con las ganas de saberlas. Una vez en el salón comedor, el dueño los recibió con amabilidad, a pesar de las horas, disculpándose por la falta de madera. Henry insistió en que no se molestase, que subiría los troncos él mismo. Cassandra le preguntó al joven si querría llevarle algo de beber a su hermana y a Olivia, y este asintió, por lo que el posadero preparó una bandeja con cuatro vasos de leche y algunos bizcochos; mientras, él cogió los leños de un montón cerca de la chimenea. Cuando lo tuvieron todo, regresaron a la planta superior. Ella llevaba la bandeja con gran habilidad, incluso

en las escaleras, pues había insistido también en hacerlo, cosa que Henry alabó.

—No se ría por lo que voy a decirle, por favor. —Él prometió que no lo haría y ella continuó hablando—: Cuando estoy muy nerviosa las cosas se me caen de las manos, lo que es un problema en el escenario, así que para aprender a controlar ese impulso he practicado durante horas llevando una bandeja cargada con cosas de aquí para allá.

—¿Y por qué iba a reírme de algo así? Me parece que es todo un ejemplo.

—Gracias. Siempre tiene buenas palabras para mí.

—Nada malo puede decirse de usted, Cassandra.

Sonrió, perdida en esa cortesía. Le costó que la bandeja no se le cayera, pero lo consiguió. Lo que no le salió tan bien fue lograr que el nerviosismo no se percibiera en el leve tintineo de la vajilla.

—Deje los troncos ahí, yo los pasaré —indicó al tiempo en que llegaron a las habitaciones—. Nyneve está en la cama y se asustará si ve entrar a un caballero.

—Lo comprendo. —Henry hizo lo que le pedía—. ¿Quiere que la ayude a abrir?

—Sí, por favor.

Henry empujó la puerta, permitiéndole el paso. Ella le recordó que tomase las bebidas, y él cogió los vasos para Olivia y Sophie, pues no quemaban, así como algún bizcocho que posó sobre estos. La intérprete le dio las gracias y, tras otra sonrisa y un dulce «buenas noches», cruzó, dejando que la puerta se cerrase a su espalda para apoyarse en ella después. Soltó un suspiro que Henry, al otro lado, escuchó.

—¿Cuándo piensas decírselo, Cassie? —reprendió Nyneve.

—Por el amor de Dios. —La inesperada voz la sobresaltó. Dio un respingo, a la vez que dejaba la bandeja—. ¿Es que quieres matarme?

Ella, que había cogido *Macbeth* para distraerse de la tormenta, lo cerró de golpe y miró a su hermana muy seria.

—Quien va a matarte es Alexander si se entera de que estás paseando a solas con otro caballero. ¿He de recordarte que es tu prometido?

—No me he olvidado de él, puedes estar tranquila. —Cassandra salió para coger los troncos, hallando que Henry aún no había tomado

los suyos. Deseó volverlo a ver, pero quedarse parada ante la puerta abierta alertaría a Nyneve, por lo que regresó dentro. Puso la madera junto a la chimenea, se quitó la capa y la dejó sobre el respaldo de una silla. Poco a poco, se desprendió de la ropa—. No es que esté haciendo nada inapropiado con Henry. Nuestro encuentro ha sido fortuito y no voy a ser descortés negándole el saludo si me cruzo con él. Ahora, bébete la leche y duérmete. Necesitas descansar.

Nyneve dejó el libro sobre la mesita y esperó a que su hermana se la diera. La bebió a sorbos mientras Cassandra se cambiaba y echaba un par de troncos al fuego. Una vez que terminó el vaso, se arrebujó en las sábanas.

—No apagues la vela, por favor.

—No te preocupes —prometió.

Cassandra bebió su vaso, en silencio, pensando en el encuentro con Henry y en su sonrisa. Se quedó tan embobada en sus abstracciones que la leche se le enfrió.

Entretanto, él llegó al dormitorio de Sophie con esa sonrisa que ella imaginaba y que se le había dibujado al escucharla suspirar. Su gesto lo delató ante la muchacha.

—Has visto a la señora Emery —dijo en un susurro, pues Olivia dormía.

—¿Qué? No —dijo del mismo modo, dejando la bandeja en una mesa.

—Os he oído hablar en el pasillo.

—Está bien. —Le dio el vaso de leche—. Solo le he deseado buenas noches.

—¿La has deseado, dices?

—Sophie... —regañó él, notándose ruborizado—. Eres muy joven como para decir esas cosas. Es más: no deberías decirlas nunca.

—¿Por qué? ¿Porque soy una mujer? ¿Acaso no podemos expresar deseo?

—Sabes que la sociedad reprueba esa clase de comportamientos.

—Bueno, pero es que aquí estamos Olivia, tú y yo nada más. Ella duerme y tú no eres muy de reprobar nada.

Henry no tuvo más remedio que sonreírle. Salió a buscar los troncos y cuando regresó le preguntó si quería bizcocho. Ella negó con la cabeza.

—¿Deberíamos despertar a Olivia para que tome la leche? —Cuando Sophie le dijo que no, agregó—: Pues termina la tuya y duérmete. Necesitas descansar.

—Y tú también. Así sueñas con tu Cassandra.

—Mi Cassandra. —Clavó la mirada en el fuego y suspiró—. Sospecho que es de esa clase de damas que nunca son de nadie o... son de todos a la vez. Como los gatos.

—¿De todos a la vez?

—Las actrices como ella tienen muchos admiradores, Sophie, y a menudo estos quieren pensar que son accesibles en todo momento. Mantenerlos con la perspectiva de que podrían estar con ella aumenta su fama. Si les conocen compromiso, pierden interés.

—Yo he oído que un buen matrimonio beneficia la fama de las actrices.

—Antes estaban obligadas a estar casadas si querían ejercer.

—¿Y crees que si te declarases tendría que elegir entre su carrera o tú?

—No lo sé, porque no voy a declararme. Deja de elucubrar. Es solo una amiga.

—Ajá.

Henry alzó ambas cejas. Su hermana le sacó la lengua mientras dejaba el vaso en la mesita; después se arrebujó entre las sábanas.

—Enciende otra vela, que no deja de relampaguear y me muero de miedo.

—A sus órdenes, condesa.

La oyó reír, mientras cumplía con su petición. La besó en la frente y, tras alimentar el fuego, regresó a su dormitorio. Pronto todo fue silencio, salvo por el sonido de la tormenta y de sus pensamientos, ruidosos. Cassandra le gustaba y quería conocerla más. Saber sus sueños, sus inquietudes. Pasar horas con ella hasta leer todas las páginas de su alma. Pero sospechaba que era un espíritu demasiado libre como para atarse a nadie y, por otra parte, estaba la diferencia en su condición social. Su padre nunca lo habría consentido, aunque... ¿qué le importaba? Nada y menos. Trató de dormir. Tarea nada fácil para un corazón que se debate entre decir lo que siente o callarlo.

Capítulo 6

Después de otro día recluidos en la posada por culpa de las torrenciales lluvias, Nyneve, con la cabeza metida bajo las sábanas, se lamentó por no poder ayudar a su hermana a ensayar como de costumbre o asistirla con el peinado. Se lamentó, en definitiva, por retrasar su llegada a Bath.

—Nyneve —le dijo Cassandra con afectuosa seriedad—, lo importante es que Sophie, Olivia y tú os recuperéis.

—Pero tienes que ver a...

—A nadie. Nadie es más importante que tú. No te preocupes más. Por una noche que me cepille el pelo, no me voy a morir.

—Lo tienes tan largo que te cuesta.

—No pasará nada, hermanita. —Se sentó al filo de la cama y le acarició los cabellos—. Y con respecto al guion, me las apañaré sola.

—Pídele ayuda a Henry. A él le gusta mucho Shakespeare, según refirió.

—No quiero molestarlo.

Nyneve sacó un poco la cabeza y la miró alzando las cejas.

—¿De verdad crees que le importaría que le pidieses ayuda? —Estornudó—. Pero, eso sí, no os quedéis a solas.

—Y ¿cómo quieres que repase la obra? Si lo hago con desconocidos curioseando sabrán que soy yo.

Su hermana se sonó la nariz y volvió a taparse. Le dolía demasiado la cabeza como para pensar en nada. Ni en el compromiso, ni en Alexander ni en lo inconveniente de que se viera con Henry a solas. Solo quería dormir.

—Haz lo que quieras, Cassie. Sin duda te las apañarás.

La actriz suspiró mientras chasqueaba la lengua. La gente a menudo complicaba las cosas más de lo que realmente lo eran. Cogió el guion, así como el libro original, y fue a la habitación de Henry. Tocó con los nudillos, despacio, y esperó, pero no obtuvo respuesta. Por si estaba con su hermana, llamó a la puerta de esta. Él abrió, aún sin cambiar de ropa y con el peinado intacto. Parecía preocupado.

—¿Se encuentra bien?

—Es Sophie. Dice que le duele demasiado la garganta. Justo iba a ir a buscarla, Cassandra. Acabo de mandar a Allan a por un médico y quería saber si desea que visite también a Nyneve. Sé que se negó, pero sería prudente que lo hiciera.

—De acuerdo. Esperaré con usted a que llegue. ¿Olivia también ha empeorado?

—Sí. ¿Le importa si aguardamos fuera? He conseguido que Sophie se duerma y no quiero despertarla.

Al final del pasillo, y antes de llegar a las escaleras, había un rellano con un par de sillas pegadas a la pared, que ocuparon.

—Desde aquí las escucharemos si nos necesitan —dijo Henry. Se fijó entonces en lo que Cassandra portaba—. ¿Iba a leer?

—Me disponía a pedirle ayuda para repasar el guion. Siempre lo hago con Nyneve, pero esta noche...

—Lo haré encantado.

Él extendió la mano para cogerlo y sus dedos desnudos se rozaron, provocándoles un dulce cosquilleo. Al momento, la actriz se levantó: necesitaba separarse un poco de él para ver si así se le iba el calor que la había acuciado con ese gesto tan inocente.

—Bien, deme pie —dijo, mientras caminaba arriba y abajo del pequeño espacio—. Está marcado con un lazo rojo.

Henry pasó las hojas, tratando de serenarse también. Con voz solemne leyó:

—«Porque hay días de abatimiento y de tristeza amarga, en el que el hombre más firme apenas puede de su existencia soportar la carga,

ni sacudir del corazón el miedo de los presentimientos que le asaltan. ¡Mientras sufrimos un mortal disgusto, con cuánta lentitud las horas pasan! ¡Qué larga es esta noche!».[2]

Cassandra siguió el movimiento de los labios de Henry con atención, mientras pensaba en lo mucho que le gustaría escuchar para siempre su hermosa voz y en que ojalá jamás lo acuciasen noches amargas como a Macbeth; que todo en su vida fuera dicha.

Él alzó la vista brevemente de la página y halló a la joven mirándolo absorta. Sonrió. Estaba muy hermosa. Siempre lo estaba. Ella se encontró con los ojos de él y esbozó también una cálida sonrisa, para después hacer su parte del papel, con la solemnidad y el empaque de un ser casi divino.

—«¿Y cómo olvidas lo que la suerte en tu favor acaba de ejecutar? El cetro soberano está más cerca de ti».

Eso se les daba bien, pues Henry rellenaba los huecos que fallaban en la memoria de la actriz, tenía paciencia cuando erraba en alguna palabra y le daba consejos como espectador. Ella, como si él fuera a actuar también, lo corregía, pidiéndole un tono más vehemente o suave, a su criterio. Se metieron tanto en el papel que se les olvidó todo: los otros huéspedes; el médico en camino. Los primeros asomaron la cabeza para regañarlos, obligándolos a bajar el tono, a acercarse más, algo que no les disgustó. El segundo apareció entrada la madrugada. Dejaron el ensayo y atendieron a las jóvenes. El médico dijo que era un enfriamiento. Recetó aceites, sales, ungüentos y tanto sueño y reposo como fuera posible. Henry insistió en retrasar la partida hasta que estuvieran mejor, aunque le dijo a Cassandra que, si ella tenía prisa por llegar a Bath, Allan la llevaría.

—Yo me haré cargo de su hermana, no se preocupe.

—Le agradezco mucho el gesto, Henry —dijo ella de corazón—, pero no podría dejarla sola. Si salimos en dos días llegaremos a tiempo.

—Como desee.

—¿Cree que deberíamos ponerlas en la misma habitación? Así se harán compañía y llevarán mejor la enfermedad.

Henry se mostró de acuerdo.

—Sophie y Olivia podrían compartir cama, lo han hecho a menudo quedándose hasta altas horas hablando de romances y

cotilleos, aunque se crean que no lo sabemos.

Ella sonrió al conocer sus divertidas e inocentes travesuras, y lo dispusieron todo. Al día siguiente, tras dormir unas horas, cerca de las once del mediodía, Henry y Cassandra coincidieron en la habitación de las muchachas.

—¿Pensáis quedaros aquí por nuestra culpa? —se quejó Sophie, con la nariz y los ojos enrojecidos—. Glastonbury es uno de los sitios más bonitos de Inglaterra.

Ciertamente era de lo más pintoresco, y famoso por sus mitos y leyendas; de los pocos pueblos que Cassandra no había podido visitar aún.

—Nos negamos, rotundamente, a que no salgáis a disfrutarlo —apoyó Nyneve, acostada en la otra cama—. Además, el día está espléndido.

—¿Esto qué es? —reprendió Henry—. ¿Un motín?

—Ajá —dijo Sophie—. Acostúmbrate para cuando seas político, hermanito.

—No podemos dejaros solas —dijo Cassandra—. ¿Y si empeoráis?

—Mandáis a Allan a ver cómo estamos a cada rato y ya está.

—Allan no es un recadero. —Henry se cruzó de brazos—. Además, sabéis de sobra que no es apropiado que andemos a solas.

—Bueno, ninguna de nosotras está casada, ni tampoco es viuda, y Olivia es mi doncella por lo que podría guardarme un secreto, así que en cierto modo es como si hubierais salido a solas ya muchas veces —argumentó Sophie.

Aunque iba en contra de él, se sintió orgulloso de lo resuelta que era su hermana.

—Cuando te hagas mayor vas a tener tantas ideas propias que te echarán del país.

—Viviré en el Caribe y me daré a la piratería. Sir Sophie Drake o Sophie Bonny.

—Qué despropósito. —Henry sacudió la cabeza—. Papá me matará si acabas así.

La joven alzó las cejas con gesto autosuficiente.

—¿Tiene usted algún disfraz de pirata en el baúl, Cassandra? —dijo.

—Seguramente.

—No la aliente, por favor. —Tras soltar un suspiro, y al ver que su hermana hacía pucheros, claudicó—. Está bien. Si a la señora Emery le parece adecuado, pasearemos por las cercanías de la posada un poco.

—Me parece una idea estupenda.

—Tenéis que visitar el pueblo y contarnos si es tan bonito como dicen.

—Si puedo hacerles una sugerencia, vayan a visitar la Torre de San Miguel en el Tor —dijo Olivia, tímida.

—Es que sus padres nacieron aquí —explicó Sophie, que se dirigió después a Nyneve y su hermana—. Me ha hablado mucho de este lugar, así como lord Adler, el amigo de Henry, que la conoce bien pues le interesan los asuntos artúricos.

—Eso sería alejarnos mucho. No quiero ponerla en un compromiso —anotó él.

—Mi hermana tiene una peluca pelirroja. Si se la pusiera, quizá pensarían que va con Sophie.

Cassandra se preguntó dónde había dejado Nyneve su defensa por Alexander, animándola a pasear con Henry. Al ver el gesto cómplice que tenía con la otra, lo entendió. Y es que Nyneve empezaba a sentirse cómoda con la idea de que estuvieran juntos, pero no le reveló que su hermana estaba prometida, pues la respetaba como para airear sus secretos. Solo esperaba que eso pudiera arreglarse de algún modo.

—¡Es una gran idea! —dijo Sophie—. ¿Quiere que le preste uno de mis vestidos?

—La señora Emery es más alta que tú y más... —A Henry, sin querer, se le fueron los ojos hacia el talle y el pecho de la dama. Los apartó corriendo y repitió—: Más alta.

—Eso has dicho, hermanito. —La muchacha rio.

Cassandra hizo media sonrisa disimulada, arrebatándosele las mejillas de rubor.

—No se preocupe —se apresuró a decir—. Seguro que tengo atuendo adecuado.

—Ponte el sombrero del lazo dorado, hermana, estás muy guapa con él.

Después de que Sophie y Nyneve acordaran el atuendo de Cassandra, y de que ella las dejase para divertirlas, Henry se aseguró

de que se quedaban con cuanto necesitaban. Le pidió a Olivia que fuese la voz de la prudencia, confiando en que al ser la doncella se contendría; sin embargo, en cuanto las muchachas se supieron a solas, ocuparon las tres la misma cama para hacerse confidencias como si fueran ya amigas de toda la vida.

Capítulo 7

Henry aguardó a que Cassandra saliera de la habitación, preparada para el paseo. Cuando la vio con la peluca de cabello rojo, tan bonito que casi parecía real, pensó que era muy adecuado a su rostro, por lo que apenas se notaría la impostura.

Decidieron ir caminando, pues los dos disfrutaban de hacerlo. La milla y media que los separaba de la colina sobre la que se asentaba el famoso monumento no les pareció difícil de salvar. Obviando algunos barrizales a causa de la lluvia, más acusados cuando dejaron el núcleo de casas y enfilaron el camino campestre, el trayecto fue tranquilo. El buen tiempo había hecho que habitantes y foráneos tomasen ese mismo sendero para estirar las piernas, aunque no eran demasiados, por lo que disfrutaron de cierta paz, rodeados del frescor de los campos y los bosques; de las colinas embellecidas por las nubes que a veces tapaban al brillante sol. Sabían que en algún momento del día llovería, pues así era el clima de caprichoso; no obstante, ya estaban acostumbrados.

—¿No le teme al qué dirán si la reconocen caminando a solas con un caballero? —dijo él tapando con su voz el sonido de las pisadas sobre la tierra batida por los peregrinos.

—Yo no le temo a nada, Henry.

—¿A nada?

—Bueno, a nada mundano. Ya sabe que estoy acostumbrada a los rumores, uno más no me mataría. Quizá incluso me haría más fuerte —dijo confiada, a pesar de que una parte de ella estaba agotada de soportarlos.

—Entiendo. ¿Y a qué cosas no mundanas teme, si puedo preguntar?

—No quiero turbar su paseo con amarguras.

—Por favor, me gustaría escucharla —reafirmando sus palabras, la miró con gran atención.

Ella se decidió a hablar tras una pausa en la que solo se escuchó el silbido del viento, agitando las cintas de su sombrero, adornado con flores blancas.

—A que de repente ya nada me importe. A sentir el más oscuro vacío en mi alma. A perder los motivos que me lleven a vivir.

Henry sintió una punzada en el pecho al escucharla: había dolor en sus palabras.

—¿Le ha pasado alguna vez?

—No a mí, pero he conocido a personas a las que sí y es terrible.

Él asintió con la mirada clavada en el suelo, siguiendo el movimiento de sus pisadas. Se debatía entre hablar o callar los asuntos de su espíritu. Alzó la vista un instante y vio que Cassandra estaba pendiente de él.

—¿Cuenta sus pasos? —le preguntó.

—Solo pensaba en si decirle algo —respondió sonriente.

—Ahora no puede callarlo. Yo le he hablado de lo que siento.

Henry la miró a los ojos. No se cansaba de hacerlo. Eran puros y hermosos cristales que parecían hechos de dulce jarabe de flores.

—La noche en la que la conocí me sentía así —declaró.

—Lamento mucho escuchar eso.

—No se preocupe. Al final, algo siempre me recuerda que merece la pena seguir adelante.

—¿Como qué?

Henry quiso decirle «como usted», pero no fue capaz.

—Como la poesía. Es para mí la más sublime de las artes.

—¿Lee mucha poesía?

—Tanta como puedo.

Conversaron sobre sonetos y asuntos filosóficos. Entre ellos se

daban esas pláticas serias con facilidad y, cuando ocurrían, les parecía estar solos en el mundo; y sus palabras, las ruedas que lo moviesen.

Poco a poco, la colina que soportaba la alta torre de San Miguel se hizo más grande y notable en el paisaje. Cuando llegaron a su pie, ascendieron por un sendero entre la hierba, deteniéndose de vez en cuando para recobrar el aliento, pues no era una cuesta fácil. A ratos, ella tiraba de Henry mientras reía, pues él parecía no ser capaz de continuar; otros, era ella quien estaba a punto de rendirse y él amenazaba con cargarla a su hombro como un saco si no movía las piernas. Aunque a Cassandra le habría gustado ver eso, retomó el paso; habrían provocado un escándalo de hacerlo, pues no estaban solos. Al final llegaron a la cima, una amplia explanada sobre la que se levantaba una torre de piedra ocre oscurecida por los años. El uno junto al otro, columbraron el horizonte, fascinados. La vista se perdía millas a lo lejos, tras traspasar colinas, llanos, bosques y pueblos a los que las nubes tapaban en ocasiones dibujando formas en el suelo.

—Esto es increíble, Henry. —Cassandra estaba tan emocionada que apretó la mano de él—. No he visto nunca nada tan hermoso.

Henry giró el rostro hacia ella.

—Ni yo —dijo, con la mirada puesta en la dama.

Cassandra lo miró y sonrió al comprender que hablaba de ella. En ese instante, se dio cuenta de que le había cogido la mano y fue a soltarse, pidiéndole disculpas; sin embargo, Henry, con voz anhelante, le dijo:

—No, por favor, quedémonos un poco más así.

Ella, gustosa, accedió. Sin perder el contacto, permanecieron observando el paisaje durante largo rato, comentando las maravillas que veían.

—¿Usted cree que esto realmente fuera la isla de Avalon?

Henry sabía gracias a Charles que se contaban muchas cosas de ese lugar. Tiempo atrás fue conocido como *Ynys yr Afalon*, «la isla de Avalon», y muchos lo creían el legendario lugar vinculado al rey Arturo. También decían haber hallado allí las tumbas con los nombres de él y Ginebra o que podría ser la entrada al legendario mundo de las hadas. Así se lo relató a Cassandra, añadiendo:

—No sé si esto es Avalon o no, lo que sé es que quiero creer que lo es.

—En eso reside el poder de las cosas, después de todo. En que creamos en ellas.

Él asintió, mientras se dirigían un gesto feliz.

—¿Quiere caminar un poco más?

Ella accedió y pasearon por la explanada, rodeando la torre. Había un charco cerca de la puerta que él la ayudó a salvar tomándola por la cintura. Cuando Cassandra le dio las gracias, con el gesto más dulce que Henry le había visto jamás, lo asaltó el fugaz pensamiento de besarla y tuvo que sacudir la cabeza para quitárselo. Se puso tan nervioso que cuando retomó el paso lo hizo acelerado.

—¿Qué ocurre? ¿Ha visto algo? —preguntó ella.

Henry buscó con la mirada algún elemento que lo ayudase a disimular y señaló los detalles de la torre. La actriz lo miró con media sonrisa. Sospechaba que algo que tenía que ver con ella lo había turbado. Deseó haberlo conocido antes. De haber sido así, quizá no habría comprometido su corazón con Alexander. De hecho, en aquel lugar tan alto y recóndito, sentía que cada vez le pertenecía menos a él y más al joven Trebarwith. Y eso... eso la asustaba y agradaba a partes iguales.

—Henry —lo llamó. Necesitaba decirle lo que sentía de alguna manera.

Él se detuvo en seco para girarse.

—¿Sí?

—¿No cree que hay personas que desearíamos haber conocido antes, por todo el bien que nos hacen, y otras, en cambio, llegan a nuestra vida para provocar en ella un sinfín de estragos que en nada nos sirven?

Se encontraban separados unos pasos. Por suerte, los curiosos se hallaban lejos de ellos, indagando por otras partes del lugar.

—Lo creo, firmemente. Hay a quien me gustaría haberme encontrado hace cien vidas.

—Hace cien vidas —repitió ella, sin perder el gesto animado—. Eso suena mágico. ¿Le parece posible que algo así suceda?

—¿Que no solo pertenezcamos a este instante en el tiempo?

La dama asintió, mientras caminaba hacia él.

—Que seamos algo más que mariposas atadas a una breve primavera.

—Por supuesto que lo creo, Cassandra —dijo cuando estuvieron frente a frente—. Como también creo que hay quien llega a nuestra vida y, con tan solo mirar en sus ojos un instante, quieres que se quede para siempre.

Sopló una brisa algo helada que movió algunos mechones del cabello de la actriz que se hallaban desprovistos de la guarda del sombrero. Henry no se detuvo ante el impulso de recolocarlos, rozando la mejilla de ella al hacerlo, un gesto que los estremeció.

—El pelirrojo le sienta muy bien —dijo él—. Aunque debe de ser agotador vivir teniendo que ocultarse.

—A veces. Pero después, estar en el escenario lo compensa todo. Absolutamente todo. —Los ojos le brillaron—. El calor del público allí se vive de un modo mucho más intenso; diferente.

Retomaron el paso, bordeando la explanada.

—Usted ha nacido para esto. Leí en *La Belle Assemblée* que lleva actuando desde los doce años.

—¿Lee publicaciones para damas? —Cassandra rio.

—Hará unos años, Sophie y Helen estuvieron muy enfermas durante una larga temporada y se las leía en voz alta.

—Lamento lo de sus hermanas.

—Ya están bien. Bueno, salvo, ya sabe, el enfriamiento de Sophie. Por eso no quise esperar más a llamar al médico, porque su salud a veces se resiente. A mí me viene bien porque así tengo excusa para leer publicaciones para damas, claro —dijo en broma, haciéndola reír —. Lo cierto es que tienen artículos interesantes.

—Y un extenso catálogo de las mejores muselinas.

—Algo imprescindible en el conocimiento de todo caballero que se precie. Y lo digo en serio. Hay damas a las que solo les interesa la moda, debo estar al tanto de ella.

—Usted... —Cassandra no sabía cómo afrontar esa pregunta, pues se moría por hacerla—. ¿Usted conversa a menudo con muchas damas?

Se sintió tan torpe diciéndolo que incluso falló un paso. Henry la sujetó del brazo y se miraron a los ojos, con los cuerpos demasiado cerca para que el decoro no se quejase.

—Menos mal que no estamos al borde de un acantilado —dijo, nerviosa.

Él la soltó despacio, tranquilizándola con la confianza en la mirada.

—Nunca dejaré que vuelva a caerse —afirmó.

—Para eso tendría que estar siempre cerca de mí.

—Todo lo cerca que usted desee. —Ni él mismo creía haber dicho eso en voz alta—. Perdóneme...

El corazón de Cassandra latía desbocado con tales palabras dominándolo.

—No hay nada que perdonar.

Carraspeando, iniciaron la marcha. La brisa seguía su curso; las nubes recorrían el cielo; los pájaros trazaban giros asombrosos en el azul. Y, aunque el mundo parecía ajeno a ellos, hasta la última brizna de hierba era consciente del sentimiento que los unía.

—Con respecto a su pregunta... —reanudó él.

—No tiene importancia. Si no quiere contestar...

—Sí. Sí quiero. Entiendo que su deseo es saber si hay alguien en mi corazón.

—Yo, bueno... —Inquieta, se frotó las manos: le sudaban bajo los guantes.

«¿Por qué demonios se lo he preguntado?», se dijo. «¡Soy una mujer prometida!».

Henry se detuvo y la tomó del brazo con delicadeza para que ella lo hiciera también. Empujado por un deseo sobrehumano, sintió la necesidad de confesarle cuanto sentía. Separó los labios, dispuesto a contestar, dejando al destino la decisión de si sus palabras los alejarían o los unirían para siempre. A apenas dos pasos, frente a frente, a los pies de la torre de San Miguel, él terminó de hablar.

—Creo que no necesita que le dé una respuesta.

Por la apasionada forma en la que la miraba, Cassandra supo lo especial que era para él. Y también a la inversa. En pocos días había sabido leer en su alma mejor que muchas otras personas que la conocían desde hacía años. Con él se había sentido lejos de sus miedos, a salvo de preocupaciones, como si Henry tuviera la potestad de aniquilar a los demonios que la acechaban solo con su presencia. Posiblemente, él fuera el mayor regalo que le había hecho la vida. No obstante, era un regalo que no podía aceptar, pues su corazón y su palabra ya se hallaban comprometidos con otra persona.

—Henry...

Por la manera en la que ella sonrió, Henry pensó que se había ganado el Cielo. Ella le diría que sus afectos eran correspondidos y pronto estaría en sus brazos. Sin embargo, la expresión de ella terminó por esfumarse, llevándose también sus esperanzas.

—Usted es el más maravilloso de cuantos hombres he conocido. Decir lo contrario sería faltar a la verdad —continuó Cassandra, con la voz quebrada—. No sabe cuánto desearía que las cosas fueran distintas.

—¿Distintas? ¿En qué?

—Antes de marcharme a Cornualles comprometí mi corazón con alguien. Nos casaremos en primavera. Quizá debí habérselo referido con anterioridad, pero... verá, estoy acostumbrada a mantener mi vida privada en secreto. Cuando lo conocí pensé que sería un admirador más, y después no he encontrado el momento apropiado.

«O mejor dicho, la voluntad», pensó ella.

Henry tragó saliva. Le supo amarga. Tal vez porque iba mezclada con sus expectativas. Por más que le doliese tenía que comportarse como un caballero.

—No tiene que darme explicaciones. La entiendo perfectamente. Al fin y al cabo, usted y yo nos acabamos de conocer. —Forzó una sonrisa—. Me alegra saber que alguien la hace feliz. Es el hombre más afortunado del mundo, desde luego.

—Él es... —Sonrió al recordarlo—. Es afortunado, sí.

El gesto de su rostro le hizo ver a Henry que los sentimientos por él eran reales. Aunque no sabía en qué cambiaría saber el nombre de su prometido, no pudo evitar preguntar por él. Con la confianza que sentía, ella lo reveló:

—Lord Alexander Thonbert. —Al ver la sorpresa en el rostro de él, añadió—: ¿Lo conoce?

—Frecuentamos el mismo club de caballeros en Bath. —Desgraciadamente, no tenía buena fama, pero eso no se lo dijo a ella por miedo a parecer celoso o maleducado. Si en algún momento quería batallar por su amor, deseaba hacerlo desde su posición y no desde criticar la del otro—. Y alguna vez coincidimos en Oxford.

—Por favor, no se lo diga a nadie. Prefiere que lo mantengamos en secreto hasta el día de la boda.

«¿Quién en su sano juicio querría guardar silencio sobre algo tan maravilloso?», pensó él. «Si yo fuera su prometido lo gritaría a los cuatro vientos».

—Mis labios están sellados. No se preocupe.

Ella le dio las gracias y quedaron en silencio, mirándose. Henry no sabía qué más decir en ese instante tan enrarecido. Cassandra había sido un sueño. Precioso pero breve. Tendría que dejar de soñarla y colocarla en el lugar en el que había estado esos años atrás: como una admirable obra de arte al otro lado de un cristal infranqueable.

Ella agachó la mirada, se sentía culpable de no haberle dicho nada antes. De haberse dejado llevar. Conocía a los hombres como para saber que lo había herido, aunque pretendiese aparentar entereza como el caballero que era. Levantó la vista para decirle que ocuparía un lugar privilegiado en su corazón, aunque no fuese como él esperaba.

—Tiene que saber que, si lo hubiera conocido hace cien vidas, sería con usted con quien...

—Por favor, no lo diga —interrumpió Henry, con semblante afligido—. No lo diga porque no puedo dar marcha atrás, ni a cien vidas ni a hace un mes. No puedo cambiar el pasado y usted tampoco. Sus afectos seguirán comprometidos con otra persona, pues ni el tiempo ni las circunstancias han jugado en nuestro favor y nada podemos hacer para cambiarlo. O al menos nada que no lo tuerza todo irremediablemente.

Aunque triste, esbozó una sonrisa. No quería atormentarla también. Algo imposible: Cassandra ya se sentía desolada. No obstante, él le tendió la mano, con gesto amistoso, y la invitó a caminar hacia la torre. Pronto fue como si nada hubiera pasado. Trató de hacerla sentir bien, contándole lo que sabía del lugar. La excursión, así como el camino de regreso al pueblo, fueron agradables después de todo. Incluso cuando se sumían en un silencio que hablaba de su preocupación por lo ocurrido, se reponían comentando un detalle u otro. Visitaron el manantial que muchos consideraban sagrado y fueron a la iglesia de St John y a las ruinas de la vieja abadía. En aquel lugar inventaron juntos una historia de fantasmas, villanos y jóvenes amantes en apuros que recordarían más tarde entre risas. Después de tomar juntos un té, visitaron una de las librerías de la

ciudad para regalarse el libro que se habían prometido. Adquirieron dos más para Sophie y Nyneve, con historias de amor. Y como le tenían ya tanto cariño a Olivia, le compraron unos pliegos con diseños de moda. Pararon luego en una pastelería para conseguir unos dulces, sabiendo que las animaría. Cuando regresaron a la posada, las encontraron a todas en la misma cama, riendo a carcajadas.

—Menudas bribonas estáis hechas —dijo Henry desde la puerta, con las manos tras la espalda, ocultando las compras.

Nyneve miró a su hermana frunciendo los labios. No quería que la regañase. Cuando la vio sonreír, se quedó más tranquila. Olivia fue a salir del lecho, pero Henry le hizo un gesto amable para que no se moviese.

—¿Qué nos has traído? —preguntó Sophie.

—¿Acaso mereces algo? —se burló él.

—Más que nadie en este mundo, Henry Eneas.

—¿Se llama Eneas de segundo nombre? —preguntó Nyneve, con curiosidad.

—Y Tristan de tercero, como nuestro abuelo y nuestro bisabuelo.

—Diría que son nombres muy hermosos —observó Cassandra.

Henry se ruborizó.

—Bueno, basta de hablar de mí. ¿Cómo se encuentran las enfermas?

—Hace tiempo que no tengo tan buena salud —dijeron casi al unísono.

Celebrando la noticia, Henry les mostró los regalos y los dulces. En esa pequeña habitación de posada, todo fueron risas y palabras de asombro, pues tanto él como la actriz les relataron lo que habían visto. Tanto se metió Cassandra en el papel que fingió ser la guardiana de Avalon. Ninguno mencionó las declaraciones que se habían proferido, aunque podía vérseles en los ojos que, a pesar de todo, nada había cambiado. Se seguían mirando con idéntica devoción.

Capítulo 8

Aunque las jóvenes ya se sentían mejor, la lluvia volvió a caer con fuerza sobre Glastonbury y no pudieron dejar la posada por recomendación de Allan. Henry y Cassandra llenaron las horas con la compañía del otro. Cuando no cuidaban de las muchachas, se reunían a solas. El posadero los dejó ocupar un pequeño salón con chimenea que les ofrecía más privacidad. Henry correspondió a su amabilidad con una buena propina. Allí pasaban el rato con largas charlas, interminables tazas de té y repasos al guion. Él le hablaba de las obras poéticas que más le gustaban; ella lo escuchaba con atención, añadiendo las suyas, declamándolas si las recordaban. Expresando a veces con ellas lo que no se atrevían a decir de otra forma. Quizá no se pronunciase entre ellos la palabra «amor», pero eran felices así. Y se admiraban el uno al otro, cada vez más.

Finalmente, el sol apareció, tímido pero decidido. Las jóvenes dejaron la cama, señal de que podían continuar el viaje. Tras un animado desayuno, pues no faltaron vivaces conversaciones y miradas entre Henry y Cassandra que pecaban de ser poco discretas, subieron al transporte para disfrutar de un viaje tranquilo hasta Bath. Sin embargo, a catorce millas de la ciudad, el carruaje encalló en un barrizal. Sin más remedio se apearon. Henry ayudó a Allan y al mozo a liberarlo. Entretanto, las damas quedaron a la vera del camino,

sentadas en un conjunto de piedras al pie de un árbol de reverdecido tronco. Se pusieron a hablar, y Cassandra habría querido prestar atención, pero inevitablemente los ojos se le iban hacia Henry, entregada a la forma en la que los músculos de los brazos y la espalda se le pegaban a la camisa, pues se había quitado la levita para tener libertad de movimientos. La actriz tuvo que hacer su mejor papel cuando escuchó la risa divertida de Sophie y Nyneve, quienes se habían dado cuenta del denotado interés que prestaba al joven. Olivia, más prudente, solo sonrió con disimulo.

—Tenga —le dijo Sophie, tendiéndole su abanico—. Creo que ha dejado el suyo en el carruaje.

Cassandra lo cogió, agradecida, y lo batió con ímpetu.

—Este sol calienta en exceso, ¿no creéis? —se excusó.

—Este sol. —Sophie aguantó la risa y miró de reojo a Nyneve, que se llevó un dedo a los labios con gesto divertido—. ¿Quiere dar un paseo?

Cassandra asintió, levantándose de la roca. Se adentró en el bosquecillo colindante y las muchachas la siguieron después de que Sophie le asegurase a su hermano que no se separarían mucho.

—¡Tened cuidado, por favor! —pidió él, agotado por el esfuerzo.

Escucharlo hablar hizo a Cassandra acelerar el paso, pues su voz incrementó sus sensaciones. Las otras comentaron lo hermoso del paisaje, lo frondoso de los árboles y el ambiente fresco del campo. Aunque se mancharían de barro, el paisaje valía la pequeña excursión, pues hallaron un riachuelo bien provisto de agua a causa de las lluvias. En un badén había un camino de piedras que lo cruzaba, y lo pasaron con facilidad, aunque las muchachas se entretuvieron en bromear con que se empujaban y casi se caen. Cassandra las regañó, mientras se acuclillaba en la orilla a observar los cantos. De niña le gustaba tirarlos sobre la superficie para hacer ondas con ellos, y halló uno bajo el agua que parecía perfecto. Se inclinó para cogerlo y tuvo que hacerlo tanto que el colgante se le deslizó fuera de las ropas. Sophie, que llegó a su lado, hizo un comentario al respecto.

—Yo tengo uno igual. Son muy bonitos.

Cassandra frunció el ceño mientras alcanzaba la piedra.

—¿Uno igual?

—El colgante —señaló Sophie—. Los regalaron en Londres hará

unas dos temporadas, en las carreras. Una famosa herrería de la ciudad, para hacerse notar. Le pedí a mi padre que me consiguiese uno, pues, aunque es una baratija, dicen que las herraduras dan suerte y a mí me gusta. Me encanta que usted también lo lleve. Ojalá lo hubiera traído, seríamos como hermanas gemelas.

Cassandra no pudo celebrarlo con igual entusiasmo. Consternada, se le cayó el canto de las manos, salpicándolas al golpear contra la superficie.

—Se ha puesto pálida. ¿Se encuentra bien?

—¿Estás segura de lo que dices, Sophie? —musitó, sin atreverse a mirarla.

Sophie le pidió permiso para tocarlo y esta se lo dio. Después de examinarlo, se reafirmó en sus palabras. Cassandra asintió, pretendiendo aparentar que nada sucedía.

—No te preocupes por mí, estoy bien.

Miró de reojo a su hermana. Ella estaba estupefacta también. Alexander había dicho que era de la familia y que había costado una fortuna. ¿Cómo iba a ser el regalo de promoción de un herrero? Era imposible. Debía de haber algún error.

—Cassie. —Se acercó para tenderle la mano—. Caminemos otro poco, te irá bien.

La actriz accedió y, cogidas del brazo, se alejaron del arroyo, seguidas de Sophie y Olivia, que se miraron extrañadas. Tras unos minutos caminando en silencio, hallaron un majestuoso roble al que se acercaron.

—¿No sería fantástico organizar un almuerzo campestre bajo su sombra? —dijo Sophie tratando de animar el ambiente—. Si el suelo estuviera seco le diría a Henry de quedarnos para pasar la tarde.

—Nada me gustaría más —anotó Cassandra.

A esas alturas, ni las ganas de ver a Alexander la apremiaban. Menos aún con ese escamoso asunto del colgante. Deseó que el viaje fuera largo, pues así tampoco tendría que enfrentarse a los nervios de otra actuación. Encarar ese último estreno en el que, después de la obra, anunciaría su retirada. ¿De verdad iba a hacerlo?, se preguntó mientras rodeaba el árbol deslizando las manos por la corteza. El tronco era tan ancho que ninguna de las otras, al otro lado, podían verla. Se cuestionó su decisión, perdida en sus pensamientos,

siguiendo las formas de la madera, hasta que topó con algo sorprendente. Llamó a las muchachas y estas se acercaron para descubrir qué la había impresionado. Alguien había tallado una línea, de formas curvas, que unía dos iniciales. A juzgar por cómo se encontraba la corteza, debían de llevar tiempo allí.

—C. y H. —Leyó Sophie, que miró de reojo a la intérprete.

—¿Catherine y Harold? —dijo Nyneve—. ¿Qué opinas, Olivia?

—Conrad y Helen.

—O Cassandra y... —La actriz, ensimismada, pasó las yemas de los dedos por los trazos, murmurando eso para sí, sin atreverse a decir en voz alta el otro nombre.

—¡Henry! —escuchó exclamar a Sophie.

La dama se sobresaltó, ruborizándose a la par.

—¿Qué hacéis ahí escondidas? —preguntó él.

—Hemos encontrado algo excepcional, ven —llamó su hermana.

—Solo un minuto. Tenemos que continuar o llegaremos a Bath de madrugada.

Cuando rodeó el árbol y vio a Cassandra, le sonrió con la acostumbrada dulzura.

—¿Qué habéis descubierto?

Sophie se lo señaló y su hermano lo miró intrigado.

—C. y H. C de... —Él calló de golpe. A la mente le vino el nombre de la actriz atado al suyo. Se sonrojó y la miró de reojo. Ella estaba de idéntico bermellón. Ahogó los nervios en un carraspeo y dijo—: Esto es privado. No deberíamos husmear.

—¿El árbol?

—No, las inscripciones, Sophie. Son asuntos privados.

—Entonces no deberían haberlo tallado en un tronco a la vista de todos. ¿Es que no te parece gracioso que las iniciales sean C. y H.?

—¿Y por qué iba a parecerme gracioso?

—C de Cassandra y H de Henry.

Una vez más, el joven quiso matar a su hermana.

—O de Clifford y Herminia —rebatió la dama a toda prisa.

—O de Caroline y Humbert —apuntó él.

Asintieron, mirándose, ruborizados al extremo. Henry se rascó el cogote y se alejó unos pasos, instándolas a volver al carruaje. De regreso, la cabeza le echaba humo de tanto pensar. Ellas lo siguieron,

con Cassandra en su misma situación. El resto del trayecto, Henry apenas se atrevió a mirarla. Sus iniciales, unidas por la eternidad en ese árbol, aunque no las hubieran escrito ellos, parecían un mensaje del destino. Ella le daba vueltas a eso tanto como al asunto del colgante. En par de ocasiones, incluso resoplaron.

Cuando llegaron a Bath, era de noche. Debía de haber estado lloviendo hasta hacía escasos minutos pues las calles se encontraban mojadas. Llevaron a Cassandra hasta su residencia en Camden Place. Henry la ayudó a bajar del carruaje; y en ese instante en el que sus manos estuvieron unidas, tuvieron el deseo de parar el tiempo y postergar la despedida. Habían pasado tantos buenos momentos juntos que era imposible no desearlo. Se les hizo muy raro pensar en separarse. De alguna manera habían sentido que ese viaje sería para siempre. Que disfrutarían de la cotidianidad de los desayunos, de los encuentros en la noche, de la intimidad del carruaje. Si volvían a verse sería en espacios más públicos, y ninguno quería perder esa cercanía que tuvieron en los privados. Un contacto que Cassandra sabía que sería imposible de mantener: al fin y al cabo, ella estaba prometida.

Hubo gran revuelo mientras se descargaba el equipaje, pues la actriz y su hermana se despidieron de Sophie y Olivia, con promesas de volverse a ver y planes en la ciudad. La mayor dejó a las muchachas orquestando una visita a las tiendas de Bath, le dio las gracias a Allan y al mozo por haberlas llevado sanas y salvas, y se acercó al caballero.

—Henry, estos días han sido maravillosos. El mejor viaje de mi vida.

—Eso, viniendo de alguien como usted que ha recorrido Inglaterra, es decir mucho. Yo atesoraré este viaje por siempre en mi corazón.

Cassandra iba a decirle lo mismo cuando un sonido agudo, parecido al chillido de un niño pequeño, los alertó. Giraron la cabeza hacia un carruaje detenido a cierta distancia, pues les pareció que provenía de allí. Las muchachas se extrañaron también y cesaron la charla. El sonido se repitió varias veces, hasta ser tan claro que no dejó lugar a duda de qué se trataba. Era la llamada de un pequeño gatito con apenas fuerzas. Henry se acercó al carruaje, en busca del felino. Lo halló tras una rueda: famélico y empapado.

—Pobre... —No dudó en cogerlo, consciente de que si lo dejaba allí moriría de hambre, frío o aplastado por un carro. Apenas pesaba —. Criatura, está helado.

El gato tiritaba y se lo puso contra el pecho. Al momento, todos, incluso Allan y el mozo, se congregaron alrededor para ver al animal. El pelaje, largo y negro, estaba tan lleno de mugre que clareaba en grises sucios. Tenía la cara bonita, y los ojos, grandes y azules, tristes; velados por las legañas y el sufrimiento del abandono.

—Es una gata —dijo el cochero—. Tiene aspecto de gata.

—Hay que darle de comer —comentó Sophie, mirándola con pena.

—Un buen plato de leche templada con pan —sugirió Nyneve.

—¿Puedo quedármela? —dijo Cassandra, enternecida.

—No parece que tenga dueño —comentó Henry.

—Preguntaré a mis vecinos y, si no es de nadie, la adoptaré. —Se quitó el sombrero de capota. Al hacerlo, parte del peinado se le soltó y Henry sonrió al ver los preciosos bucles de su cabello negro, pues no llevaba peluca. Pensaba en lo hermosa que era cuando ella le pidió a la gatita—. Métala dentro. Entrará en calor.

A continuación, se desprendió de la capa y rodeó parcialmente el sombrero. Apenas asomaban las orejas de la gatita, cuyo maullido se hizo menos desesperado.

—Va a ser usted una excelente cuidadora de gatos —dijo Henry.

—Siempre me han gustado. De pequeña tenía muchos. Nyneve dice que me parezco a ellos.

—Le gusta ser libre y andar por los tejados —apuntó su hermana.

—¿Anda usted por las alturas? —preguntó Henry tras reír.

—A menudo. Y me cuelo por las ventanas —Cassandra respondió en tono de broma—. Aprecio mucho la libertad, sí.

«Y estás a punto de abandonarla», le dijo una voz interior. La preocupación se le dibujó en el rostro y Henry la percibió.

—No se preocupe por la gatita. Se pondrá bien —dijo él, creyendo que se debía a eso—. Entre en casa, por favor, se enfriará.

—Sí, eso haré —prometió ella—. ¿Cómo quiere que la llamemos?

—Es suya, póngale el nombre que más le guste.

—Pero la ha encontrado usted. Deberíamos criarla los dos. Yo la tendré mientras esté en Bath y si he de marcharme a algún viaje

quedará a su cargo.

—¿Quiere compartir su custodia? Una decisión peculiar. —Sonrió, dispuesto a aceptar. Sin embargo, al estar en Bath, la realidad se hacía más notable y él no pudo evitar pensar en ella—. No obstante, sus circunstancias...

—Lo sé. Ha sido una tontería por mi parte. Cuidaré de esta gata y no se hable más. Adiós, Henry. Le enviaré las invitaciones para la actuación como le prometí.

—Las esperaré con ganas. Adiós, Cassandra.

«Adiós».

Con gran dolor, se despidieron. A él le habría gustado decirle que no era una tontería, besarle la mano, posarle un beso en la mejilla. Se quedó con las ganas mientras la veía llegar a su casa. Estaba prometida y no debía interferir. Ella y su hermana les dijeron adiós con la mano, desde la puerta. Antes de entrar, Cassandra miró a Henry dedicándole una sonrisa hecha solo para él. Cuando cerraron, el maullido del animal sonó amortiguado. Henry suspiró, deseándoles toda la suerte del mundo.

—Todo irá bien, hermano. —Sophie le apretó el hombro y volvió al carruaje.

—No lo sé, Sophie —dijo tomando asiento frente a la joven—. Ella...

—Está prometida, lo sé. Y no es que alguien me lo haya dicho, pero si el corazón de Cassandra no estuviera con otro, habríais unido el vuestro ya. A juzgar por la cara de ruibarbo pasado que tienes, eso no ha sucedido.

Los ojos de él se entrecerraron ante tal mofa. Quería estar serio, pero la comparación pugnaba por hacerlo reír.

—«De ruibarbo pasado...».

—Nunca me han gustado, ya lo sabes. Su mermelada es espantosa. ¿Hay de arándanos en casa? Espero que sí. Es lo que me apetece desayunar mañana. —Sophie sonrió y miró por la ventanilla del carruaje—. He echado mucho de menos Bath. ¿Tú no?

Él suspiró. Echaba tantas cosas de menos que decirlas todas en voz alta le costaría una eternidad. Respondió un parco «sí» y dejó caer la espalda en el asiento, agotado.

Cuando llegaron a Pentargon House, la residencia de los

Trevanyon, ubicada en The Circus, le pareció que, más que calles, lo separaba de Cassandra un océano. Nunca había experimentado tan desoladora sensación de ausencia. Jamás había ardido en su corazón con tanta fiereza el deseo de ver a alguien como lo hacía con ella. Oteó los tejados, húmedos por la lluvia que volvía a caer, desde la ventana de su dormitorio. Deseó que fuera verdad que la dama andaba por ellos como los gatos, para verla aparecer. Si por él hubiera sido habría corrido bajo aquel aguacero hasta llegar a su casa y clamado ante ella que ocupaba su corazón, su alma y sus pensamientos con una fuerza que jamás creyó posible. Le habría pedido la oportunidad de demostrarle que podía amarla de un modo infinito. Las palabras no eran suficientes para expresar cuánto sentía. Luchó consigo mismo, repitiéndose que no era quién para irrumpir en su vida y destruir su compromiso. Sin embargo, necesitaba verla. Y esas ganas eran más fuertes que sus convicciones. Que el deber de un caballero de guardar las distancias cuando una dama se hallaba comprometida. En esa noche oscura, nada de eso importó, pues le escribió una carta para poder verla lo antes posible. Una nota simple que expresaba un solo deseo.

> Cassandra,
> Veámonos una vez más.
> Henry

Al día siguiente, tras dejar a su hermana en casa de su tía Claire, en St James's Square, y tomar con ellas un té, quedó con sus amigos en el club. Los había echado de menos y la tarde pasó rápido y animada. Todos tenían grandes cosas que contar, y lo más importante: Charles se recuperaba bien. Arthur le dijo a Henry que lo veía cambiado y preguntó qué le rondaba la cabeza. Él no se sintió preparado para hablar de Cassandra. Tenía demasiado revuelo en la mente como para añadir el que armaría Arthur si se enteraba. Además, la dama le había pedido discreción. Aunque fueran sus mejores amigos, no quería traicionarla. Esperaría a hablar con ella para decirle que, al menos, le permitiera revelar su viaje juntos a la gente de confianza, pues a Henry le disgustaba guardar secretos. Odiaba mentir y que le mintiesen. Cuando se separó de ellos con la promesa de verlos lo antes posible, solo podía pensar en si, una vez

llegase a su casa, habría recibido respuesta de Cassandra. Salió del club, cruzó los dedos y miró al cielo con una súplica en los labios. Apenas había dado dos pasos, escuchó la voz de Arthur tras él.

—Maldita sea esa mujer.

Se giró para ver a su amigo, que refunfuñaba calándose el sombrero.

—¿Quién?

—Lilith, madre de los demonios.

Unas damas que, escoltadas por sus doncellas, pasaban junto a ellos, ahogaron una exclamación de asombro. Arthur les hizo una burlona reverencia e ignoró sus cuchicheos mientras se alejaban. Henry, entretanto, sacudió la cabeza.

—¿Qué tripa se te ha roto, Arthur?

—Azucena Kellington.

Comprendió entonces el disgusto de su amigo. La joven, de renombrada belleza y aún más reseñable carácter, era hija de los enemigos comerciales de los Belaford. Cada cierto tiempo, Arthur y ella entraban en alguna disputa pública por asuntos que a veces nadie entendía. La más leve mirada que pudiera malinterpretarse, el menor gesto susceptible de ser tomado con doble sentido desataba una guerra que ni las de Cartago.

—¿Qué te ha hecho esta vez?

—La he visto con un vestido de idéntico color y tejido a la levita que encargué y que el sastre me iba a servir. Como comprenderás, no puedo consentir que me vean vestido igual que ella. Sería intolerable —narró apresurado, caminando junto a su amigo. Frenético, se rascaba el cuello a causa de los nervios, cerca de esa marca de nacimiento tan particular que poseía bajo la oreja derecha—. ¡Intolerable! ¿Me oyes?

—No creo que la señorita Kellington lo haya hecho adrede.

—Esa arpía infernal es capaz de eso y más —bufó—. En el club me han dicho que se encontraba en la Pump Room, ¿me acompañas a ver si sigue allí y le ajusto las cuentas?

—Eso es discutir por discutir.

—No. Es formular mi descontento ante la causante de una situación.

—Así solo la alientas a desafiarte más —resopló—. ¿Sabes qué

pienso, Arthur? En el fondo te gusta, pero es la única que no ha caído rendida a ti y eso te exaspera.

—¿Gustarme Azucena Kellington? ¿¡Gustarme!? —exclamó con gran afectación—. Pondría mi virilidad en agua hirviendo antes que meterla entre las piernas de esa insufrible y despreciable mujer. Henry, pienso, de corazón, que el viaje desde Cornualles te ha afectado. Te vendrá bien un vaso de agua reconstituyente de Bath. —Lo cogió por el codo, obligándolo a apresurarse—. Vienes conmigo, no se hable más.

Henry iba a replicar, pero pensó que, cuanto más distraído estuviera, menos pensaría en Cassandra y en la carta.

Capítulo 9

Cassandra pasó la noche con una terrible sensación en el pecho, un sentimiento de abandono que no podía explicar. Era como si la hubieran privado del sol y sintiese que no volvería jamás. Lo achacó a los nervios del estreno o a la proximidad de su ciclo. Aunque sabía que eran solo excusas. La culpa de su desazón la tenían esas ganas de ver a Henry que se le habían aferrado al pecho con necesidad capital. Fueron tantas que su plan de encontrarse con Alexander ya no le parecía importante. Tales certezas la preocuparon. Amaba a su prometido. Había ido a Bath antes de tiempo para verlo. ¿Qué hacía pensando en otro? Pero lo peor no fueron sus pensamientos, sino lo que sucedió cuando lo visitó.

—Mi querida Cassandra —le dijo él, recibiéndola a besos en el elegante salón de su residencia en Royal Crescent—. Mi amor.

Estaba tan arrebatador como siempre y olía a ese perfume que la volvía loca. Sin embargo, en lugar de entregarse con la pasión habitual, fue incapaz de corresponder. Se apartó despacio y se dirigió hacia la ventana, clavando la mirada en el exterior mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—Perdóname, tengo jaqueca —se excusó, dándole la espalda.

Lo escuchó decir algo en voz baja y lo sintió aproximarse. Alexander le posó las manos en los hombros y recorrió el cuello con

los labios, húmedos por la saliva y el deseo.

—¿No me has echado de menos? —Mordió, delicado—. Te he añorado tanto...

Ella tomó aire, cerrando los ojos. ¿Qué le ocurría? Los besos de Alexander la habían encendido siempre con rapidez.

—No me encuentro bien.

—Tengo sales —dijo él, sin darle la mayor importancia—. Cuando las tomes te sentirás mejor, ya verás.

—No, Alexander, por favor, dejémoslo para otro momento —dijo con disgusto.

—Cassandra... —Volvió a besarla, rodeándola con las manos, acariciándole los senos por la línea del escote—. Siento un ardoroso anhelo por ti, mi amor —susurró al oído, con voz aterciopelada—. Quiero que seas mía. No te me niegues.

La dama se estremeció, recobrando en parte ese viejo sentimiento. Se giró, dispuesta a entregarse a sus besos, pues no quería estar a disgusto con él ni arruinar el encuentro. Él la estrechó entre los brazos, mientras la besaba de una forma tan vehemente que le robó el aliento, pero no para bien. Se sintió asfixiada, incómoda y contrariada. Algo en su interior desechaba la idea de ese acercamiento. La sensación con la que se había despertado se agravó. Entonces no solo se sintió confusa, también en desacuerdo con sus acciones. ¿Por qué forzarse al desahogo de Alexander? ¿Por qué no había sido comprensivo con ella? Él debía atender también a sus necesidades y no obligarla a lo contrario. Luchó para deshacerse de sus atenciones y, cuando lo consiguió, caminó hacia la silla donde había dejado su abrigo, poniéndoselo al instante.

—¿Qué ocurre? —La miró con criminal enfado—. ¿Es que ya no me amas?

—No es eso. Te he dicho que no tenía un buen día.

—Lo comprendo, pero tienes obligaciones conmigo. Hace semanas que no nos vemos, soy un hombre y tengo mis apetitos.

—¿Mis obligaciones? ¿Tus apetitos? —Ella rio, sin creerse que hubiera dicho algo así—. Por Dios, Alexander. ¿Has bebido más brandi de la cuenta?

—No, la que debe estar bebida eres tú, desatendiéndome de esta forma.

Cassandra llenó los pulmones, por si el aire la ayudaba a aclarar también las ideas. Cogió el sombrero y, mientras se anudaba los lazos bajo la barbilla, le dijo:

—Esta conversación no nos beneficia a ninguno de los dos. Me marcho. Te escribiré para cenar, si es que has recuperado tus modales.

Él soltó un gruñido como respuesta. Cassandra cogió su bolsito, y estaba a punto de poner la mano en la puerta cuando el caballero habló:

—Hay otro hombre, ¿no?

Ella se quedó petrificada. A pesar de que no tenía nada que ocultar al respecto, de que no había sobrepasado los límites con Henry, Alexander parecía sospechar algo. De todas formas, su decisión de negarle unas caricias era propia, con independencia de Trebarwith o de sus sentimientos por él. Simplemente no le apetecía.

—No hay ningún otro. —Al decir tales palabras, el cerebro le mandó un pensamiento que decía todo lo contrario. Ignorándolo, se dio la vuelta—. ¿Acaso no puedo tomar una decisión por mí misma sin que involucre a alguien más? ¿Es que la vida de una dama gira solo en torno a los caballeros que la cortejan?

—Cassandra... —Alexander caminó hacia ella, con una mueca molesta—. Estás muy rara. No pareces tú. ¿Es por los nervios del estreno?

Agachó la mirada unos segundos.

—Supongo que sí.

Una vez junto a ella, la tomó por los hombros y la besó en la frente.

—Irá bien, como siempre. —Le dio otro beso en la mejilla.

—Gracias. Te veo mañana.

—No. Pasado mañana, si no te es inconveniente. Por la tarde —dijo apresurado, y luego estiró la comisura de los labios en una sonrisa que a Cassandra le pareció mecánica—. ¿De acuerdo? Tengo asuntos personales hasta mediodía.

Ella accedió y, tras besarlo sin gran afecto, se dispuso a salir. Recordó entonces el asunto del colgante, pero la atmósfera ya estaba enrarecida como para empeorarla. Se dijo que lo hablaría con él más adelante. Cuando puso un pie en la calle fue como si llevase años presa. El estómago se le había encogido y el corazón le latía

desacompasado. Una vez más se preguntó qué le estaba pasando. Tal era su disgusto, tan extraña se sentía, que nada más llegar a casa deseó hablar con su hermana para calmarse, pero le dijeron que estaba haciendo un recado, así que ordenó que le prepararan un baño. A solas, intentando quitarse los malos pensamientos, sumergió la cabeza en el agua unos segundos y luego se frotó el cuerpo con la esponja como si tuviera una montaña de mugre.

Ya vestida, se acercó al ventanal para contemplar Bath desde su habitación. La ubicación de su residencia ofrecía unas bonitas vistas en los días despejados. Un pensamiento que la hizo pestañear dudosa cruzó su mente. Mientras observaba los tejados, los jardines, las calles... se preguntó en cuál de esos hermosos lugares estaría Henry y ansió ir con él. No fue un deseo premeditado. Surgió de su corazón como el más inevitable de los latidos. Eso la descolocó. Porque la mente juega malas pasadas y traiciona al pensamiento, pero el corazón... ese siempre sabe de lo que habla.

—Cassie.

La voz de Nyneve la sobresaltó. Corrió de golpe los cortinajes y se giró.

—¿Sí? —preguntó agitada.

—¿Te encuentras bien? —Su hermana la miró confusa.

—Sí, claro. —Carraspeó—. ¿Qué sucede?

Nyneve le tendió una nota.

—Ha llegado esto para ti apenas te has marchado esta mañana. De Henry.

La sonrisa que se le dibujó en ese instante solo era comparable en brillo a la más fulgurante estrella. Tomó la nota con apremio: se moría de ganas de leerla. El tacto suave del pelaje de la gatita en sus piernas la despistó por unos segundos.

—Tienes ganas de ver a Henry, eh —le dijo.

La gata frotó la cabeza de nuevo y maulló a modo de respuesta. Después trató de saltar de la cama, donde antes había estado hecha un ovillo. Habían pasado la noche casi sin dormir a causa de ella, pues le quitaron la suciedad, se ocuparon en hacer que bebiera leche y, después, Cassandra la acunó en su cama para que no perdiese calor. Hacía tiempo que no dormía junto a nada tan frágil y tuvo miedo de aplastarla, pero nada malo pasó y se hicieron compañía. El felino

amaneció muy distinto a como lo habían encontrado: con un pelaje más brillante y el ánimo de juguetear.

Nyneve la ayudó a subir a la cama, pero se lanzó al suelo al poco. Mientras que la gata mordisqueaba el borde de una de las alfombras, Cassandra terminó de desplegar la carta a la par que deseaba, fervientemente, que fuera una invitación. Cuando constató que así era, el pulso se le aceleró más si cabe.

> Cassandra,
> Veámonos una vez más.
> Henry

No era la carta más larga del mundo, pero lo decía todo.

—¿Crees que debería contestarle?

—Contestarle a qué. Cassie, no leo tu correspondencia privada.

Emocionada, se la tendió. No era la primera vez que la dejaba leer una de sus cartas. Nyneve, testigo del contenido, pensó que el caballero había expresado su deseo de forma escueta, aunque directa a sus pasiones.

—No voy a negar que Henry Trebarwith me parece el mejor de cuantos hombres has conocido, hermana. En otras circunstancias, en caso de que te negases, contestaría yo misma esta carta con un «sí» tan enorme que pudiera verse desde Kensington Palace —dijo devolviéndosela—. Pero...

—Estoy prometida.

—Y sois tan afines que otro acercamiento podría poneros en una situación complicada. Arrojaros a emociones que no seréis capaces de frenar.

En tanto que su hermana hablaba, Cassandra admiró las palabras de Henry. Qué cálidas y amables le parecían.

—No sé, Nyneve. Esta mañana... con Alexander... —Se contuvo. No podía turbarla con algo así.

—¿Qué sucede con él?

—Nada. —Forzó una sonrisa y se acercó para tomarla de las manos—. Ha ido bien. Me he citado con él pasado mañana por la tarde.

Su hermana se quedó más tranquila.

—¿Quieres salir a dar un paseo?

—El día está gris, ¿no prefieres quedarte en casa? Podemos leer *La Belle Assemblée* o *The Lady's Magazine* y curiosear las nuevas modas de Londres.

—Después de tantos días encerrada en esa posada y en el carruaje, necesito salir. ¿Y si vamos a la Pump Room? Pasearemos por allí y la gente sabrá que estás en Bath.

—No me dejarán dar dos pasos tranquila, y lo sabes.

—Ponte rubia, con un gran sombrero de plumas de avestruz.

—La idea es no llamar la atención, Nyneve. —Cassandra rio—. Está bien. Yo también necesito algo de diversión. Saca una de mis empolvadas pelucas francesas.

—*Oui* —le dijo con un guiño jovial, que la otra correspondió.

Una vez que se arreglaron, subieron a un carruaje de alquiler que las llevó a la Pump Room. La elegante y espaciosa sala, de altos techos, columnas adosadas a las paredes y enormes ventanales que la dotaban de una luz sin igual, estaba a rebosar. Su entrada llamó la atención y Cassandra esperó que su atuendo la encubriese. Parecía una de esas francesas de finales de siglo que hubiera dejado la cabeza de su marido en el cesto de la guillotina, pero no sus ropajes. Esos todavía viajaban con ella. Como no era la única dama que se resistía a abandonar tales modas, aunque generalmente sucedía con las mujeres de mayor edad, fue observada con detenimiento, mas no con exagerada atención, y pronto volvieron a lo suyo, pensando si no sería una visitante más. Nyneve iba a inscribirlas en el libro de visitas y le preguntó a su hermana qué nombre secreto usarían aquella vez.

—Henry Trebarwith —dijo Cassandra, cuyos ojos estaban clavados en él que, vestido con elegante levita gris, acompañaba a un caballero que parecía el mismísimo Eros reencarnado. Aun así, no le pareció más apuesto que Henry.

—Henry Treb... —Nyneve comenzó a escribir hasta que se dio cuenta de lo inusual que era—. Cassie, ¿cómo voy a...?

Al alzar la mirada vio dónde la tenía la muchacha y entendió qué ocurría. Le preguntó si quería marcharse. La actriz no supo qué decir, pero mientras se lo pensaba, Henry, que notó cierto pellizco en el estómago, giró la cabeza hacia ella. El destino unió sus miradas una vez equiparándolas a sus almas que nunca se habían separado.

—Cassandra... —murmuró él.

Arthur, a su lado, frunció el ceño.

—¿Qué Cassandra? Estamos buscando a Azucena, Henry, concéntrate.

—Cassandra Emery está aquí —susurró el otro sin apartar la mirada de la actriz.

Arthur oteó el salón. Le indicó que no la veía por ninguna parte. Henry suspiró. No sabía qué hacer. ¿Habría recibido su carta? Quizá había pasado el día fuera y no había tenido ocasión de leerla. Quería acercarse a conversar con ella, pero ¿sería prudente?

—Ahí está esa mujerzuela —escuchó decir a Arthur—. Voy a ajustarle las cuentas. Ahora te veo.

Por el rabillo del ojo, lo observó alejarse entre la gente en pos de Azucena, que se encontraba al final de la sala. Su sombrero rojo la hacía bastante llamativa.

Entretanto, Cassandra seguía pensando qué decisión tomar. Al final, guiada por la necesidad que gritaba su alma, caminó hacia Henry. Él, preso de la misma sensación, fue hacia ella. En el centro de la estancia, se encontraron. Estaban rodeados de gente, por lo que para saludarse usaron fórmulas de cortesía y no sus nombres. Nyneve saludó a Henry brevemente y se quedó a unos pasos, deseando que todo fuera bien entre ellos. Intercambiaron preguntas formales, perdidos en las frías normas de los encuentros en público. Guiados por esas pautas, comenzaron a andar: no era cortés estar parados en el centro a la vista de todos. Nyneve los acompañó, sin inmiscuirse.

—Me gusta su atuendo —dijo él, mientras caminaban bordeando la sala, como era costumbre—. ¿Debería hablarle en francés?

—¿Sabe francés? —preguntó Cassandra.

—Por supuesto, ¿y usted?

—*À la perfection* —declaró ella, con media sonrisa.

Henry no quiso indagar en el motivo por el cual todo el cuerpo le había ardido en ese instante. Quizá fuera que su mente había alterado el sentido de las palabras. Sea como fuere, si se quedaba en él por largo tiempo no podría resistirlo. Tras un silencio cortés, en el que vibró la inquietud por cuanto no se decían, Cassandra le confesó que había leído su nota.

—Y… ¿qué piensa de ella? —Quiso saber él. Los nervios le agujereaban el estómago y las esperanzas.

—Que no es que vaya a gastar su fortuna en tinta.

Henry rio ante su burla bien dada.

—Discúlpeme, la escribí preso de un arrebato. Es cierto que debí meditarla más, aunque quizá fuera tan corta porque tenía mucho que decir y no sabía a qué palabras dar lugar en ella. Si dejaba algunas fuera, las otras las celarían.

—Me parece una explicación convincente. Sepa que la carta ha sido de mi agrado.

Nyneve los miró de reojo antes de perder la vista en el techo. Encontró la excusa magnífica para separarse un poco de ellos cuando pasaron junto al ventanal y se aproximó con el pretexto de ver «si estaba lloviendo». Nunca nada tan simple le tomó tanto tiempo.

—Y ¿pensaba darme una respuesta positiva? —preguntó él.

—Antes de despedirnos mencionó mis circunstancias. —Aminoró el paso hasta detenerse—. Y, aunque parece haberlas olvidado, no me permiten darle respuesta.

—No las he olvidado, al contrario, las tengo más presentes que nunca —contestó parándose frente a ella—. Quizá por eso me duela el pecho cada vez que respiro. Porque se han convertido en una daga. Afilada. Fría.

—Somos como las olas —suspiró—. Un vaivén de ida y vuelta. Nos acercamos a la orilla y después nos separamos. ¿Cree que podríamos vivir así?

—Me conformaría con ser la marea. Que sube y baja con menor frecuencia. Solo con un instante en su playa, me bastaría.

Una vez más, los bellos ojos de Henry la cautivaron hasta dejarla sin aliento. Sonrió, halagada por sus palabras, y dijo:

—Gaste un poco más de tinta... y ya veremos.

Quien sonrió entonces fue él. Un gesto que se hizo pleno, notándosele en la mirada; instalando un cosquilleo en las mejillas, en las orejas. Hasta en los rizos de su cabello.

—De acuerdo. Vaciaré tantos frascos de tinta como agua hay en el Avon.

Nyneve, sin más remedio, se acercó, pues notó que algunas señoras los observaban con insana curiosidad. Se cogió del brazo de su hermana y le dijo:

—¿Vamos a tomar las aguas al surtidor?

Cassandra asintió, sin apartar la mirada de él, y le preguntó si quería acompañarlas. Él iba a contestar que sí cuando escuchó un par de voces sonando algo más alto de lo normal: Azucena y Arthur se lanzaban sus habituales pullas.

—Nada me gustaría más, pero me temo que he de rescatar a mi amigo de su debacle en sociedad. Que tengan un buen día, queridas damas.

Se despidieron con una leve inclinación de cabeza, y Henry sacó a Arthur de allí sin darle opción a discutir. Esa tarde escribió diez cartas para Cassandra, bien largas, llenas de preguntas de cortesía y declaraciones entre veladas, cada una con una proposición diferente para pasar tiempo juntos. Y alguna acompañada de un regalo, que mandó comprar a toda prisa. Dio orden de que se las entregaran al día siguiente y se fue a dormir, con esa sonrisa que ella había provocado reverberándole aún en las mejillas.

Capítulo 10

Cassandra pasó la mañana leyendo las misivas de Henry. Del desayuno al almuerzo, no hizo otra cosa que disfrutar de sus atenciones. Las leyó al azar, sin seguir un orden concreto, hasta que una en particular la hizo sonreír más que las demás, pues no solo mencionaba el asunto de la gatita, sino que venía acompañada de unos preciosos guantes muy parecidos a los que ella llevaba la noche del acantilado.

Estimada Cassandra:

Espero que se encuentre ya bien acomodada en su residencia. Sin duda en Camden Place se disfruta de espléndidas vistas en los días despejados, por lo que gozará de esos momentos de observación que tanto le gustan. Espero no pecar de atrevido al confesarle que he estado pensando en lo maravilloso que sería poder pasear con usted por Sidney Garden para poder enseñarle todos esos rincones que dijo desconocer del parque. ¿Me permitiría pasarla a buscar alguna tarde para cumplir con mi propósito? Nada me gustaría más que eso. Además, tenemos pendiente elegir un nombre para nuestra ahijada, la gata.

Espero que los guantes sean de su agrado y le recuerden a una noche que, para mí, siempre será muy especial. Aguardo su respuesta con impaciente anhelo.

Su devoto amigo,

—«Con impaciente anhelo» —suspiró, poniendo la misiva contra el pecho—. ¿Has visto cómo se expresa?

Nyneve, a su lado, la había escuchado leer cada carta y asintió mientras remendaba el bajo de un vestido. Se hallaban en el salón, bien caldeado pues el ambiente estaba frío.

—Me temo que no tendré más remedio que contestarle. Te prometo que solo será un paseo entre amigos.

—Entre *devotos* amigos —remarcó su hermana.

—No seas tan suspicaz —regañó la actriz—. Entonces... ¿le contesto?

—Yo... no sabría decirte.

Cassandra suspiró y observó a la gatita. Jugaba con los restos de un ovillo de hilo que perseguía por la estancia. El suelo de madera la hacía resbalar y era muy gracioso verla escurrirse tratando de mantener el equilibrio.

—¿Tú qué harías, pequeña? —le preguntó.

La gata alzó las orejas y miró a su humana como si de verdad comprendiera sus palabras. Después, sin más, se puso a acicalarse, limpiándose el rabo con dedicación.

—¿Qué quiere decir eso, Nyneve?

—Bueno...

Ninguna dijo lo que estaba pensando, por indecoroso, pero se echaron a reír.

—No importa. —Fue hacia el escritorio y, tras tomar asiento, extrajo de un cajón los útiles de escritura—. Le contestaré de inmediato para decirle que nos vemos mañana. Llevaré un gran sombrero y peluca pelirroja. Nadie me reconocerá. ¿Dónde está mi papel especial? No quiero usar un pliego cualquiera para él.

Sabiendo que nada podría hacer para disuadirla, su hermana se rindió y le dio lo que pedía. Después la avisó de que iba a salir, pues Sophie la había invitado a tomar el té con una vizcondesa amiga suya, Georgiana Munro, la hermana de lord Adler. Cassandra le dio permiso y respondió la misiva del joven en un precioso pliego perfumado de rosas. En la esquina inferior derecha se hallaban marcadas sus iniciales, que podían atisbarse si se ponía el papel al trasluz, algo que

siempre le había encantado.

Al día siguiente, a media mañana, se encaminó hacia uno de los puentes de Sidney Garden, donde lo había citado. El sol brillaba y hacía un día estupendo para pasear. Debía ser una señal del cielo para que todo fuera perfecto. En cuanto vio a Henry esperándola, vestido con una preciosa levita verde que acentuaba el castaño de su cabello ensortijado, se detuvo. El hálito se le cortó de tal manera, y el corazón le latió tan aprisa, que pensó que sufriría un desvanecimiento. Se dijo que no debía sentirse así, y ordenó a sus pies a andar; a su corazón, a renunciar a acelerarse; a sus sentimientos, a desistir de decirle lo mucho que le gustaba Henry. Solo los pies obedecieron.

A él le sucedió lo mismo.

Se encontraron en medio del puente, saludándose con un cortés «buenos días» que les supo a poco. Se miraron embelesados, irremediablemente. A Henry, el cabello pelirrojo le recordó a aquel día sobre la colina, donde tanto habían dicho y tanto quedó por decir. Ella llevaba los guantes que él le había regalado. Eso lo venció por completo.

—Está... —Quiso referirle que la encontraba muy bella, pero ¿sería apropiado? Todo en él eran pensamientos contradictorios—. ¿Está bien?

—Sí. Me encuentro bien, gracias. ¿Y usted?

—Feliz de que haya accedido a pasear conmigo. Y en la pobreza absoluta después de haber gastado mi fortuna en tinta.

Ella rio comedida; menos nerviosa.

—Yo también me alegro de haberlo hecho.

—¿De haberme arruinado?

—Por supuesto —bromeó.

Él respondió con un gesto divertido y la invitó a caminar. Sin haberlo acordado, partieron en la misma dirección, el uno junto al otro. Al principio, la distancia entre ambos fue algo mayor, pero a medida que avanzaron, los cuerpos, guiados por una fuerza invisible de poderoso nombre, se acercaron sin que se dieran cuenta.

—Gracias por sus presentes. —Alzó la mano, mostrándole los guantes—. Este, sobre todo, me ha hecho sonreír.

—Me alegro de que le gusten. Le sientan muy bien a su hermosura. —Sonrió tímido—. A decir verdad, pensaba arrojarme al

mar a buscar el que perdió, pero las tiendas de Bath me parecían una opción mucho más sensata.

Ella rio la broma.

—Usted también perdió los suyos —dijo más seria—. Debería regalarle unos.

—Ya me obsequia con su presencia. Me doy más que por satisfecho.

El pulso de Cassandra hizo un salto sin igual. Las palabras de Henry aceleraban sus latidos o los detenían a su antojo. Siempre tenía algo bello que decir para conseguirlo. Dichosos, hablaron sobre lo que habían hecho desde su regreso a la ciudad. Él quiso saber si le iba bien con el guion. Al recibir respuesta positiva, se sintió feliz. Después, indagó sobre el estado de la gatita. Ella le contó, con pelos y señales, todo lo referente al animal.

Durante largo rato, mientras transitaban por los senderos de Sidney Garden, amparados por el verdor de su vegetación, debatieron sobre posibles nombres, repasando los de las protagonistas de las obras que conocían. Ninguno los convenció. Tras esos instantes de charla animada en los que a veces se detenían a observar algún paraje hermoso de los jardines, comentando cuanto veían, un conjunto de caballeros, acompañados de sus esposas, se acercaron a ellos: alguien había reconocido a Cassandra. En ese mismo grupo había quien conocía a Henry. Fue inevitable departir con ellos. La actriz recibió grandes alabanzas durante la conversación. Refirieron haber adquirido entradas para la función y mostraron sus ganas de verla. Ella fue amable en todo momento, a pesar de que, a criterio de Henry, estaban siendo algo pesados. La admiró más por mantener la sonrisa y las formas, por mucho que la agobiasen. Cuando al fin continuaron su camino, él le preguntó si siempre ocurría lo mismo cuando la reconocían.

—Sí. Y aquí al menos estamos solos. Si sucede en plena calle o en algún salón, la gente se acerca a curiosear y termino rodeada de admiradores.

—¿Cree que tendrá problemas porque la hayan visto conmigo?

Ella no estaba segura, pero no quería pensar en ello encontrándose con él. Si Alexander le comentaba algo, ya saldría del paso. Iba a decirle que no se preocupase; sin embargo, no fue capaz de articular

palabra. A cierta distancia, entre los gruesos troncos de unos árboles, vio pasar a su prometido. Mas no fue la sorpresa de verlo lo que la dejó sin habla, fue saberlo del brazo de otra. Contemplar cómo se detenían un instante para besarse furtivos. A esa mujer debió de saberle dulce; para ella fue amargo como la hiel. Tal fue su conmoción que, sintiéndose desvanecer, se apoyó en el brazo de Henry.

—Cassandra, ¿qué le sucede?

—N-nada —musitó, sin fuerzas—. Solo un pequeño mareo.

Henry posó la mano en la espalda de ella para asegurarse de que no se caía.

—¿Quiere que nos sentemos?

La dama buscó a Alexander con la mirada mientras pensaba qué contestar. Tenía tanta necesidad de sentarse como de salir corriendo detrás de ese villano destructor de su corazón. Comprobó que era él y que volvía a besar a la mujer con más pasión si cabe.

—Maldito sea —masculló entre dientes.

Henry siguió su mirada, pero solo pudo ver al caballero, pues su acompañante quedaba al amparo de unos setos altos.

—Lléveme a casa, por favor —pidió ella, afectada.

—¿No desea ir con él?

Cassandra negó con la cabeza, lo que extrañó a Henry y lo hizo sentir culpable. Era probable que, al verlo, ella hubiera sido más consciente de lo impropio de su comportamiento. De que, aunque nada hubiera pasado entre ellos, se habían revelado sentimientos que podrían ponerlo todo en peligro. Así lo sentía él.

Regresaron donde aguardaban los carruajes. La ayudó a subir al suyo, tomándola de la mano. Cuando estuvo sentada, cerró la puerta quedándose fuera.

—Cassandra, temo haberla puesto en un compromiso con mi insistencia —se lamentó—. No quiero que tenga problemas por mí. Al fin y al cabo, aunque solo somos amigos, cualquier persona podría malinterpretarlo. Es posible que llegue a oídos de su prometido, pues conocidos en común nos han visto.

Ella quiso decirle que, al contrario que Alexander, no estaban haciendo nada indecoroso, pero confusa como estaba, no fue capaz de hablar del asunto. Por un momento se preguntó si no habrían sido imaginaciones suyas. Un ardid de la mente para que se sintiera más

tranquila al estar paseando con otro hombre estando prometida. Como si fuera una justificación. Pero no la tenía. Había sido una imprudencia. Sonrió a duras penas. Se sentía muy dolida, casi furiosa. Y, además, Henry parecía disgustado. Posó la mano al filo de la ventana, con la esperanza de que él pusiera la suya encima. De que hiciera algún gesto que le indicase que no guardaba resentimiento hacia ella. Y así lo hizo él, para su tranquilidad. Aunque solo fue un instante, bastó.

—Cuídese, por favor. Y si necesita algo, hágamelo saber —le dijo el joven.

—Lo haré.

Henry avisó al cochero para que iniciase la marcha y se alejó hacia su carruaje. Ella lo observó hasta perderlo de vista.

La tristeza los invadió de un modo insoportable.

En cuanto llegó a casa, Cassandra le escribió a Alexander una carta frenética que apenas meditó. Sacó fuerzas para no esputar el dolor en sus palabras y aparentar no haber visto nada, invitándolo a adelantar la cita de la tarde, pues «ardía en deseos de verlo». Prefería tratar la cuestión en persona. Sin embargo, la respuesta que recibió de él la irritó. Decía tener que ausentarse de forma repentina por ciertos asuntos. No solo canceló la cita de la tarde, también le dijo que no estaría en Bath hasta el día del estreno. No lo creyó.

—Ese ingrato se olvida de dónde estamos —masculló—. Es imposible que se pasee por Sidney Garden del brazo de otra y pretenda que no me entere. ¡No es que lleves peluca y bigote falso, Alexander Thonbert!

Arrojó furiosa la carta al fuego y la observó mientras ardía. Eso haría con todas las de él como confirmase sus sospechas. Decidida a no quedarse con la duda, visitó la casa al día siguiente, tras una noche tortuosa. El corazón le bullía por el padecimiento a causa de la traición de Alexander y por haber herido a Henry. Como ya esperaba, le dijeron que no se encontraba allí; sin embargo, una de las doncellas del servicio, admiradora suya, cantó la verdad a cambio de unas entradas al estreno y una dedicatoria. Alexander se hallaba en un prestigioso alojamiento del centro. El mismo al que la había llevado en alguna ocasión cuando se citaban. Ese malnacido estaba allí con esa mujer. Le dio las gracias y prometió hacerle llegar la recompensa.

Después, como si del ritmo de sus pasos dependiera su vida, fue a toda prisa hacia el alojamiento. Una vez allí, se acercó a recepción.

—Buenos días, señora Emery —saludó uno de los hombres que la atendían—. Qué gusto volver a verla.

—¿Se encuentra lord Alexander Thonbert aquí?

Miró a su compañero con un gesto que a la joven la escamó.

—No. Él no ha venido en esta ocasión. —Volvieron a mirarse—. Quizá se hospede en otro lugar o se encuentre en su residencia.

Cassandra se fijó de forma disimulada en el cuadro de llaves. La de la habitación que Alexander ocupaba habitualmente no estaba. Sin embargo, conocía a los trabajadores de ese sitio y velaban por la privacidad de sus clientes, por lo que, con amabilidad, se despidió de ellos y fingió marcharse. No obstante, en cuanto vio que volvían a sus quehaceres aprovechó la entrada de un grupo numeroso en el zaguán y se escurrió entre ellos para dirigirse a las escaleras de acceso a los dormitorios. Ni ante el lleno más absoluto en el teatro había sentido sus latidos marcar el paso con tanta fuerza.

Subió las escaleras aprisa, tan rápido que tropezó con el bajo del vestido y estuvo a punto de caer, pero consiguió llegar sin incidentes a la última planta, en la que se hallaba la estancia. Recordó las veces que había recorrido junto a él tan engalanado pasillo, cogidos de la mano, comiéndose a besos aun a riesgo de ser vistos. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando vio el picaporte agitarse. Alguien iba a salir. Torció la esquina y aguardó mientras escuchaba la voz de Alexander y de una mujer con un precioso acento italiano. Asomó la cabeza y los vio besarse, apasionados. Tragándose las lágrimas, se escondió. Juró en voz baja que ese malnacido lo pagaría. Los oyó despedirse, y después el sonido de la puerta al cerrarse. A continuación, unos pasos que parecían no tocar el suelo le indicaron la proximidad de alguien.

Hizo su mejor papel fingiendo que iba a otra habitación y se cruzó con la mujer. Su excepcional belleza llamó su atención. No iba a enfadarse con ella, porque seguramente ni sabía el papel que ocupaba en la vida de Alexander. Se jugaría su fortuna sin miedo a perderla a que ella vivía engañada también. El único culpable era él. La mujer la saludó con amabilidad y continuó su camino. Cassandra pudo apreciar en ella el suave perfume de su prometido. Cuando la perdió de vista,

apretó los puños y fue hacia la habitación de ese traidor. Al poner la mano sobre el picaporte, tembló. No era capaz de abrir, de llamar. No podía moverse. El corazón le reverberaba en las sienes y notaba la respiración pesada. Cuando sintió que se desvanecía, al igual que le había sucedido en el parque, se dio fuerzas para encarar el momento. No pudo. El dolor la acobardó. Rota por completo, salió corriendo sin importarle a quién se cruzaba en su camino. No dejó de hacerlo hasta llegar al carruaje. Dentro rompió a llorar como hacía tiempo que no lloraba.

Durante los días siguientes, habiendo hallado fuerzas para hablar con él, fue a buscarlo. Sin embargo, dio con un muro. Él la rehuía, de seguro conocedor de que la habían visto en el alojamiento y sabía de sus pecados. A dos días del estreno, se sentía devastada. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y un aspecto terrible, lo último que necesitaba era plantarse delante de cientos de personas a interpretar a una mujer como lady Macbeth.

—Nyneve, habla con Joseph y pídele que atrase el estreno. No me encuentro bien.

Su hermana tenía buena relación con él y no le importaba tener una reunión, pues velaba por los intereses de la actriz, pero veía su decisión precipitada y drástica.

—Cassie, será fatal para tu carrera. La gente está expectante; se han vendido todas las entradas. Muchos vienen de lejos para verte.

—He dicho que no me encuentro bien.

—No puedes dejar que un hombre destruya tu vida —le dijo en un tono que dejaba ver su disgusto—. No es el primero que juega con tus sentimientos. Al final te repones, y de esta también te saldrás.

Cassandra tenía muchos fantasmas en la cabeza y todos le decían que no era así. Que Alexander había cambiado de opinión por su error, por haberle negado su compañía, por faltar a sus obligaciones. Estando lúcida jamás se habría sentido culpable de algo semejante, pues no había falta que achacar, pero en su estado no podía pensar con claridad.

—Igual el problema lo tengo yo —sollozó—. No sé retenerlos a mi lado.

—Si dices otra tontería me arrojo al Avon con el vestido más pesado que tenga —juró severa.

—Ay, Nyneve... No digas eso, por favor. Entiéndeme.

—No puedo. Solo veo a una mujer fuerte a la que el amor doblega. No sé por qué no puedes armarte de valor también para esto. —La muchacha dio vueltas arriba y abajo de la habitación. Crispada en exceso. Más de lo que se le permitiría a una joven educada—. Me has sacado adelante cuando nos quedamos sin nada. Me has dado cuanto tengo. Eres fuerte como para soportar esto. Alexander no merece que te destruyas por él.

—Nyneve, me duele demasiado. —Tomó el colgante entre los dedos y lo miró. Las lágrimas cayeron sobre él cual amarga lluvia—. Iba a dejarlo todo por él. Él era...

—Alexander no es muy distinto a los demás, Cassie. Solo que no deseas verlo. Siempre me pareció una locura que quisieras sacrificarlo todo por él y ahora, sabiendo lo que te ha hecho, aún sufres por su culpa. Ni siquiera merece tu llanto.

—Yo solo deseaba un poco de estabilidad. Una vida diferente para las dos.

—A mí me gusta esta vida. Y quien te quiera de verdad no desearía que dejases de ser lo que siempre te ha movido por dentro. Tú eres actriz. Lo llevas en la sangre.

—Nyneve, por favor, yo... —gimoteó—. No digas más. No me encuentro bien.

Su voz, rota, le hizo ver a Nyneve que no debía insistir o solo conseguiría hacerle daño. Cassandra estaba destrozada; quebrada en llanto. La abrazó con todo su cariño. Trató de consolarla dejándola llorar en su pecho, pero le pareció que lloraría un río antes de agotarse, que nada la libraría del dolor por la traición de ese hombre. Ella habría renunciado a sus sueños por amarlo y, al final, tendría que renunciar al amor que le profesaba. No obstante, su hermana, conociendo el carácter de Cassandra y consciente de que solía reponerse rápido de los disgustos, decidió aguardar un poco antes de hablar con Joseph, para ver si cambiaba de opinión. Le preparó un baño perfumado y, después de peinarla, tomaron juntas una infusión calmante y la arropó en la cama con la ternura de una madre. La gata sin nombre, que parecía entender también su sufrimiento, se hizo un ovillo a su lado. Cuando Cassandra la oyó ronronear, se sintió un poco mejor.

Capítulo 11

Henry se debatió sobre si escribir a Cassandra o no. Él no era como Arthur, para quien los compromisos y los sagrados votos del matrimonio eran poco más que arena en el viento si se trataba de conquistar a una dama. Por más que desease pasar tiempo con ella, sabía que no sería lo correcto. A la actriz la pondría en entredicho si Alexander llegaba a ser conocedor de algún encuentro; para él sería devastador alimentar unos sentimientos que terminarían por desbordarlo. Sería un barco perdido en alta mar que, de llegar a la costa, se estrellaría contra las rocas de lo imposible. Si algo sabía Henry de los sentimientos es que eran arrolladores. Omnipotentes Titanes que no tenían rival cuando decidían gobernar sobre el corazón. Y él... él no tenía la fuerza de Zeus para derrocarlos. Por ello, escribió a Cassandra con el pretexto de interesarse por su bienestar. Una carta conveniente; educada. En la que ni leyendo entre líneas podían atisbarse los afectos. Sin embargo, terminó por traicionar su discreción acompañándola de un ramo de rosas blancas.

Él no lo sabía, pero en medio del dolor que Cassandra sentía, significó mucho para ella. Contestó la carta con la misma cortesía, callando sus ganas de él en cada renglón.

Y llegó el día del estreno. Preguntó a Nyneve si había hablado con Joseph sobre el aplazamiento y ella le aseguró que no había puesto

inconvenientes. Eso extrañó a Cassandra. Él era muy celoso con las actuaciones. Decía que, aunque cayera el sol de los cielos, había que actuar. Que no hubiera pasado a intentar convencerla la escamó. Su hermana, queriendo tapar su fechoría, añadió una mentira más al decirle que había tenido que marcharse de improviso a Exeter por un problema con otro actor. Todavía guardaba esperanzas de que la actriz cambiase de opinión.

A mediodía, se hallaba sentada junto a la ventana cuando vio pasar el carruaje de Alexander, cubierto. El corazón le dio un vuelco, pues pensó que se detendría, mas no lo hizo. Se dijo que quizá no era él y estuvo dándole vueltas un rato, mientras el fuego del dolor se avivaba en su interior. Necesitaba zanjar toda cuestión con él, arrojarle a la cara sus cartas llenas de falsas promesas, tirar el colgante al volcán de su indiferencia hasta que solo fuese un recuerdo entre las llamas. Estaba dispuesta a hacerlo, y lo haría, aunque tuviese que barrer Bath en busca de ese sinvergüenza. Después cogería sus cosas y se marcharía de Inglaterra para siempre. Nadie volvería a verla, ni dentro ni fuera de los escenarios.

Henry, por su parte, tenía planes menos ambiciosos, pero que lo mantenían igual de expectante. Sobre todo, por la premisa de verla actuar esa noche. En tanto que llegaba la hora, estuvo en el club con sus amigos, conversando con ellos a la par que echaba un vistazo al periódico. En una de las páginas principales vio el anuncio de *Macbeth*, lo que lo hizo sonreír. Lo miraba distraído cuando Arthur, sentado a su derecha, le habló:

—¿Quién era la pelirroja con la que paseabas el otro día por Sidney Garden?

El joven se quedó mirando la publicación, sin contestar.

—Trebarwith. —Su amigo le dio unos golpecitos en el hombro—. Te estoy hablando.

Levantó la vista y vio que los tres esperaban su respuesta.

—Mi hermana Sophie —dijo, y volvió a mirar al periódico.

—Tu hermana estaba con mi esposa tomando té —rebatió Caverty, alzando una ceja.

—¿Mi querida Sophie está en Bath y no me has avisado? —Belaford chasqueó la lengua.

—No tengo interés en que la perviertas, gracias.

Arthur hizo un puchero, al que Henry respondió con un gesto de advertencia. Charles, a punto de beber de su copa de brandi, miró al joven con gesto crítico.

—Henry, ¿te estás viendo con alguien?

—No. Me han debido confundir con otra persona. Yo no estuve en Sidney...

Antes de que pudiera terminar de hablar, Arthur había cogido el periódico, lo había enrollado y lo había atizado con este en el cogote.

—¡No mientas a tus amigos, Henry Eneas Trebarwith!

—¡Arthur! —se quejó él, frotándose la nuca. Le arrebató el periódico y lo estiró a conciencia—. Lo has arrugado.

—¿Con quién estuviste? —preguntó Charles tras beber con calma.

A Henry se le dibujó una sonrisa delatora cuando recordó el paseo con Cassandra.

—No sé quién es, pero parece gustarle —observó Charles.

—¡Di de una vez quién es! —exigió Arthur.

—No lo vais a creer.

—Uy, con ese misterio solo se me ocurre alguna princesa ocultando su identidad.

—Mucho mejor.

—No sé qué sería mejor que una heredera al trono, voluptuosa, de senos generosos y muslos bien llenos.

—Arthur, que te pierdes... —regañó Caverty.

—Cuando una mujer así te atrapa entre las piernas es cuando conoces el sentido de la palabra «paraíso». —Hizo una pausa para poner rostro extasiado, mientras sus amigos reían, negando con la cabeza—. Cuenta, Henry, ¿quién es la dama?

Todavía no les había podido hablar a sus amigos del viaje, así que no tenían la menor idea de que se habían conocido en Tintagel.

—Cassandra Emery.

Los otros se miraron entre ellos, con gesto de sorpresa.

—¿La actriz?

—¿A cuántas Cassandra Emery conoces? —Trebarwith frunció los labios y se sonrojó al ver el gesto pícaro con el que lo observaban—. No me miréis así, por favor. Solo somos buenos amigos. Ella... —Sacudió la cabeza, no podía revelar sus intimidades—. Es igual. Os lo pido, por favor: no elucubréis nada extraño. Entre nosotros jamás

podría haber nada. Tendría que enterrar a mi padre si me viera con una actriz.

—Hace un rato te he oído decir que habías tomado la decisión de considerar irrelevantes las palabras del conde —le recordó James.

—Me gustaría, pero ¿podré conseguirlo? —expresó derrotado—. ¿De qué voy a vivir si no tengo su favor?

—Eres muy bueno con los libros y con las palabras —dijo Charles —. Las comprendes mejor que nadie. Podrías trabajar para algún periódico o incluso escribir.

—Trabajar... ¿el hijo de un conde? Has perdido el juicio —dijo Henry—. Además, salvo algunos pocos privilegiados, los escritores se mueren de hambre.

—Podrías ser profesor —apuntó Caverty—. Yo sin duda te contrataría para que enseñases a mis hijos. Cuando vengan.

—Gracias, James, pero sabéis que mi padre conoce a media Inglaterra. Hundiría mi vida si me atreviese a dar dos pasos más allá de su ala.

—Entonces no vivas en Inglaterra.

—¿Qué? —Henry miró a Arthur, estupefacto—. No hablas en serio.

—Aunque te echaría de menos, prefiero tu felicidad lejos de aquí que verte sumido en la pena más profunda mientras vives una vida que detestas. De un tiempo a esta parte no eres tú mismo, Henry. Eso no hace falta que te lo digamos.

Charles y James se mostraron de acuerdo.

—Cierto —dijo el primero—. Antes no tenías tanto miedo a luchar contra lo que te parecía injusto.

—Antes... —murmuró desilusionado—. A veces me parece que fue en otra vida. En cualquier caso, aunque ignorase los deseos de mi padre y obrase según mi criterio, aunque me diera la oportunidad de cortejar a Cassandra, ella... —Sus amigos lo miraron expectantes mientras él terminaba de hablar. No pretendía hacerlo, pero tener secretos con ellos le disgustaba y necesitaba que entendieran sus motivos—. Ella está prometida.

—¿Cassandra Emery prometida? ¿A quién?

—A lord Alexander Thonbert —reveló en tono confidente.

Todos lo conocían. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el

club y habían compartido con él juegos de cartas y noches de fiesta. Mientras que Charles y James miraban a Henry con sorpresa, Arthur escupió el brandi que estaba bebiendo. Con una rapidez asombrosa, uno de los muchachos del servicio del club fue a limpiar. El salón les prestó atención por unos instantes, preguntándose a qué venía el revuelo. Una vez que se quedaron a solas y los caballeros volvieron a sus asuntos, Charles regañó a Belaford.

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Que es imposible que esté unida a ese hombre porque, justo ayer, nos encargó vino para una fiesta que quería dar en honor de su prometida, una rica heredera de la nobleza italiana. De hecho, la misma persona que me refirió haberte visto con una dama me comentó que vio a Alexander con esa mujer, paseando también por Sidney Garden.

Henry comprendió entonces qué la había turbado tanto. No había sido él: había sido su prometido. Arthur continuó hablando.

—Sinceramente, no creo que Thonbert pensase jamás en casarse con Cassandra, al fin y al cabo, es el hijo de un duque y ella una actriz. Solo la está utilizando para... —Miró a Henry de reojo. Su amigo tenía el rostro rojo de ira y no quiso decir en voz alta lo que pensaba para no irritarlo más.

Trebarwith lanzó el periódico sobre la mesa, a punto de barrer con él los vasos, y apretó los puños, crispado.

—Mal nacido, ¿cómo puede hacer semejante cosa? ¡Iban a casarse! —Alzó tanto la voz que volvieron a captar la atención de otros miembros del club. Alguien lanzó un imperativo «shhhh», obligándolo a bajar el tono—. Me dijo que se casarían en primavera —repitió en un susurro.

—Habrá bodas en primavera, como la de Charles con Susan, pero no será la suya.

—Pobre Cassandra —se lamentó Henry—. Cuánto sufrirá por él. Lo ama.

—Lo siento mucho por ella —dijo Caverty—. Detesto a los hombres que engañan así a las mujeres.

—Es mucho mejor que sean ellas quienes los engañen a ellos... Conmigo.

James suspiró. Arthur no cambiaría jamás. Fue a decir algo, pero

se fijó en que Charles, ceñudo, tenía la mirada en la puerta. Giró la cabeza hacia allí y su entrecejo se frunció también al ver entrar al hombre del que hablaban. Intentó disimular, pero ya era demasiado tarde: Henry se había dado cuenta.

—Ese despreciable está aquí —masculló, y fue a ponerse en pie.

Arthur lo cogió del brazo, obligándolo a sentarse.

—Henry, no te inmiscuyas.

—Está haciendo daño a una persona que no lo merece.

—Y ¿crees que no lo sabe? —le dijo su amigo, muy serio—. De sobra. Quien es así es muy consciente de sus actos, créeme. Cassandra es para él un divertimento más entre muchos otros. ¿O piensas que es la única a la que engaña?

—No sé si lo es, pero sí sé que no quiero verla sufrir.

—Esa mujer... —Arthur pensó en si decírselo o no. Había escuchado cosas sobre Cassandra Emery, y la había visto en muchas fiestas como para saber que los rumores eran ciertos—. Esa mujer ha tenido otros amantes aparte de él. Incluso ha estado casada. No es una doncella inocente a la que salvar, Henry.

Él tensó tanto la mandíbula que acusó un dolor punzante en los oídos.

—No me importa la vida que haya llevado. Ni los amantes que haya tenido. Aunque hubiera salido de la más depravada casa de prostitución de Inglaterra no se merece que ningún hombre juegue así con sus sentimientos.

Por primera vez en mucho tiempo vieron la chispa de la pasión en los ojos del joven. En aquellas extrañas circunstancias, sus amigos sonrieron.

—¿Por qué sonreís ahora? —Henry resopló con fastidio.

Arthur levantó las manos en señal de paz.

—Si quieres ir a darle un puñetazo a Thonbert, adelante. Total, ya estuvieron a punto de echar a Charles y a James del club. Solo faltas tú.

Le guiñó un ojo de forma tan graciosa que Henry rio, liberando parte de la tensión.

—Creo que hablaré con ella y la prevendré de él. Es lo mejor que puedo hacer. Thonbert no merece un ápice de nuestra atención.

Caverty dio unos aplausos silenciosos.

—Bravo, Henry. Una decisión de lo más acertada.

—Estoy contigo, James —dijo Charles.

—Pues a mí me parece una porquería de decisión —soltó Arthur —. Esperaba algo de acción.

Rieron y disfrutaron de sus copas para rebajar con brandi los nervios. Entretanto, Alexander ocupó un sillón cercano a la chimenea, uniéndose a un grupo, y pidió algo para beber. Henry y sus amigos lo observaron por unos instantes, para después dejar de prestarle atención, sería descortés fijarse por más tiempo. Aunque a Trebarwith le costó hacerlo y de vez en cuando le lanzaba miradas furtivas.

La conversación viró hacia asuntos más amables, como los planes de boda de Charles o los futuros eventos en Bath. Se hallaban tranquilos, cuando sucedió algo que los hizo mirar hacia la puerta. Por ella entró un caballero que no conocían, de estatura media, con un enorme bigote y un sombrero de copa que le venía grande.

—¿Quién es ese? —preguntó el vizconde.

Arthur lo escudriñó. Hubo algo que le escamó, aunque no sabía decir qué.

—Alguien nuevo, ya lo conoceremos. Tiene un porte admirable. Femenino, pero admirable. ¿Será extranjero?

—Nos habríamos enterado ya de un nuevo ingreso. No es que pases por la puerta y te dejen entrar sin más —comentó Charles—. Seguro que...

Cathworth calló de golpe al ver que el misterioso caballero se plantaba delante de Alexander, cogía una de las copas de la mesa y se la tiraba encima.

—¡Tú! ¡Bastardo mentiroso! —le gritó—. ¿Cómo puedes ser tan ruin? ¡Casi lo dejo todo por ti!

Thonbert se levantó de golpe, así como sus amigos. Pronto, todo el club estuvo pendiente de la mesa para ver qué sucedía.

—¿Quién es ese hombre? ¡Échenlo de aquí! —gritó uno de sus acompañantes—. ¡No es socio del club!

Entre el servicio del establecimiento se inició un gran revuelo, mientras iban a buscar al encargado y a los miembros de seguridad.

—¿Cómo demonios ha conseguido colarse aquí? —espetó otro.

—¿Quién eres tú? —Alexander miró a su atacante con desprecio, secándose la cara con un pañuelo que arrojó más tarde sobre la mesa,

con desdén—. ¿Cómo te atreves a faltarme así al respeto?

—¡Tu prometida! —dijo el caballero, para sorpresa de todos.

Henry y sus amigos abrieron la boca, asombrados. Él casi corrió hacia ella, apartando a empujones a quienes se agolpaban para ver el espectáculo. Cassandra se quitó el colgante, tirando de la cadena hasta partirla, y se lo arrojó a la cara a Alexander. El objeto lo golpeó en la mejilla, para caer después sobre la mesa y rebotar hasta perderse en el suelo. La gente cuchicheó. Querían averiguar quién era la dama bajo el disfraz.

—¿También le has regalado uno igual a esa otra con la que te ves? Asqueroso malnacido. ¡No es más que una baratija! ¡Mentiroso rastrero! ¡Sapo despreciable!

Arthur silbó, asombrado por la vehemencia y el lenguaje de la mujer.

—Te maldigo, Alexander Thonbert. ¡Y maldigo cada una de las palabras que pronunciaste para seducirme! —diciendo esto, Cassandra sacó de la levita las cartas de Alexander y las arrojó al fuego—. ¡Ojalá te pudras en el Infierno!

—Por favor, cálmese —pidió Henry cuando consiguió llegar a su lado.

Ella giró la cabeza y él pudo ver que tenía la mirada anegada en lágrimas, enrojecida y ojerosa tras las largas horas de llanto y decepción.

—Henry... —musitó ella, descolocada, pues no esperaba verlo allí.

—¿Que me pudra en el Infierno? —Alexander soltó una carcajada —. ¡Fuera de aquí!

—¡No la trate así! —espetó Henry.

—Trebarwith, no se entrometa.

Thonbert dio un paso hacia él, encarándolo. Se midieron con la mirada, parecía que quisieran matarse. Alexander era dos veces Henry, así que Charles medió, poniéndose entre ambos, pues temía por la integridad física de su amigo.

—Por favor, cálmense, caballeros. Sacaremos a la dama y haremos como si no hubiera pasado nada.

—Eso es —intervino Caverty—. Recuerden dónde están.

Alguno cuchicheó sobre el incidente que él había tenido con Atkins tiempo atrás, murmurando que era el menos indicado para

hablar, pero James no hizo caso. En ese momento, llegaron los miembros de seguridad y tiraron de Cassandra con tanta fuerza que el sombrero terminó por caérsele, revelando su melena, negro azabache, recogida en un moño. Volvieron los rumores, mientras trataban de averiguar quién era. Pronto, su nombre fue cobrando fuerza. Muchos sabían que Alexander la había perseguido hasta la saciedad, acudiendo a sus funciones a lo largo y ancho de Inglaterra.

—Suéltenla, por favor —pidió Henry—, yo me hago cargo.

—Señor...

—Ha dicho que por favor —intervino Charles.

La palabra del marqués tenía bastante peso, por lo que la soltaron, mientras ella se revolvía. Henry le puso la mano en la espalda y le pidió que salieran.

—¡Eso! ¡Llévese de aquí a esa fulana! —dijo Alexander, con voz burlona, cuando se habían alejado unos pasos—. Seguro que sabe cómo agradecérselo. Lo hace con todos. Y no diré que lo haga mal. —Volvió a reír, socarrón.

Henry alzó una ceja, sintiéndola temblar, algo que le pasaba cuando se enfadaba demasiado. Se dio la vuelta y lo vio hacer un gesto soez que implicaba cierta práctica oral. Y eso... Eso lo revolvió.

—¡Es usted un bufón! ¡Y un ser despreciable! —vociferó, acercándose a él—. ¡Engañar a una dama y burlarse así de ella como si no valiese nada!

—¿Una dama? ¿En qué momento se pensaba esa actriz que yo, el hijo de un duque, iba a hacer algo más con ella que meterme en su cama? Por amor de Dios. ¿Ha perdido el juicio? Habría de estar loco como para hacerlo. Ella no está a mi altura, Trebarwith. Ni a la suya. Haría bien en alejarse de esa mujer. No es más que una meretriz que...

Henry le estampó el puño en la cara antes de que pudiera terminar de hablar.

—Usted puede ser el hijo de un duque, pero tiene la misma educación que una cucaracha. Vámonos, Cassandra. —La cogió del brazo. Ella, estupefacta, lo siguió.

Arthur silbó de nuevo, contemplando a Alexander derrotado, en el suelo. Sus amigos se acuclillaban junto a él para atenderlo.

—Bueno..., definitivamente vamos a tener que buscarnos otro club —dijo.

—¡Señor Trebarwith! —clamó uno de los miembros más respetados—. Ha cometido una falta al decoro inadmisible y...

—Sí, ya. Se lo puede ahorrar —interrumpió haciendo aspavientos con la mano que tenía libre—. No hace falta que me echen, soy yo quien no piensa volver a pisar este lugar mientras admitan a indeseables como Thonbert, por más hijo de un duque que sea.

Henry salió de allí junto a Cassandra, a través de un pasillo que se hizo entre el gentío. Al verle la cara de enfado, se apartaban a su paso. Charles se quedó mediando por él, Caverty trató de calmar los ánimos entre los amigos de Alexander, que ya planeaban venganza, y Arthur lo siguió.

—¡Henry! ¡Detente, por favor!

—Déjame, Arthur. Soy consciente de lo que he hecho, pero él se lo merecía.

—Que Dios me libre de juzgarte cuando lo que quiero es aplaudirte. Al fin vuelves a ser tú.

—No tenía que haber hecho nada, sé defenderme sola —dijo Cassandra.

—Ya nos hemos dado cuenta. —Arthur rio—. Bonito bigote, por cierto.

Ella se lo arrancó de una y lo puso contra el pecho de Belaford.

—Se lo regalo.

Él sonrió y lo guardó en el bolsillo, seguro que le sacaba provecho. Los siguió hasta la calle, donde, al ver a una dama vestida de caballero, los transeúntes se llevaron la mano a la boca, sorprendidos, y empezaron a cuchichear. Pronto alguien la reconoció, y un nutrido grupo se les acercó.

—Arthur, por favor, hazte cargo. Te juro que os escribo en cuanto... —Henry resolló, casi sin aliento—, me aclare.

—¿Vais al teatro?

—¿Al teatro? —Trebarwith frunció el ceño—. ¿Para qué?

—Apenas falta para la función.

—Mi función está cancelada —explicó la dama, confusa—. Le pedí a Joseph, que vela por mis asuntos como actriz, que la aplazase.

—Pues, o tiene sucias las orejas, o se ha hecho el sordo, porque yo he pasado por el teatro de camino aquí y los carteles no han cambiado.

—¿Qué dice?

Arthur no pudo contestar. La gente se les echó encima y se ocupó de retenerlos, mientras Henry y Cassandra huían hasta el carruaje de él. Allan, al verlos aparecer así, se extrañó. Fumaba un cigarro y leía el periódico, apoyado en una de las portezuelas. Lo tiró al punto y se puso el ejemplar bajo el brazo, para abrirles.

—Sácanos de aquí —le pidió Henry.

—¿Dónde, señor?

—Donde sea, pero fuera de Bath.

Asintió y subió al pescante. Apenas se habían sentado, inició la marcha. Cassandra y Henry estuvieron unos segundos en silencio, frente a frente, sin mirarse, concentrados en la vorágine de pensamientos que cruzaban sus mentes, sin terminar de creerse lo ocurrido. Henry, además, trataba de calmar el dolor de la mano. Hacía años que no daba un puñetazo y le ardía. Ella giró el rostro y percibió su gesto incómodo. Pronto se percató de que tenía los nudillos enrojecidos.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. —Se los frotó—. Lo estoy. ¿Y usted?

—Yo... —Agachó la mirada. Había en la de él cierto reproche que no pudo soportar—. Lo siento.

—¿Cómo se le ocurre entrar así en un club de caballeros y montar semejante escándalo? —le dijo muy serio—. ¿Quiere arruinar su reputación?

—Solo quería que todos supieran la clase de hombre que es Alexander Thonbert.

—¿Cree que alguien del club lo reprobará porque tenga una amante? ¿Porque prometa cosas que no va a cumplir? —Henry señaló fuera—. La mayoría de los que estaban ahí cometen o han cometido su mismo pecado. No van a tirar piedras contra su propio tejado. Usted, para ellos, es una alborotadora, y se lo harán pagar.

—No me importan las consecuencias. Dejaré Inglaterra. Nadie me volverá a ver.

Él se frotó la frente, como si pudiera hacer fluir sus pensamientos. Se sentía bloqueado. No quería ser brusco con ella y a la par deseaba hacerle ver lo mucho que se equivocaba.

—No diga tonterías.

—¿Que no diga tonterías? Esta noche iba a anunciar mi retiro, porque esa era una de las condiciones de Alexander para que nos casásemos, dejar los escenarios. Decía que no quería que fuera el objeto de deseo de los hombres si era su esposa. Maldito mentiroso... —Cassandra se deshizo del corbatín con furia y lo soltó sobre el asiento—. Ojalá arda en el Infierno.

—¿De verdad iba a dejarlo todo por él? —preguntó Trebarwith con sorpresa.

—Absolutamente todo.

—No entiendo a las damas. Se quejan porque los hombres las someten a una única forma de vida y, cuando tienen opción de elegir, lo dejan todo por ellos. Usted es libre viviendo de su arte, ¿por qué iba a querer subyugarse a nadie?

—Porque lo amaba, Henry. ¿Usted sabe lo que es eso?

Él agachó la mirada. Ella se dio cuenta de lo mucho que había metido la pata.

—Perdóneme, yo...

El joven alzó la mano, pidiéndole silencio. Ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos, pues los suyos estaban casi llenos de lágrimas. Durante unos minutos, solo se escuchó el traqueteo del carruaje, el bullicio de las calles, la respiración agitada de ambos que, nerviosos, querían decir tantas cosas como las que callaban. El silencio era terriblemente ruidoso en sus corazones.

—Puede que usted lo amase a él, pero está claro que él jamás la amó. De haberlo hecho, no le habría pedido por puro egoísmo que renunciase a lo que mueve su alma. Usted... —Henry clavó de nuevo la mirada en la de ella, y Cassandra reconoció ese brillo devoto que tanto probaba—. Usted es actriz. Si dejase los escenarios sería como si le quitasen el aire. Obligarla a dejar de actuar es condenarla a la muerte, y él... Si Alexander la hubiera amado de verdad, nunca se lo habría pedido.

Henry apartó la vista y la posó en el exterior. Le dolía mirarla; pensar que una mujer como ella hubiera caído en semejante patraña. Le dolía no poder estrecharla entre los brazos hasta que todo mal recuerdo se fundiera al calor de los cuerpos. Pero pensó que ella no estaría en condiciones de recibir esa clase de afecto. Hacerlo solo la confundiría más.

—Yo... —Cassandra cogió el corbatín y lo estrujó entre las manos. Tenía que descargar la tensión o se volvería loca—. Es posible que tenga razón, pero el amor nos ciega, Henry. Lo mismo que tiene el poder de volver en luz la oscuridad, cuando no es bueno apaga las luces y nos deja en la sombra.

—Eso no voy a negárselo.

—De todas formas, creo que cualquier hombre dispuesto a un compromiso conmigo me habría pedido lo mismo. En el fondo, Alexander no estaba haciendo nada diferente a lo que harían los demás.

—No, Cassandra. —Volvió el rostro hacia ella, serio—. Cualquier hombre no.

La dama supo que hablaba de sí mismo. Siguió descargando su inquietud en la prenda mientras pensaba qué decir. Tampoco sabía si quería hablar más o si serviría de algo. Sentía que solo un abrazo sincero paliaría su angustia. No esperaba que él la entendiese, solo que se quedase a su lado hasta que el dolor pasase.

—Lamento haberlo comprometido en un escándalo así por mi culpa.

—Yo no lamento nada. —Tragó saliva y esquivó de nuevo su mirada, posándola en la calle. Los edificios de Bath pasaban uno tras otro, con sus fachadas ocres, sus ventanas blancas y sus bonitas columnas—. Si le faltaran una vez más el respeto delante de mí lo volvería a hacer. Ya fuera Alexander Thonbert o el mismísimo duque de Wellington.

Pese a todo, en el rostro de ella se esbozó una sonrisa y le dio las gracias, mientras soltaba el corbatín y dejaba caer la espalda en el asiento, más calmada.

—¿A dónde se supone que vamos? —Quiso saber.

—A Pentargon House. Necesito cambiarme de ropa para ir al teatro. —Henry dio unos toques en el techo y pronunció la orden a Allan, que al momento le hizo caso—. Después iremos allí. Apenas queda tiempo para su función y ha de prepararse.

—¿Qué? —Volvió a ponerse rígida—. Ni hablar. Le he dicho que no quiero actuar, y menos aún después de lo que Alexander ha hecho. Ha arruinado mi vida y mi reputación. No podría subirme a un escenario después de esto.

Él alzó las cejas, mirándola contrariado.

—Actuará esta noche. Deje de decir lo contrario.

—Usted no me puede obligar a nada.

—¿Seguro que no?

Ella levantó las cejas también.

—¿Qué va a hacer si me niego?

—Cassandra, no me ponga a prueba. Habré heredado la dulzura de mi madre, pero cuando me enfado me parezco más a mi padre de lo que me gustaría.

—Dígale al cochero que me lleve a casa.

Él negó en rotundo.

— Entiendo su frustración, y no pretendo controlar su vida, pero creo que en estos momentos no está bien como para pensar por sí misma y necesita a alguien que tome la decisión juiciosa de la que usted no es capaz. Así que perdóneme si me excedo. Ya tendrá tiempo de juzgarme por ello después de actuar y aceptaré gustoso su reprimenda.

Cassandra tensó el mentón, dividida entre el anhelo de su alma y lo que la negrura impuesta sobre ella por la situación le pedía hacer. Pero el dolor era demasiado fuerte y no la dejaba ver el cielo más allá de las nubes.

—¿Es que no se da cuenta? Quiero desaparecer —dijo con amargura.

—Usted no quiere desaparecer. Solo quiere huir, y no es consciente de que lo sucedido irá con usted donde vaya. Y, aún peor, abandonar su carrera sumará angustia a su vida. Iremos al teatro, actuará y verá cómo después lo percibe todo con mayor claridad.

Una voz en su interior le dijo que respondiera un «sí». Otra, diabólica, la hizo pronunciar lo contrario.

—No iré.

Henry apretó los dientes.

—Le juro que le ataré las manos con el corbatín, me la cargaré al hombro y la dejaré en el escenario así mismo si vuelvo a oírla decir que va a dejar de actuar por culpa de ese sapo peludo de Alexander Thonbert. —Eso casi la hizo reír, pero guardó la compostura y lo escuchó atenta, pues Henry hablaba muy en serio—. Se lo juro por Dios, Cassandra. Usted es la mejor actriz de Inglaterra y él no es capaz

ni de recordar el orden de las letras del alfabeto. Deje de rebajarse por él. No lo merece.

—Y usted deje de decirme qué tengo que hacer.

Ella fue hacia la puerta y la abrió. Estaban en marcha, así que alguien en la calle gritó furioso: «¿¡Se han vuelto locos!?». Henry tiró de la puerta hacia dentro.

—¿Ha perdido el juicio?

Había puesto la mano junto a la de ella y, con el trajín del altercado, ninguno se había colocado los guantes: se rozaban sin nada que los separase. Miraron hacia ellas, abandonándose a la calidez del otro, olvidando la discusión. Ella alzó la mirada en pos de la de él. Henry le dio lo que le pedía y no se arredró ante el fuego que echaban las pupilas de la dama. La rabia por lo pasado se mezclaba con la impotencia de no ser capaz de hacer caso a Henry y sobreponerse. Y había en su mirada algo más: un deseo que la hacía vibrar. A él le ocurría lo mismo. En el fondo estaban librando una lucha. Aunque no fuera verbal ni física, la tensión entre ellos era palpable. Por sus mentes cruzó el mismo pensamiento: las ganas de arrojarse a los brazos del otro y devorarse con ansia animal eran más fuertes que las de seguir discutiendo. El mundo, a juicio de ambos, podía arder a partir de ese instante. No les importaría. Ya habían formado un escándalo. Podrían formar otro uniendo sus bocas y algo más en aquel carruaje. Henry se armó de valor para verbalizar su ansia de ella.

—Si sigue mirándome así tendré que besarla.

—¿Y por qué cree que lo permitiría? —Cassandra lanzó esa pregunta con los latidos desbocados, consciente de que nada deseaba más.

—Sus ojos expresan sus anhelos como un libro abierto.

Acercaron un poco más los rostros, hasta sentir la calidez del aliento del otro humedeciendo los poros de la piel. Respiraban deseo.

—Usted cree conocerme muy bien, Henry Trebarwith.

—¿Y no es así? Dígame que no es verdad que he sabido leer en su alma en pocos días como nadie lo había hecho.

—No es verdad.

—Qué bien actúa.

Ella sonrió.

—Ha dicho que soy la mejor actriz de Inglaterra, ¿no?

—Lo es. Aunque hay cosas que no pueden ocultarse ni llevando a cabo el mejor papel. Como que desea que la bese tanto como yo.

Un poco más cerca. Una mirada profunda. Un beso cautivo dispuesto a liberarse con ambición desmedida.

—Sí —reconoció ella, con voz suave, doblegada por las ganas de rozar los labios de Henry—. Lo deseo.

—Lo sé. —Sonrió atrevido, desbaratándola del todo, instalando el calor en su vientre—. Sin embargo, no creo que debamos besarnos.

La respiración de Cassandra se agitó a la par que fruncía el ceño.

—¿Por qué?

—Hoy han pasado demasiadas cosas y... —Henry miró los labios de la dama, evocaban una dulzura que se moría por probar—. No quiero que mañana se arrepienta de haber tomado alguna decisión equivocada.

—¿Cree que besarlo lo sería?

—Creo que besarme sería la peor de las decisiones en este momento. Sus emociones están desbordadas por lo ocurrido. No quiero que me bese por un impulso momentáneo. Quiero... quiero que me ame, Cassandra.

—¿Amarlo? —Ella sonrió estremecida ante la idea—. Pide demasiado.

—No me conformaré con menos.

—¿Si no lo amo no habrá beso?

Él negó con la cabeza.

—¿Nunca? —inquirió ella.

—Jamás.

Algo dentro de ella sabía una verdad que no había podido decir hasta entonces.

—¿Y si lo hubiera amado desde el primer momento en que lo vi?

El carruaje se detuvo y escucharon la voz de Allan. Les avisaba de que habían llegado a Pentargon House.

—Nada querría más que creerla, pero el amor no son solo palabras. Eso bien lo sabe. —Henry se separó de ella y la tomó de la mano, para besarla ahí, despacio, posando los labios con suavidad y separándolos del mismo modo, mientras la miraba a los ojos—. Y si es verdad que me ama, mi único deseo es que se ame más a sí misma y actúe esta noche. Nadie merece que usted abandone una parte de su

alma. Nadie.

Cassandra supo que no la besaría, y aunque pensó que se sentiría molesta, no fue así. Las palabras de Henry valían, en ese momento, mucho más que cualquier cosa. Estaba segura de ello. Estiró las comisuras de los labios hasta formar una sonrisa para él.

—Actuaré, pero a cambio de dos cosas.

—¿Cuándo hemos acordado que haríamos un trato?

Ella posó el dedo índice de la mano que tenía libre sobre los labios de Henry.

—Calle y escuche. No sea impertinente —le dijo con gesto divertido, correspondido de igual modo. Retiró la mano y siguió hablando—: Solo actuaré si ocupa un lugar en primera fila, donde pueda verlo.

—¿Quiere tenerme vigilado? De acuerdo, lo haré por usted. ¿Cuál es la segunda?

—Que me abrace. Que me deje estar en sus brazos, aunque sea por un minuto. —Se puso más seria, y él también—. En silencio. No le pido nada más. Solo que me abrace.

—Dios Santo, Cassandra —dijo él como si se librase de una pesada carga—. Hace rato que me muero por abrazarla.

Se sonrieron y él se movió hasta estar a su lado. Abrió los brazos, ofreciéndole cobijo en su pecho.

—Venga aquí. Yo cuidaré de usted.

Cassandra se dejó caer en él y suspiró al hacerlo. Henry era tan cálido como lo recordaba de aquella noche en Tintagel. Por un instante regresó a ese lugar apartado de todos, en el que la oscuridad reinante los resguardaba, alejándolos de sus fantasmas. En los brazos de Henry se sintió como en el hogar que una vez tuvo. En un sueño del que no quería despertar. Y él, que sonreía como el más afortunado de los seres, se sintió invencible mientras la abrazaba.

—¿Siempre es así de temperamental cuando se enfada? —le preguntó, atrayéndola contra el pecho.

—O peor.

—Pobre del que sea su esposo.

Ella, en señal de réplica, le dio un leve pellizco en el brazo y Henry se quejó, mientras reía.

—Es usted muy violenta.

—Lo dice el que ha atizado al hijo de un duque delante de medio Bath. —Alzó el rostro hacia él.

Él bajó la vista buscando la de ella. El deseo de besarla volvió a acuciarlo y frunció los labios mientras observaba los de Cassandra. Parecían tan suaves...

—No consiento que le falten el respeto a las personas a las que estimo —dijo, serio, aunque no grave.

Sus miradas volvieron a juntarse. Como dos pedazos de una misma tierra que hubieran sido separados tiempo atrás y a los que la naturaleza invitara a reunirse. Sus bordes estaban hechos para encajar. Ella sonrió y apoyó la cabeza en el pecho. Él reposó la mejilla en los cabellos de ella. Cerraron los ojos, dejándose llevar por el momento. Pasase lo que pasase después, no importaba lo más mínimo. Habrían podido estar así el resto de sus vidas.

Capítulo 12

Esa noche, Cassandra Emery deslumbró a todo el público. La crítica se rindió a sus pies; habitantes y foráneos aclamaron su actuación comparándola a la de una diosa. Había buscado en lo más profundo de su sufrimiento para dárselo a lady Macbeth: fueron compañeras de dolor. El final de la dama shakesperiana fue en cierto modo el de una parte de ella. Mató los sentimientos por Alexander en escena, recordándose sus mentiras. Pero no fue solo el dolor lo que le imbuyó la bravura y el temple necesarios para seguir adelante, también fue el amor. La presencia de Henry en el teatro, que no apartó los ojos de ella por un instante. Cuando se sentía perdida, buscaba en ellos el valor que le faltaba.

Henry aplaudió como nunca y la fue a ver a su estancia privada para abrazarla y felicitarla. Pronto se marchó, aunque ella no quería. Otros admiradores deseaban verla y comprendió que debía hacerse a un lado. Le pidió que disfrutase del éxito y la dejó, envuelta en flores y regalos, sintiéndose feliz pues sabía que, cuando todo terminase y Cassandra ya no fuera lady Macbeth, sería a él a quien iría a buscar.

A pesar de su éxito, al principio las cosas fueron complicadas a causa del escándalo. Cuando se corrió el rumor, hubo quienes castigaron a Cassandra con su ausencia. Sin embargo, ni Henry se separó de ella ni la actriz se rindió. Se vieron en público en más de

una ocasión y, una noche tras otra, mientras los aplausos rompían el silencio sobrecogedor que se creaba siempre que ella estaba en escena, la miraba orgulloso de sus logros. Sus actuaciones eran tan sublimes que pronto los rumores sobre lo ocurrido en el club de caballeros pasaron a ser un murmullo lejano del que, en cuestión de dos meses, Bath dejó de hablar. En primer lugar, porque muchos se marcharon a Londres y encontraron allí, en la incipiente temporada, otros chismes y distracciones. En segundo, porque Alexander no ayudó con su comportamiento, presumiendo por la ciudad de haber burlado a la intérprete, hablando de sus intimidades hasta escandalizar a todo el mundo. Puede que la dama se hubiera comportado de un modo inapropiado, pero él también lo estaba haciendo y perdió el respeto de algunas personas influyentes. Averiguaron, además, que si se casaba con la italiana era porque sus finanzas estaban mal. Solo le interesaba el dinero.

A pesar de los pocos instantes que podían pasar juntos, Henry y Cassandra los apreciaban como si estuvieran hechos de oro. Durante ese tiempo, él también la acompañó a teatros de otras localidades, hasta que la demanda por parte de los espectadores de Bath la hizo regresar para hacer unas cuantas funciones más.

Él la ayudaba con el guion cuando Nyneve no podía o cuando la animaban a tomarse ratos libres para disfrutar de la ciudad en compañía de Sophie, Georgiana y la tía Claire, de quien se habían hecho grandes amigas. Y siendo que la viuda McCreary y la tía de Susan también pasaron en Bath unos días, hacían un grupo estupendo y admirado.

—Al fin y al cabo —le dijo un día a Henry, mientras se hallaban en la cámara privada del teatro después de un largo día de ensayos—, es una muchacha joven y ha de disfrutar de los placeres de la vida. Ya he abusado mucho de su compañía; más que una hermana a veces ha sido como mi doncella. Incluso me cepilla el cabello todas las noches.

—Eso podría hacerlo yo, si quieres. —Tras los días juntos habían empezado a hablarse de manera menos formal cuando se hallaban a solas—. Me encantaría, de hecho.

Eran más de las once; pronto se separarían. Le pareció una buena excusa para arañar al tiempo unos minutos para estar juntos. Cassandra accedió y se sentó frente al tocador. Henry, tras ella, tomó

el cepillo. Con una habilidad y delicadeza sin igual, peinó el precioso cabello de la dama. Ella se dejó llevar, saboreando el momento. Disfrutando de su cariño; de las manos sedosas de él, que le rozaban a veces el cuello o la mejilla.

—Lo has hecho antes, confiésalo. Pasas tus ratos libres en algún salón peinando a damas.

Él rio.

—He peinado a Sophie muchas veces. Decía que las doncellas le daban tirones y que no confiaba en ellas. Y como yo acostumbraba a peinar a mis caballos, un día se le metió la idea de que, si peinaba tan bien una crin, lo haría igual con su pelo.

—¿Y fue así?

—Sí. Aunque Sophie se quejaba más que mi yegua. Y también daba más coces.

Fue entonces Cassandra la que rio.

—Seguro que aprendiste a hacer trenzas.

—¿Quieres que te haga una?

Ella asintió.

—La haré en cuanto terminé de cepillarte —prometió—. Me encanta tu pelo. Tienes el negro más oscuro que he visto nunca. Es como contemplar brillante ónice.

—Gracias. Lo heredé de mi tía y ella solía decirme: «Ahora tienes el pelo de azabache, pero cuando te hagas mayor, tus canas serán de plata».

—Será igualmente hermoso. Lo peinaré también entonces, si gustas.

Sus miradas se encontraron en el espejo con el deseo de permanecer juntos hasta entonces. Aunque no habían hablado del futuro de forma directa, en su día a día, lo expresaron de muchas maneras.

—¿No buscarás a otra dama que no haya encanecido?

—¿Buscarás tú a otro que tampoco lo haya hecho?

Cassandra negó con la cabeza.

—Me gustan tus rizos. Y deben de verse muy hermosos pintados de blanco. Cortaría uno y lo guardaría por siempre en una joya, cerca de mi corazón.

Henry localizó con la mirada unas tijeras y soltó el cepillo sobre el

tocador para cogerlas. Después las puso en la palma de la mano de Cassandra y se arrodilló a su lado.

—Elige uno.

Ella, ilusionada, escogió el más encaracolado de todos, que caía cerca de la nuca. Con sumo cuidado, lo cortó, disfrutando de tan íntimo momento. De tener a Henry a esa altura y poderlo ver desde otro ángulo. Sus pestañas le parecieron incluso más largas y espesas. Y sus labios... sus labios igual de hermosos y apetecibles que siempre. Si tuviera que hacer cuentas de las veces que había deseado besarlo después de esa conversación en el carruaje, no sería capaz: habían sido demasiadas. Tampoco podía contar las que había suspirado por él, ni cuando se dio cuenta de que los recuerdos amargos de Alexander ya no importaban. No ocupaba el mismo espacio en su corazón que antes, ni para lo bueno ni para lo malo. Ahora le pertenecía a Henry. Y quería seguir probándoselo, tal y como él le había pedido, antes de dar un paso más.

—Dámelo. —Henry extendió la mano hacia ella.

—¿No era para mí?

—Sí, pero no así.

Aunque frunció los labios con disgusto, se lo dio. El joven lo envolvió en su pañuelo y lo guardó en el bolsillo de la levita. Cassandra intentó sonsacarle qué iba a hacer con él, pero no soltó palabra. Retomó la labor de peinarla, disponiéndose a hacerle la trenza mientras cambiaba de tema.

—Siempre he tenido curiosidad por saber por qué quisiste dedicarte al teatro —le dijo, a la par que separaba el cabello en tres partes.

—Lo llevo en la sangre. Mi padre fue actor y profesor de arpa.

La sorpresa casi lo hizo errar con el cruce de cabellos.

—¿Te he dicho alguna vez que el arpa es mi instrumento favorito?

—Podría tocarla para ti algún día, él me enseñó.

—Me encantaría. —Henry le sonrió a través del espejo y después le pidió que continuase.

—De pequeña lo veía actuar, prepararse para los papeles. Él era feliz en esos momentos, pero... verás, había quienes lo querían mal e hicieron lo imposible por destruirlo.

—¿Quiénes?, si puedo preguntar.

—Mis abuelos. Mi madre era hija de un barón. Ya podrás imaginarte que mi padre era su instructor de arpa. Se enamoraron y se fugaron juntos. Se amaban muchísimo. Más de lo que he visto amarse a nadie. Y aunque él intentó darle una vida de riquezas, no fue posible, porque allá donde iban las puertas se les cerraban. Mi abuelo era muy influyente. Tenía amigos en todas partes.

—Entiendo. —Henry tragó saliva. Su padre tenía ese mismo poder si se lo proponía, y eso lo asustó. El eco del primer escándalo se había diluido, pero ¿soportarían un segundo?—. Debió de ser muy difícil.

—Pasamos hambre y penurias, pero fuimos felices los cinco: mis padres, mi hermano mayor, Nyneve y yo, hasta que la muerte llegó un invierno para llevárselos a los tres, y nos quedamos solas. Yo tenía doce años. No iba a consentir que acabásemos en un orfanato a expensas de alguien desalmado. Me prometí que triunfaría en nombre de mi padre. Nunca pasaríamos hambre de nuevo. Rebusqué entre las cosas de él, cogí un vestido de mi madre, y hallé la manera de aparentar más edad. No me costó demasiado. Siempre he sido... —se miró los pechos, generosos— adelantada en este aspecto, ya me entiendes.

Henry apenas posó los ojos sobre ellos unos segundos y sintió el calor dominándolo. Cassandra tenía ese efecto sobre él.

—Sí. Te entiendo.

—Fingía no ser una niña; Nyneve hacía de mi doncella. Me gané la vida con pequeñas interpretaciones. Actué en Drury Lane. Aunque en esa época tuve una función mal recibida. Mi abuelo se encargó de ello. Dejé Londres por un tiempo para alejarme de su sombra. Suerte que no tardó en morir —dijo sin remordimiento—. Fui afortunada pues conocí a quien fue mi esposo y me ayudó lo indecible. Cuando faltó... —Se perdió un instante en los recuerdos—. Lo eché mucho de menos, aunque fui afortunada de que Joseph, su hermano, se hiciera cargo de mis asuntos tan bien como él. En aquellos tiempos viajé con algunas compañías de teatro, actuando en York y Bath mayormente.

Henry le habló de las obras que la había visto interpretar en esos días, pues fue entonces cuando la conoció. Las rememoraron, con ánimo, hasta que ella siguió narrándole sus circunstancias.

—Un día regresé a Londres y la fortuna me sonrió, pues mi interpretación en *Isabella, or the Fatal Marriage* encandiló al público

y... el resto creo que ya lo sabes.

—Tu abuelo debe de estar retorciéndose en su tumba.

—Eso espero —dijo ella, con aplomo.

Henry terminó la trenza, baja, y le mostró el resultado poniendo un espejo de mano enfrentado al grande. Ella quedó fascinada.

—¿Qué te parece si te contrato como mi asistente?

—Seguro que me da menos problemas que entrar en política.

Cassandra rio y después soltó un largo suspiro.

—Estoy cansada, pero siento que si me metiese en la cama no lograría dormir. No me digas que no te apetecería salir un rato.

Henry soltó el espejo y miró su reloj de bolsillo.

—Me temo que a estas horas no encontraremos ningún lugar decente al que acudir.

—Entonces vayamos a uno que no lo sea —dijo con la aventura en los ojos—. Un hombre como tú ha debido de estar en esos sitios que todo el mundo sabe que existen..., pero que todos dicen no conocer.

Henry se rio. Durante una época frecuentó algunos locales en las zonas menos elegantes de la ciudad. Primero fue por acompañar a Arthur, después porque su afán por ayudar a los más necesitados lo había llevado a conocer a muchas personas cuyas vidas en nada se parecían a las que se veían en los grandes salones de Bath. Gente que trabajaba donde nadie quería, vendiendo su alma por un trozo de pan. Ellos también necesitaban distracciones y se reunían en tabernas que, aunque mugrientas, servían buena cerveza y whisky, y amenizaban el rato con canciones para recordar la tierra o la infancia a las que dijeron «adiós» para no volver.

—Muy bien. Pero bajo ningún concepto podemos ir así, o... nos desplumarán. Olemos a Upper Rooms a millas.

Cassandra abrió un baúl y empezó a sacar ropa. La dejó sobre el sillón, mientras Henry, divertido, la observaba. Ella se movía en el teatro como pez en el agua, y en aquella estancia en particular disfrutaba mucho, pues tenía cosas que le encantaban. A él le gustaba porque estaba llena de prendas, disfraces, pelucas y toda clase de adornos. Era como entrar en un mundo que, aunque caótico, tenía un sentido artístico muy hermoso. La dama tomó dos pantalones, uno en cada mano, y levantó el más claro.

—¿Qué prefieres? Chico de campo que trabaja en una fábrica de

algodón o... —alzó el otro—, porteador sin un chelín para hilos porque... por Dios, ¿cuántos agujeros tiene esto?

Henry rio.

—Creo que prefiero ser un chico de campo.

Ella sonrió ruborizada, pues lo había imaginado por unos instantes segando entre cebada en pleno verano. Sin blusa. Carraspeó, nerviosa, y le tendió el atuendo.

—¿Has llevado alguna vez bigote?

Henry negó con la cabeza, y ella rebuscó en un pequeño cofre hasta sacar uno similar al que llevaba cuando se coló en el club. Le aplicó una pasta blanquecina y pasó el dedo pulgar entre la nariz y los labios de él. Esa cercanía los invitó a mirarse a los ojos. Cassandra deslizó el dedo y terminó por rozarle las comisuras. Henry contuvo el aliento.

—¿Crees que me sentará bien? —dijo.

—A ti todo te sienta bien.

Con un gesto atrevido, posó el bigote falso sobre la piel de él. Pasó los pulgares varias veces, hasta pegarlo. Después lo observó con interés.

—Pareces un miembro del Parlamento.

—La idea es parecer un chico de campo.

—Un chico de campo que consigue llegar a miembro del Parlamento porque no soporta las condiciones de vida de la gente como él, y quiere luchar por ellos.

Eso le arrancó a Henry una sonrisa.

—No tienes remedio. Te has obstinado en persuadirme y no cejarás en tu empeño.

—No quiero que desperdicies tu vida cuando podrías hacer grandes cosas. Eso es todo. Bien, ¿qué me pondré yo?

—Tú... podrías ser la hija del molinero que ha venido a Bath a trabajar como doncella de una marquesa.

Cassandra asintió convencida.

—Y la hija del molinero conoce al chico de campo, por supuesto. Fueron amigos en el pueblo —inventó mientras rebuscaba entre las ropas. Él no la perdió de vista, al tanto de cada uno de sus elegantes movimientos que, en según qué momento, se tornaban de lo más sugerentes—. Bueno... algo más que amigos.

Le guiñó un ojo a Henry, haciéndolo sonreír una vez más.

—Me muero de ganas de saber qué pasó después.

—En una fiesta que organiza la marquesa, él irrumpe para denunciar al terrible marqués, cuyas fábricas de algodón están llenas de esclavos. Entonces, la ve. —Cassandra se coló detrás de un panel de madera para cambiarse, y posó las prendas usadas en la parte superior de este, colgando a uno y otro lado. El calor volvió a Henry, al imaginársela casi desnuda a tan pocos pasos—. Hay un gran revuelo y lo echan de allí. Casi lo muelen a palos, pero ella interviene y lo protege. Lo lleva a su dormitorio, lo cura y entonces...

Salió de detrás del panel, con un aspecto por completo distinto, aunque igualmente hermosa. Era, sin duda, la hija de un molinero.

—¿Y entonces? —Henry estaba intrigado en la historia.

Cassandra caminó hasta estar frente a él.

—Ella le dice: «Qué distinto estás con este bigote». —Pasó los dedos por él, haciéndole cosquillas a Henry, que rio—. «Distinto, pero igual de guapo que siempre».

Él alzó la mano y acarició la mejilla de Cassandra.

—Tú también estás muy hermosa. No hay un solo día en que no lo estés.

—Eso son tus ojos. Me miran con una devoción que no merezco.

—Yo creo que mereces toda la del mundo.

—¿Aunque solo sea la hija de un molinero?

—Aunque fueras la hija de un ratón de campo.

Cassandra rio y pasó las manos por los hombros de Henry, hasta posarlas en la nuca, enredando los dedos en las sortijas del pelo. Se quedó muy seria, mirándolo a los ojos, buscando en ellos la respuesta a todas sus preguntas. Y la primera que pudo contestar fue que Henry era el amor de su vida, pues solo él le había dado tanta paz y cariño a cambio de tan poco. No había tenido que entregarle sus labios aún, ni tampoco su cuerpo, eso que muchos otros habían codiciado. Solo le había dado su compañía. «Solo». Cassandra no estaba acostumbrada a eso. Le costaba entender que, para Henry, lo que verdaderamente valía era cuanto ella le había enseñado en esos días: el alma. Que los asuntos del cuerpo eran deseables, sí, pero nada había más importante que la conversación de dos almas afines, pues si esas se entendían bien, lo demás llegaría si tenía que llegar. Pero al fin lo comprendió. Y

habló su mismo lenguaje.

—Creo que te amo, Henry Trebarwith —dijo.

La sonrisa del joven fue el reflejo de la felicidad de su espíritu. Nunca había sido tan dichoso. Supo que había llegado el momento que tanto había esperado.

—Yo también te amo, Cassandra Emery. Desde hace años. Desde hace cien vidas.

Despacio, acercó el rostro al de ella. La dama lo buscó con idéntico anhelo. Cerraron los ojos a la par, dejándose llevar. Las manos de ella, entrelazadas con los rizos de Henry; las de él, tomando el suave rostro de su amada. Los cuerpos tan pegados como les era posible. Así estaban cuando los labios hablaron su idioma, único, húmedo, deseado. Una conversación que se prolongó por largo rato, pues los dos habían esperado el momento y no querían separarse. Hablaron con los labios hasta que les ardieron. Hasta que la emoción los llevó a abrazarse con fuerza, a repetirse cuánto se amaban.

Esa noche, la hija del molinero y el chico de campo recorrieron algunas de las partes menos recomendadas de Bath. Lo hicieron de la mano, entre risas, comiéndose a besos a cada tanto, encontrándose en la oscuridad de algún callejón que se prestaba a dejar volar al deseo; a permitir a las manos recorrer los cuerpos sobre la ropa. Todo lo que habían contenido quería manifestarse y hubieron de refrenarse para no acabar más enredados de la cuenta. De taberna en taberna, bebiendo más whisky de lo recomendado, bailaron incluso danzas que no conocían, cantaron viejas canciones que no se sabían. Sobre todo, rieron. Y como Henry no solía beber, acabó con una borrachera que habría sonrojado al mismísimo Arthur Belaford. Empujado por ella, terminó apostándose con Cassandra que no era capaz de bañarse desnuda en el Avon. Suerte que tenía por amigo a Arthur y conocía un lugar recóndito del transcurso del río donde poder cumplir con la apuesta sin poner en riesgo su dignidad siendo vistos.

Cuando fue a buscar al cochero, con ese atuendo y esa embriaguez, Allan, acostumbrado a verlo de lo más formal, casi sufre un infarto. Pero era su obligación cumplir con los deseos de su señor, así que lo llevó junto a Cassandra a aquella zona del río, alejada de la ciudad, en el camino a Adler Park. Dejó el carruaje apartado para esperarlos, y los observó perderse en la noche plateada, pues la luna

estaba llena. Una vez en la orilla, perdiendo todo miedo y pudor, Henry se desprendió de las ropas.

—No sé qué llevaba ese whisky, pero... bendito sea —dijo ella para sí, contemplando la desnudez del caballero, de arriba abajo.

Él se lanzó al agua y ella frunció el ceño, pues se había quedado sin espectáculo.

El Avon estaba helado, pero Henry resistió. De hecho, no le vino nada mal, porque le despejó la cabeza, aunque no lo suficiente como para emitir un juicio sobre el hecho de que se había desnudado delante de ella sin más.

—Cassandra, el agua está estupenda, ¿por qué no vienes a bañarte? Te dije que me metería y he ganado la apuesta. Exijo mi recompensa.

—¿Cuál sería esa recompensa? —Ella se lo olía, y sonrió.

—Que vengas aquí a darme un beso.

—Suena tentador...

—Es tentador. —Él le hizo un gesto pícaro para que se acercase. Aunque el agua le cubría hasta la mitad del pecho, hacía pie donde estaba—. Ven, quiero tenerte cerca.

Cassandra se fijó en sus labios, seductores.

—Has perdido tu bigote, ¿sabes? —le dijo.

Henry lo buscó con la mirada y lo vio sobre las rocas de la orilla.

—Supongo que te has quedado sin tu chico de campo.

—También me gusta mucho mi chico de ciudad.

Él le dedicó una sonrisa tan hermosa que la alentó a acercarse. No lo pensó más. Siempre había sido atrevida y no quería quedarse atrás. Además, se moría por besarlo. Se quitó las prendas, una a una. Henry, con el descaro que le otorgaba su estado, la miró atento, recreándose en las curvas de su cuerpo. Era tan perfecta como la había imaginado.

La muchacha entró despacio en el agua, dejándose ver, disfrutando de la forma que él tenía de mirarla. No sentía vergüenza alguna por mostrarse así pues nada de vergonzoso había en ello. Cuando llegó junto a él, se colgó de su cuello. Henry posó las manos en las generosas caderas de la dama y la miró a los ojos. Ella observó el trayecto del agua que resbalaba por los cabellos de él dibujando surcos en su rostro. Besó cada una de las gotas, hasta llegar a las que caían en los labios. Y entonces los mordió despacio. Henry soltó un

gemido y se fundieron en un largo beso. La joven se sujetó más a él y lo rodeó con las piernas. Sus partes más íntimas quedaron en contacto. Con aquel movimiento, las manos de él se resbalaron hasta rozar las nalgas de Cassandra. Qué nervioso estaba. Si ella notaba su temblor, al menos podría achacarlo al frío del agua. Se besaron un poco más y la dama percibió entonces su inquietud.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Nada. —Henry esquivó su mirada—. Es solo que...

Cassandra lo tomó por el mentón y lo obligó a mirarla.

—¿Qué sucede, mi amor?

—Yo nunca...

No fue capaz de hablar más. Incómodo, se sonrojó, preguntándose qué pensaría ella cuando lo supiera. La sabía más versada en esas lides.

—¡Henry! —Se llevó la mano a la boca, con gesto sorprendido—. ¿Nunca has estado con una mujer?

—Lo dices como si fuera un crimen.

—Perdóname, se supone que a los caballeros se os instruye en tales asuntos antes de llegar al matrimonio, pensé que...

—No todos somos así. Algunos preferimos esperar al amor de nuestra vida. Creo que un primer encuentro ha de ser especial y no basarse solo en el puro instinto carnal.

—¿Dices que tu hermano Paul es el clérigo?

—No te burles de mí. —La miró serio—. Estoy revelándote mis más íntimos secretos.

—Me resulta terriblemente extraño. Lo siento.

—Está bien, lo merezco. Premio para el peor caballero y el menos hombre de Bath, pues no se ha entregado a la primera dama que ha pasado por su vida.

El disgusto de Henry la entristeció; que volviese a esquivar su mirada mucho más.

—No es eso, Henry. —Le acarició la barbilla con suavidad; él volvió a mirarla—. No eres menos hombre por eso. Siento si parece que lo pienso. De verdad, lo lamento. Nunca he conocido a nadie como tú. Y te amo. Te amo con todas mis fuerzas.

Él se notó más calmado y la abrazó soltando un suspiro.

—Yo también te amo, Cassandra.

Se quedaron así por unos segundos, pero la atmósfera se había enrarecido.

—¿Quieres salir? —preguntó ella, pues supuso que no tendría ganas de estar allí.

—Sí, por favor.

Nadaron hacia la orilla y Henry le tendió la camisa a Cassandra para que se secase.

—Me pondré solo los pantalones. No creo que las ranas se asusten. Me han visto desnudo.

El croar de una pareció responder y rieron, relajando la tensión. Henry usó el chaleco para secarse. Entretanto, se echaron miradas furtivas, sonrojadas y curiosas. Fue un momento bonito a pesar de todo. Cuando se vistieron, Cassandra miró al cielo.

—No quiero irme a casa. Me quedaría aquí toda la noche viendo las estrellas. ¿Hace cuánto no las contemplas?

—Ni un segundo.

Ella vio que la estaba mirando.

—Ay, Henry... —Sonrió y se acercó para besarlo.

Él la abrazó y después la besó en la punta de la nariz.

—Iré al carruaje a por una manta y nos tumbaremos a verlas, hasta que tú quieras.

Y así lo hizo, y ese «hasta que tú quieras» se convirtió en un «hasta pasado el amanecer», pues en los brazos del otro terminaron por quedarse dormidos a la orilla del Avon, bajo un precioso cielo de estrellas. Tan brillantes que ni la luna llena conseguía apagarlas del todo. Tan brillantes como su felicidad.

Capítulo 13

Tras ese encuentro, todo entre ellos siguió un curso natural. Compartían los ratos libres y él acudía cada noche a verla para peinarle el cabello y, entre besos, recordarle lo mucho que la amaba. En ocasiones se colaban entre la tramoya para investigar sus rincones. Otras se subían al escenario y fingían ser Romeo y Julieta, reinventando el final en uno menos amargo. Pocas veces ese teatro había visto tanta pasión. Su complicidad fue en aumento. Su amor creció de forma exponencial. En ese pequeño mundo que habían creado, parecía que nada pudiera separarlos.

Durante días, todo fue felicidad. Acudieron juntos a un sinfín de eventos. Un baile en las Upper Room, dos veladas privadas, un espectáculo de luces en Sidney Garden, una fiesta en casa de los Belaford, otra en casa de los Hope. Y también en Adler Park y en Lannely, organizadas por Susan y Georgiana. No había rincón de Bath, y posiblemente de más allá, en el que no se hablase del romance entre el hijo del conde de Trevanyon y la actriz. Una unión escandalosa y reprobable para unos; para otros, de lo más romántica y valiente. Los primeros se hacían a un lado cuando los veían, clavando la vista en otro lugar o indicándoles con la mirada su desprecio. Los segundos, en cambio, les abrían sus puertas y su amistad. Cuando lo primero sucedía, Henry y Cassandra se dedicaban una sonrisa, incluso se

tomaban de la mano, sin pensar en nada más. No obstante, nadie los juzgaba más lejos de un cuchicheo en tanto que su relación no se formalizase. Los hombres como él a menudo se echaban amantes como ella. Después de todo, era lo normal.

Más allá de los momentos con Cassandra, como a Henry lo habían sancionado en el club y no podría regresar hasta que no hicieran evaluación de su conducta y una votación, se reunió con sus amigos de forma alterna en las casas de unos y otros. Una mañana estaban en Lannely Park, la residencia de los Caverty, en el salón, cuando a su reunión se unieron Susan, Georgiana y la tía del vizconde, lady Gleann. Fueron bien recibidas, pues llevaban rato solos y renovar la compañía sería refrescante para su conversación.

—¿Vais a ir al teatro hoy? —preguntó Georgiana, después de que se pusieran al corriente de las últimas novedades en la ciudad.

Lady Gleann la miró como si se hubiera vuelto loca.

—No deberían acudir a una sola función mientras actúe esa dama. ¡Después del escándalo en el que se vio envuelta! No le basta con el pecado de ser actriz, además no sabe respetar el espacio de los caballeros. —Cruzó las manos en el pecho con sentida afectación—. Dónde vamos a llegar. Deberíamos volver a los tiempos en los que solo los hombres se subían a una tarima. Tiempos más decentes, desde luego.

—A mí me gustan las actrices, tía —le dijo la vizcondesa, bajo la atenta mirada de los caballeros y en especial de Henry—. Es mucho más natural que sea una dama quien interprete a un personaje femenino. Nosotras conocemos mejor nuestros sentimientos para ponerlos en escena.

—Eso es contradictorio, Georgiana —rebatió la mayor—. Son principalmente hombres quienes escriben las obras, por lo que sus personajes femeninos bien pueden ser interpretados por varones.

—Entonces quizá debería de haber más damas escritoras, ¿no cree, lady Gleann? —intervino Susan.

Caverty y Charles se miraron entre ellos. Entre sus amadas iban a provocar una tormenta. Lady Gleann detestaba que le llevasen la contraria o la rebatiesen. Henry, en cambio, sonrió; no podía estar más de acuerdo. Entretanto, Arthur se rio por lo bajo y bebió para disimular.

—Los jóvenes piensan que deben cambiar el mundo, pero el mundo está bien como está —declaró la tía—. Las damas en el hogar, cuidando de sus esposos y sus hijos: ese es el orden natural de las cosas. Es decoroso que una mujer entretenga a sus amistades en reuniones privadas; más allá de eso, no es bueno para su reputación. Esas jóvenes que se dedican al teatro... —De haber tenido un abanico, lo habría usado con vehemencia para insuflarse el aire que le faltaba con solo pensar en eso—. Deberían subirlas en un barco y enviarlas a las Colonias.

—Lamento que no encuentre divertimento en tal arte, lady Gleann —dijo Henry—. Lo considero una actividad entretenida y hay actrices de talento desbordante.

—Como tu bella Cassandra —pinchó Arthur—. Solo llevas unas horas sin verla y hasta tu rostro se vuelve pálido.

—Es una gran mujer. Y ya sabéis que siempre he admirado su carrera.

Lady Gleann lo censuró con la mirada.

—No crea que no sé que estuvo implicado en *el escándalo* del club de caballeros —lo dijo con tanto ímpetu que de haberlo escrito le habría puesto mayúsculas—. ¿Qué opina su padre de eso? Es el hombre más recto de Inglaterra.

—Ciertamente, no sé qué opina de lo que usted llama «el escándalo».

«Y tampoco tengo ganas de saberlo», pensó nervioso.

—Lo reprobará, desde luego. Y con gran acierto. Recuerdo que una vez lo oí decir que preferiría asistir a una ejecución que ver a una dama subida a un escenario —contó ella—. Lord Trevanyon siempre ha sido un hombre juicioso. Él sabe que las actrices son una enfermedad para la sociedad: llevan a los hombres al libertinaje.

—¿Y eso qué tiene de malo?

Caverty le dio un codazo a Arthur y lo regañó en voz baja.

—No alteres más a mi tía.

Lady Gleann no pareció haberlo escuchado, por lo que se salvó de una reprimenda. Belaford frunció los labios, mirándola, y puso los ojos en blanco. Henry, por su parte, carraspeó incómodo. Por respeto no iba a discutir con una dama como ella, pero en su fuero interno le habría contestado y no con gentileza.

Georgiana estuvo a punto de replicar. A ella le gustaban el teatro y las actrices, incluso las que tomaban papeles de hombre. Lo encontraba curioso y diferente. Además, Cassandra era encantadora, educada y de buena conversación. Amante como ella de la lectura. Y hacía feliz a Henry, lo que le parecía aún más importante.

—Pues usted puede quedarse en casa si quiere, tía, nosotros iremos al teatro —dijo en cambio—. ¿Verdad, querido esposo?

Caverty asintió. Nada le complacía más que cumplir sus deseos.

—Nosotros también iremos —informó Charles, tras consultarlo con Susan.

Después de reprobarlos con un gesto, lady Gleann dijo:

—Me quedaré leyendo un libro.

—Le recomiendo *Fanny Hill* —soltó Arthur.

A excepción de la mujer, los demás atravesaron a su amigo con la mirada; él se cubrió la boca, disimulando una risa. La novela tenía un alto contenido de escenas íntimas.

—¿Lo tenemos en la biblioteca? —preguntó lady Gleann, inocente.

—No, tía. No. Le traeré otro mejor que ese. —El vizconde se puso en pie—. Si queremos ir al teatro será mejor que nos pongamos en marcha o se nos hará tarde.

Al poco despejaron el salón y se separaron, no sin que Caverty regañase a Arthur y este se excusase diciendo que nada había más divertido que escandalizar a su tía. Él y Henry ocuparon el mismo carruaje, pues iban en igual dirección.

—Tú también deberías leer *Fanny Hill*, quién sabe si sus enseñanzas no serán necesarias si sigues viéndote con la actriz —le dijo, a medio camino.

—Yo no busco en ella solo placer, Arthur. Mis sentimientos por Cassandra son sinceros y no daré un paso adelante hasta que haya olvidado a Alexander por completo y su corazón sea libre del todo.

—Querido amigo, despiertas en mí emociones de lo más contradictorias. Por un lado, admiro tu forma de ver el amor, como si fuera el acto más excelso de cuantos puede llevar a cabo el ser humano; por otra parte, me exaspera tu inacción. ¿Cómo puedes resistirte a una mujer así? ¿Cómo puedes verla y no tener la necesidad de arrancarle la ropa y llevarla al éxtasis?

—Porque tú ves los dos actos como algo separado y para mí son

una sola cosa: amor y pasión; sexo y cariño. Dos caras de la misma moneda.

—Nunca has estado con una mujer. ¿Y si tu relación con Cassandra avanza y compartís intimidad? Ella es una dama versada en hombres, querrás estar a la altura. ¿Te llevo a la casa de Madame Dubois? Allí te enseñarán todo lo que necesitas.

—Sabes que solo piso los burdeles si es para ayudar a las muchachas, no para aprovecharme de ellas.

—Qué difícil es corromperte, Henry Trebarwith —Arthur suspiró risueño—. Eres peor que una novicia que conocí en España. Aunque al final, ella...

—Creo que ya sé cómo termina esa historia.

Belaford puso cara de pícaro y dijo:

—Ni te lo imaginarías.

Rompieron a reír, y pasaron el resto del trayecto hablando de otros asuntos, como la boda de Charles y las ganas que tenían de verlo casado con Susan, pues se amaban cada día más. Henry dejó a Belaford en su casa y se dirigió a Pentargon House. Solo la ocupaba él en esos días, por lo que le extrañó escuchar revuelo antes de entrar. Cuando el mayordomo lo recibió, supo a qué se debía.

—Sus padres están en Bath, señor.

Henry sintió deseos de darse la vuelta. Su presencia allí era un incordio. Al menos por parte de su padre. Con lady Trevanyon se podía contar.

—¿Se encuentran en la casa? —preguntó, mientras otro sirviente le recogía los guantes, el sombrero y el abrigo.

—No, señor. Están tomando las aguas con la señorita Sophie y lady Merethly. Dice que lo verán esta noche en la cena.

—Dígales que he salido al teatro y nos veremos en el desayuno.

—De acuerdo, señor.

El joven subió a cambiarse. Se dio un baño, quería estar impoluto para ver a Cassandra, si es que podía. En la última semana había estado tan ocupada que apenas tuvieron tiempo para encontrarse si no era en el teatro. Ensayaba cada mañana, comía con gente importante cada tarde y en las noches tenía función. Solo descansó el domingo, y el agotamiento la tuvo todo el día en reposo. Él le hizo compañía, leyéndole sus poemas favoritos, tomando té con bollitos y dándole

conversación.

Pensó en las ganas de bailar con ella en alguna fiesta; de estrecharla entre los brazos. Había habido acercamientos más íntimos, en los que las bocas se habían buscado con mayor deseo: mordidas, lamidas. Hallándose las lenguas en una dulce rendición. Las manos habían paseado sobre las ropas con ardiente necesidad. Pero nunca habían dado un paso más. El recuerdo de lo cerca que había estado de ella lo dominó; todas esas veces en las que el deseo lo poseyó mientras mordía el cuello, la boca, el camino a los senos, llegaron a su mente. Se sintió estúpido por haberlas dejado pasar, porque Cassandra, sin duda, parecía desear más. Debía de haberse arrojado al fuego, pero su deber de caballero le pidió que la respetase, que esperase que el duelo por Alexander pasase. Se arrepentía de no haber cruzado antes esa barrera entre el deber y el placer. La distancia entre ambos había incrementado la necesidad de tenerla hasta equipararse a la de respirar.

Cerró los ojos y apoyó la nuca al borde de la bañera. La imaginó con él allí. Con el cuerpo desnudo y resbaladizo; con la espuma del jabón cubriéndole a retazos la piel, escondiendo rincones íntimos, velándole los pezones y el sexo. Se imaginó vertiendo agua despacio sobre ella, ocupando con la boca los lugares ahora descubiertos. Los pechos de Cassandra, húmedos, eran tersos y hermosos. El deseo de Henry fue a más y coló la mano por debajo del agua, buscando darse placer. En su imaginación, ella gemía mientras él le recorría la piel descubriendo sus más prohibidos dones. Pensar en el rostro excitado de su amada, recrearla así, endureció su miembro de una forma apenas soportable.

Aceleró el ritmo de las caricias. En su mente, ella lo deseaba también y le pedía que la tomase. Le decía que quería tenerlo muy dentro. Y sin dejar la bañera, Cassandra lo montó de un modo desenfrenado y dulce a la par, con las puntas de su negro cabello en el agua, cayendo más allá de la cintura, mientras arqueaba la espalda entregándole más los pechos, con el cuerpo prendido por el placer y el deseo. Y a la par que Henry se derramaba, lo hicieron ambos en esa ensoñación. El joven pronunció el nombre de Cassandra entretanto, casi con desesperación. Se moría por ella: en cuerpo y alma.

Apenas se había saciado, soltando la última exhalación, sin tener

tiempo de racionalizar lo sucedido, si es que un acto así requería del juicio de la razón, llamaron a la puerta. Henry carraspeó, comprobó que las muestras de su momento íntimo no hubieran quedado a la vista, y dio paso. Era uno de los criados, con un recado.

—La señora Emery está en el salón recibidor, señor, y pregunta si puede verlo.

Henry casi se atragantó con su propia saliva. Había estado pensando en ella y ahora la tenía cerca. Salió de la bañera con premura. Todavía estaba algo erecto, por lo que el criado simuló no haber visto nada, con la mirada en el techo.

—Dígale que estaré con ella enseguida.

Ya a solas, Henry se vistió tan a prisa, sin pedir ayuda, que cuando bajó todavía tenía el cabello casi mojado, pero no quería hacer esperar más a Cassandra. La vio, de pie junto al ventanal, iluminada por la tenue luz del día. Qué hermosa estaba. No había momento en que su belleza no lo deslumbrase sobremanera.

—Cassandra —la llamó, desde la puerta.

Ella giró el rostro y entonces se dio cuenta de que estaba más triste de lo normal.

—¿Ha sucedido algo?

Él escuchó entonces un pequeño maullido y vio, sobre el sillón, en una canasta, a la pequeña gatita.

—Henry, han escrito desde Londres. El éxito aquí les ha hecho querer adelantar el estreno. Me voy en dos días.

—Parecías tan seria que me has asustado. Iré contigo.

—Va a ser una ausencia muy larga. Después estaré en una *tournée* al menos hasta octubre. Joseph y Nyneve lo están preparando todo.

—Pero... —No terminó de hablar, consciente de que si dejaba allí a la gata era porque pensaba marcharse sin él—. No quieres que te acompañe, supongo.

—No es que no quiera —Cassandra se acercó para tomarlo de las manos—, pero tienes un compromiso con tu padre y mayo está a la vuelta de la esquina. Deberías prepararte.

El gesto de ella lo hizo sentir mejor, pero no alejó del todo la tristeza y respondió algo mohíno:

—Todavía no he decidido si haré caso a sus deseos.

—¿Tengo que recordarte a los niños de la fábrica?

—No, no será necesario. Es solo que detesto hacer su voluntad.

—No pienses tanto en su voluntad como en tu beneficio. Sé juicioso, Henry. Ya sabes cuáles son las consecuencias de dejarse llevar por el temperamento.

—De temperamento sabes mucho —le dijo con una fugaz sonrisa.

—Entonces, no me discutas —zanjó ella, con un gesto resuelto que lo hizo reír. Lo miró, después, llena de esperanza—. Si quieres, acompáñame a Londres. Aunque no estaré allí mucho tiempo y solo podremos encontrarnos por las noches. Sé que esta semana ha sido difícil y que el día a día allí se le parecerá, pero yo me conformo con verte aunque sea una hora. Entretanto, puedes colar la nariz por los círculos políticos y ver qué se cuece.

—Colar la nariz. —Rio de nuevo—. Como si fuera un ratón.

Ella le tocó la punta con el dedo, riendo también; y tras comprobar que nadie miraba, le dio un suave beso en los labios, que él recibió gustoso.

Mientras la besaba, abandonándose al placer, Henry se debatió entre dejarla marchar y acostumbrarse a su ausencia o seguirla y arañar al tiempo los minutos que de su compañía pudiera darle. Supo que prefería pasar con ella un solo segundo a soportar lejos las horas. Por poco que fuese, la tendría con él. Iba a comunicarle su decisión cuando la gata armó cierto revuelo, pues se escapó de la cesta y comenzó a jugar con una de las borlas que adornaban el sillón, maullando frustrada cuando no conseguía atraparla. La miraron, sonriendo con ternura.

—Todavía no tenemos nombre para ella —dijo Henry.

—Me he acostumbrado a llamarla «gatita», pero sí, necesita un nombre propio.

Cassandra se acercó a cogerla: no quería que rompiera la borla. A la par, escuchó a Henry decir algo que le iluminó el rostro.

—Seguro que en Londres se nos ocurrirá algo.

—Entonces... ¿vendrás conmigo?

Él se acercó y reclamó a la gatita, mientras asentía. Al mismo tiempo que la cambiaban de regazo, hubo un roce de manos; una mirada prolongada; un gesto cariñoso.

—Iré contigo, pero con una condición: lord Adler se casa el 23 de abril. Será una boda preciosa y estaré con él para celebrarla. Te

acompañaré si me prometes que asistirás conmigo.

Halagada de que la quisiera a su lado en un momento tan especial, accedió.

—Te prometo que haré lo posible por acompañarte.

Henry acercó despacio el rostro al de Cassandra, rozando primero la punta de la nariz para después posar los labios en los de ella. La joven se entregó al beso, mientras sentía a la gatita ronronear entre los dos. El calor que desprendían era reconfortante. Él alzó la mano libre para acariciar la mejilla de ella, tan suave y tersa como la había recreado en su imaginación. Ese recuerdo lo apremió a besarla con más ansia, tanta que la necesitó para él solo. Se separó de ella unos instantes y dejó a la gata con delicadeza en la cesta. No tardó en escapar y volver a morder la borla; les dio igual: se habían entregado el uno al otro. Nada más importaba que la humedad de las bocas y el ritmo de las lenguas. Se comieron a besos con tanta pasión que los cuerpos, por inercia, acabaron moviéndose. El de ella quedó contra la pared, atrapada entre esta y Henry. Juró que podría permanecer así toda la vida, sintiendo la presión del cuerpo del hombre al que amaba, sus manos que la recorrían, la estrechaban. Henry estaba más entregado que nunca a besarla. Cassandra, con el rubor consumiéndole las mejillas, soltó una risa algo tonta, adulada por el deseo vehemente de su amado.

Él se dio cuenta de lo mucho que se estaba excediendo y se apartó unos pasos, llevándose la mano a la frente.

—Henry, qué... ¿qué pasa?

—Lo siento, me he... Me he sobrepasado, yo...

No pudo terminar la frase. Cassandra había juntado la boca a la de él y lo besaba con ganas, tomándole el rostro entre las manos, enredando los dedos en los rizos del pelo.

—No, por favor. No lo sientas —dijo entretanto—. No dejes de besarme.

Perdieron el aliento de nuevo, pegando tanto los cuerpos que eran capaces de sentir las formas del otro amoldándose a las suyas.

—Hueles tan bien... —musitó ella—. Cuando he llegado acababas de salir del baño, ¿verdad? Tu pelo está húmedo.

Todo lo que Henry había imaginado allí con ella llegó a su mente con claridad, encendiéndolo otra vez.

—He pensado en ti, Cassandra —susurró. Apenas le salía la voz de cómo la ahogaba el deseo—. He soñado que te tenía entre mis brazos.

—Henry... —musitó, halagada. Una suave y ardorosa sensación le bajó desde los labios hasta el estómago—. Cuéntamelo.

—No, por Dios. —Rio comedido. Las orejas se le enrojecieron de la vergüenza—. Es demasiado.

—¿Por qué no? —Cassandra buscó su mirada—. No hay nada malo en ello. Yo... —deslizó la boca despacio hacia el oído de Henry —, yo también he pensado en ti.

Él tragó saliva y se mordió los labios. Estaba tan excitado que empezaba a notar la presión de la tela del pantalón.

—¿Qué has pensado?

—Tú primero —dijo, volviendo a mirarlo.

Él buscó el valor necesario para romper esa barrera; para entender que ella tenía razón y no había nada negativo en darse placer.

—Disculpa si soy atrevido, pero...

Al oído le susurró que la había deseado en la bañera, recreándose en cada detalle que imaginó. Cassandra se humedeció al escucharlo. La imagen que él había descrito de los pechos cubiertos por la espuma, la forma en la que él la retiraba y los hacía suyos, le resultó tan evocadora y estimulante que quiso llevarla a cabo.

—Ojalá ese sueño se hiciera realidad.

—¿Lo deseas?

—Muchísimo.

Él, incapaz de luchar contra el fuego del amor que le ardía en las entrañas, la tomó en brazos, dispuesto a subirla al dormitorio y a recrear lo soñado. El deseo lo animaba a cometer una locura. Ella, en sus brazos, rio de felicidad, mientras jugaba con la lengua en la oreja y el cuello de él a tentar los límites de su resistencia. Henry, estremecido con cada contacto, atinó a abrir la puerta. Entre risas y movimientos torpes, entre miradas disimuladas de cada criado con el que se cruzaban, sacó fuerzas para concentrarse y pedirle a uno que se hiciera cargo de la gata, lo que Cassandra agradeció. Cuando llegaron al dormitorio, ella lo miró con interés por un instante: era bonito, elegante. Digno de un hombre como él. Pronto, Henry reclamó su atención atrapándola entre los brazos, presionando con los labios, cálidos y tentadores, los de su amada.

—No creo poder esperar a que pidas un baño. Quizá debamos reservarlo para otro día —le dijo ella, con gesto pícaro, paseando el dedo por el mentón de Henry.

Él asintió, tampoco podría esperar tanto.

De pie, a pocos pasos de la cama, los besos se hicieron más profundos; las bocas exploraron el placer en cada mordisco, en cada movimiento de lengua, en cada gemido, invitándolos a ir más allá. Se recorrieron desmedidos con las manos sobre la ropa, sin pudor, dejando hablar al hambre que del otro sentían. Él la apretó con fuerza: quería fundirse con ella. Cassandra notó la erección de Henry contra el pubis y el calor se hizo insoportable, traduciéndose en húmeda necesidad. Habría querido arrancarle las ropas y entregarle su cuerpo allí mismo. Que Henry la atrapase entre él y la pared de nuevo, que la hiciera suya sin un ápice de demora; jamás había deseado nada con esa intensidad. Sin embargo, se frenó. No quería abrumarlo con su pasión, pues sabía que era la primera mujer para él. Y tampoco deseaba apresurar en exceso el apetito de Henry o no llegarían a culminar el encuentro. Lo besó con más calma, llevándolo poco a poco a su ritmo, para darse tiempo a disfrutar del momento.

Fueron desnudándose el uno al otro, mientras besaban cada parte del cuerpo que era revelada. La piel era el espejo de las llamas que ardían en la chimenea y prendía con igual vehemencia al paso de las bocas. El vestido de Cassandra quedó arrugado a los pies, así como su ropa interior. A pesar del nerviosismo, Henry se había deshecho de ambas con cierta habilidad. Solo restaban las medias y deseó bajarlas despacio, como había hecho aquel día en el acantilado. Ella lo dejó hacer antes de terminar de desnudarlo, pues apenas le quedaban los pantalones. Él la besó desde el cuello al ombligo, sin renunciar a acariciarla. Trazó el camino hasta sus partes más íntimas. Alzó la mirada y la vio sonreír. Cassandra estaba complacida y lo animó a seguir sin decir nada, pues su mirada hablaba por ella. Henry le quitó los preciosos zapatos forrados de raso; desanudó el fino lazo malva de una de las medias y después el otro. Las hizo bajar, una a una, en tanto que con los labios disfrutaba de la piel de las piernas, de los tobillos, de los pies. Todo olía a su perfume y la cercanía de su sexo le trajo su dulce aroma, mezclado con el de las rosas, lo que lo estremeció. Lanzó las medias lejos y desanduvo a besos el sendero del

deseo. Para entonces, la dureza de su erección lo torturaba. Anhelaba las manos de Cassandra tomando el control sobre ella.

Como si le hubiera leído los pensamientos, lo despojó de las prendas y fue dueña de cuanto él le ofrecía. Henry ahogó un gemido, pero después se dejó llevar sin importarle si alguien lo escuchaba. No obstante, juntaron las bocas, por lo que cada jadeo salía contenido. El ritmo de su amada era perfecto; su tacto, sublime. Él quiso tocarla también y coló despacio la mano entre las piernas de Cassandra. A ella le gustó su manera de acariciarla, aunque percibió el nerviosismo del joven. Lo ayudó, ocupándose de que lo hiciera a la perfección, susurrándole al oído dónde y cómo le gustaba. Cada uno de esos susurros solo conseguía excitarlo más. Siendo alumno y ella maestra, se entregó a sus indicaciones. Con una mano le daba placer; con la boca alternaba los besos con delicados juegos en sus pezones: los besaba, los mordía, los succionaba con ardorosa delicadeza. Fueron los suaves pechos de Cassandra el centro de su universo. Se complacieron el uno al otro, mientras ella también disfrutaba de la desnudez del pecho de él, de los hombros, de los brazos, del vientre. Pecado a pecado, toda inocencia y timidez quedaron atrás, derrotadas por el amor que expresaban los cuerpos en nombre de las almas.

Tan buen alumno fue Henry que le arrancó un intenso orgasmo. Escucharla gemir su nombre, sentir su palpitar, su cálida humedad, lo enloqueció. Tuvo que poner la mente en blanco un segundo o se desbordaría. Ella lo arrastró, con un beso profundo, hacia la cama. Lo llevó a tumbarse, para subirse a horcajadas sobre él. Con la mirada clavada en la suya, lo dejó entrar, despacio, a un ritmo lento y delicioso que a Henry lo llevó al cielo. Entrelazó los dedos a los de él y lo besó con fervor. Amarlo era ya su única religión; su único credo. Cassandra se movió hasta hacerle perder el sentido, adecuando los movimientos al placer de ambos, hasta que él no pudo más. Mientras lo sentía estremecerse con cada espasmo y lo oía gemir en nombre de Dios y de ella, lo dejó derramarse por completo en su interior. Un hijo de Henry sería una bendición. Dejó caer el cuerpo sobre él, feliz. Se abrazaron con fuerza, sudorosos. Él todavía temblaba. Buscó su mirada y la halló, brillante por el placer y la dicha. A ella también le resplandecían los ojos como si de dos candiles se tratasen.

—Mi amor —dijo él, acariciándole la mejilla con infinita devoción

—. Mi Cassandra. Te amo.

—Y yo a ti, mi vida.

Tras un beso apasionado, exhaustos y enredados en las sábanas, ella reposó la cabeza en el pecho de él. Permanecieron en silencio largo rato, disfrutando de ese momento de calma, mientras él le acariciaba los cabellos y la espalda, y ella paseaba los dedos trazando un camino desde el cuello hasta el pubis, siguiendo la línea del vello que se hacía más abundante ahí, para después volver a subir. Él la admiró, sin terminar de creerse lo que había pasado. Sin terminar de asumir que había tenido el privilegio de tomarla. De hacerla suya de una forma dulce y a la vez tan apasionada. Había sido mucho mejor de lo imaginado. Se sintió pleno, consciente, más que nunca, de que quería una vida a su lado.

—¿Te casarás conmigo, Cassandra? —preguntó, mirándola.

Ella alzó la vista y halló en los ojos de Henry un brillo de amor eterno.

—¿Haremos esto todos los días?

Él soltó una carcajada, apretándola más contra sí.

—¿Lo dices porque tengo que practicar mucho?

La dama se movió para poder susurrarle al oído.

—Lo digo porque hay muchas cosas que quiero hacerte.

Todo él se estremeció.

—Cassandra... —musitó. Enfebrecido, la tomó por las caderas hasta colocarla sobre él—. Me vuelves loco.

Ella posó las manos en el pecho de Henry y se inclinó hasta dejar la boca a escasa distancia de la suya.

—¿Acaso no has quedado saciado? —Tiró de su labio inferior lentamente, lo que acrecentó el deseo de él, algo que ella notó entre las piernas—. ¿Quieres más de mí?

—De ti lo quiero todo, Cassandra. —Las manos de él la aferraron con más fuerza, hundiendo los dedos en la piel—. Todo.

—Entonces... —volvió a tentarlo con otro pequeño tirón, pasando después la lengua por el labio superior—, deberías tomarlo.

El deseo se apoderó de ellos, y se prodigaron infinitas caricias, incapaces de separarse, hasta que ella reparó en la hora gracias al reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

—¡Dios santo! ¡Tengo que estar en el teatro a las tres y es más de

la una! —Saltó de la cama y se puso a reunir las ropas, a toda prisa—. ¿Puedo usar tu aguamanil para asearme?

Él asintió: tenía agua fresca, jabón y un paño.

—Puedo ordenar que te preparen un baño, si quieres.

—No puedo esperar tanto; además, no querría bañarme sola y eso lo demoraría todo más.

Se dedicaron un gesto pícaro que hablaba por los dos. Él sabía que no podía retenerla, así que la observó por un instante y salió también de la cama. Una vez que se asearon y vistieron, la estrechó contra el pecho y la besó con cariño. Al haberse lavado con sus útiles, olía a él y eso le encantó.

—Te amo, Cassandra. Eres lo más maravilloso que me ha pasado nunca.

—Y yo a ti, Henry. Para mí también lo eres. Y si me ayudases a cerrar el vestido lo serías más todavía.

Él rio e hizo lo que le pedía, resistiendo el impulso de tomarla al observar la sugerente piel desnuda.

—No has contestado a mi pregunta —dijo una vez que terminó de ayudarla.

Cassandra se giró y le rodeó la nuca con las manos.

—Te la he contestado mil veces. A besos, a caricias. —Sonrió—. Pero si quieres oír un «sí», entonces, Henry Trebarwith: sí. En mayúsculas y en un cartel gigante en cada calle de Inglaterra. Que lo griten en el Parlamento y hasta en Kensington Palace.

Llenos de felicidad, se besaron con ardorosa dedicación.

Capítulo 14

Envueltos en esa dicha, ninguno quería separarse, pero Cassandra tenía deberes que relegaban el placer a un segundo plano. Henry la cogió en brazos, diciendo que la sacaría de la habitación igual que la había llevado. Ella no se negó. Le encantaba estar así. Iban conversando, entre risas, distraídos, tanto que no percibieron la realidad que los esperaba y se toparon de frente con ella cuando, apenas habían descendido unos peldaños de las escaleras que conducían al espacioso recibidor de entrada, vieron allí a la familia de Henry. Sus padres, su hermana y su tía. Él se había olvidado por completo de su existencia. Tan metidos habían estado en el momento de pasión que ni siquiera escucharon el movimiento de los criados para recibirlos.

Lord Trevanyon, que dejaba su sombrero en manos de uno, miró de arriba abajo a su hijo y a Cassandra. Si hubiera visto al portador de la peor de las enfermedades no habría mostrado tal rechazo.

—Por el amor de Dios, Henry. ¿Qué significa esto? —Se quitó los guantes y los lanzó con desprecio sobre el sombrero. El criado pudo cogerlos a duras penas—. ¿Qué clase de conducta es esta?

Henry terminó de bajar la escalera y posó a su amada en el suelo, con mimo. No pensaba arredrarse ante él. Puso la vista por un segundo en las damas. Ellas permanecían quietas, preocupadas.

Cassandra también las miró con amabilidad.

—¿Quién es esta mujer?

—Es la señora Emery, padre —intervino Sophie, con el fin de ayudar a su hermano, pero Orestes no estaba por la labor de dejarse engatusar.

—No te lo he preguntado a ti, Sophie. —Miró severo a su hijo—. ¿Quién es esta mujer, Henry Eneas?

Él se armó de valor y tomó la mano de su amada.

—Padre, es Cassandra Emery. La mujer a la que amo y mi futura esposa.

Se hizo un silencio hiriente; brutal. Pareció que todo Bath callaba.

Orestes, a causa del comportamiento de su hijo y de esa declaración hecha sin consultarle, se sintió ultrajado. Y en cuanto reconoció quién era Cassandra, todo empeoró. Las aletas de la nariz se le ensancharon hasta lo imposible; su ceño se frunció; los labios se apretaron. En su mente, como un rayo, centelleaba una única idea: una actriz. Su hijo, con una actriz. Jamás lo consentiría. Temiéndose la tormenta, Claire, que solía mediar con su hermano, se adelantó y tomó a Cassandra de las manos.

—¡La señora Emery en persona! —dijo con un cariño verdadero, pues la adoraba—. ¡Qué gran honor tenerla en esta casa! Somos grandes admiradores de su trabajo. La vi en Londres la temporada pasada, interpretando *El sueño de una noche de verano*. Y en muchas otras obras. Déjeme decirle que nadie encarna a Titania como usted. Ha de saber que iremos a verla con su lady Macbeth. ¡Nada deseamos más! ¿Verdad, Helen? —Miró a su cuñada—. A ella y a Sophie también les gusta mucho usted.

Las damas sabían que debían alejarla de la presencia de Orestes, porque su ira estallaría y no querían que la presenciase. Era un asunto para resolver entre padre e hijo.

—Sí. —Helen se acercó también a ella—. ¿Y si tomamos un té y nos cuenta cuáles son sus planes para la temporada en Londres? Porque imagino que irá a la ciudad.

Cassandra tenía que marcharse, pero no quería ser descortés y accedió. Helen pidió té a los criados y las damas se marcharon a un salón privado. Antes de perder de vista a Henry, le dedicaron miradas significativas. Su tía y su madre, compasivas; su hermana, alentadora;

Cassandra le recordó, sin pronunciar palabra, que lo amaba. Él tomó aire. Apenas se había quedado a solas con su padre, este dijo, con voz lúgubre:

—Vamos a tener una conversación de inmediato.

Echó a andar hacia la biblioteca, esperando que su hijo lo siguiera. Henry caminó tras él, con la sensación de que estaba a punto de cruzar una calle llena de carruajes que no se detendrían a su paso. Lo arrollarían, como iban a arrollarlo las palabras de Orestes.

La biblioteca daba al jardín, en la parte trasera de la casa. Repleta de muebles y estanterías de maderas oscuras. Colmada de libros, poseía una gran chimenea e infinidad de obras de arte y alfombras traídas de lejos. Era un lugar muy hermoso, si es que no se pisaba en la situación de Henry.

Su padre caminó hasta situarse frente al ventanal. Adoptó una posición erguida, con las manos anudadas a la espalda. El joven se quedó a unos pasos, cerca de la puerta, acuciado por la necesidad de huir y no enfrentarse a ese momento. Hacía nada estaba en brazos de su amada, disfrutando de la mayor de las dichas, y ahora se hallaba frente a quien sería su verdugo. ¿Cómo podían haberse torcido tanto las cosas? Clavó la mirada en la punta de los pies, pensativo. Tenía que armar un argumento cuanto antes, pero Orestes no le dio tiempo a hacerlo, pues comenzó su discurso, sin mirarlo, con voz grave.

—Había escuchado rumores, pero no quería creerlos. Me dijeron que te vieron desayunando en Boscastle con una dama, y paseando con ella por Glastonbury. Hablé con Allan, y él lo negó. Me contaron que agrediste a lord Alexander Thonbert en el club de caballeros y que te han echado de allí de forma indefinida. Que has ido de baile en baile de la mano de una dama a la que ni siquiera has presentado formalmente a tu familia. Y escuché, incluso, que a alguien le pareció verte en uno de esos locales de mala reputación, bebiendo whisky barato, ataviado con ropas de lo más peculiares; besando a una mujer, que imagino será ella. —Apretó la mandíbula y su tono se hizo más dolido—. No quería creer que fuera verdad que mi hijo hubiera caído de nuevo en esa clase de comportamientos. Y, esta mañana, en la Pump Room, nuestros amigos han sugerido que este romance tuyo de lo más vergonzoso con esa *actrizuela* no parecía que fuera por el placer de tenerla como amante, puesto que la has paseado por todo Bath

como si fuera tu esposa. A pesar de tantas cosas, me resistía a creerlo cierto. Y ahora... —Se giró, clavando los ojos en los de él con hiriente reproche—. Y ahora, Henry, ¡te encuentro cargándola en los brazos! ¡En mi casa! —Alzó la voz haciéndola retumbar por la estancia.

—Padre, no grite, por favor. Si sigue hablando así van a oírlo las damas y no querrá...

—¡No me digas cómo tengo que hablar en mi propia casa! ¡Has perdido el sentido de la decencia! ¡Cómo te atreves a traer aquí a esa aprovechada que solo sabe ir de cama en cama de hombres de posición para sacar cuanto pueda de ellos! —Avanzó hacia él a grandes zancadas y se paró a un paso, encarándolo—. ¡Mírate! Llevas la palabra «lujuria» escrita en la frente. ¡Esa mujer te ha seducido hasta arrojarte a la mayor de las bajezas!

Henry mantuvo la compostura, a pesar de todo.

—En absoluto, padre. Es todo lo contrario. Me ha hecho mejor de lo que era. Quiero casarme con ella. Le pido por favor que la respete y no continúe con su discurso.

Orestes torció más el gesto, si cabe.

—¿Es algún tipo de broma? —preguntó, y contuvo el aliento.

—No, padre. La amo. La amo de verdad.

El conde alzó una ceja casi imperceptiblemente. Le tembló mientras soltaba el aire de golpe. Trató de calmarse en favor de su salud.

—Entiendo que esto es a causa de tu juventud. Todos los jóvenes caen en ensoñaciones sobre el amor. Y leer tanta poesía, tantas novelas, ha avivado la llama de tus enfermizas pasiones. Pero confío en que se te pasará. Recobrarás el juicio por tu bien y el de esta familia y no volverás a acercarte a esa mujer. No te casarás con una actriz rebajando nuestro apellido a su altura.

—Cassandra es una mujer respetada.

—¿Respetada? En los escenarios podrán alabarla, pero ¿sabes lo que dicen fuera de ellos? Que es una meretriz que ha vendido su cuerpo para llegar a donde está. Que se casó con ese actor para cubrir los escándalos de él, pues andaba de lecho en lecho y no precisamente con damas; que se acuesta con ese tal Joseph Emery, aun siendo el hermano de su difunto marido; que ha yacido con media Inglaterra para medrar, para conseguir papeles —clamó—. ¡Eso dicen de ella! ¡Y

eso es lo que es! Una libertina. Una promiscua. Como esa otra actrizuela que ha llevado a Su Alteza a la desvergüenza y que no deja de traer hijos ilegítimos al mundo. ¡Una completa y absoluta descarada!

Henry apretó los dientes. Las ganas de soltarle a su padre un puñetazo le removieron las entrañas. No soportaba que hablase así de ella, aún menos teniendo la certeza de que Cassandra los estaría escuchando, pues las voces alzadas y la escasa distancia entre el salón de las damas y la biblioteca así lo sugerían. No quiso callarse. Iba a decirle cuanto pensaba fueran cuales fuesen las consecuencias.

—¡Lo dicen por maldad! No quieren entender que una mujer pueda llegar por su propio valor donde está. Para los hombres con los que usted se codea son poco más que un adorno. Un instrumento sin voluntad —clamó—. Tienen miedo de las damas como ella pues saben que no pueden controlarlas. Esa es la realidad, padre. Le guste o no.

—Has perdido el juicio. No pienso escuchar más tus sinsentidos. —Chasqueó la lengua—. Escúchame, Henry. No te casarás con ella. Y si lo haces, te desheredaré. Me encargaré de que no seáis felices allá donde vayáis. De que ella no vuelva a pisar un escenario. Haré que os devore la más absoluta de las miserias y borraré tu nombre de los registros de esta familia hasta que nadie recuerde tu existencia.

A la mente de Henry llegó la historia de los padres de Cassandra y se lamentó de hacerla revivir algo así. Sin embargo, no iba a rendirse. Mientras le quedasen fuerzas y amor propio lucharía hasta el final.

—Voy a casarme con ella, padre. Es mi última palabra. Puede condenar mi memoria tanto como guste, pero no va a borrarme de la suya por más que se esfuerce. Soy su hijo, le guste o no —dijo con rabia—. Aunque elimine mi nombre hasta de la última página de este mundo, nada evitará que le resuene en sus momentos de soledad. Nada impedirá que en la oscuridad de la noche el fantasma de sus actos lo persiga.

—¿Qué he hecho mal contigo como para tener este pago? —se lamentó Orestes, sin abandonar su posición.

—Tengo una lista de agravios que puedo relatarle, pero empezaré por decirle que si volviera a nacer lo último que querría es ser su hijo. Es usted un ser despreciable que no entiende de sentimientos porque carece de ellos.

—¿Cómo te atreves a faltarme así el respeto? —Orestes le estampó una bofetada en la mejilla que retumbó en la elegante estancia—. ¡Niño ingrato!

Henry sintió un dolor muy fuerte, pero nada comparable al provocado por los insultos de su progenitor hacia la mujer que amaba. El labio inferior le tembló; el corazón le latió con urgente apremio. Necesitaba recordarle que seguía vivo a pesar de todo. Que el odio en la mirada del conde no era capaz de matar, aunque lo pareciese. No estaba dispuesto a seguir hablando con él, pues sentía que nada quedaba por decirle.

—Adiós, padre. —Inclinó la cabeza levemente y se dispuso a salir de la estancia.

—¿A dónde te crees que vas? ¡No se te ocurra marcharte! ¡No he terminado contigo! —Al ver que su hijo lo ignoraba, bramó—: ¡Henry Trebarwith, si te casas con ella, habrás muerto para mí!

El joven se detuvo en seco. Trató de serenarse y se dio la vuelta. Su mirada y la de su padre fueron idénticas en rencor. Sin apartar la vista de él, contestó:

—Entonces vaya encargando la lápida para mi tumba, conde.

Volvió a girarse y salió de allí. Le costó no derrumbarse mientras lo hacía. En el corredor, se encontró a su madre, a su tía y a su hermana. Vio, al final de este, que un criado cerraba la puerta de la entrada.

—¿Dónde está Cassandra? —les preguntó.

—Acaba de marcharse —contestó Sophie.

Henry corrió, pero no llegó a tiempo de detener el carruaje, a pesar de que la llamó repetidas veces. Y es que Cassandra no quiso dar orden al cochero de que parase. Había escuchado cuanto Orestes había dicho, mientras las mujeres de la familia trataban de aparentar una normalidad inexistente y justificar la situación diciéndole que el conde entraría en razón. Pero no fue así ni lo sería jamás. Ella amaba demasiado a Henry como para condenarlo a una vida como la de sus padres. Había visto lo que era la pobreza y mordía con dentelladas más fuertes que el más temido de los lobos. Ella quería que él se hiciera alguien de renombre. Que tuviera una buena posición, un lugar respetado. No deseaba verlo mendigando por las calles; partiéndose la espalda por unos chelines. Ni quería verlo ni quería

verse así. Le había costado llegar a donde estaba y no permitiría que nadie la hiciera caer. Sobre todo, porque no estaba sola: Nyneve dependía de ella y no podía condenar a su hermana al hambre por sus caprichos, por amor, por placer. El deber debía prevalecer sobre todo. Se dijo que esa noche, después de la actuación, rompería con Henry y no volvería a verlo.

Capítulo 15

Lady Trevanyon trató de hacer entrar en razón a su hijo cuando este, después de intentar alcanzar a Cassandra, regresó a la casa diciendo que se marchaba para siempre.

—Hablemos un momento, por favor. Sabes que no soy como tu padre. Conversa conmigo, Henry.

A regañadientes accedió, empujado por el amor que sentía por ella y el respeto que le debía. Pasaron al salón junto con su tía. Sophie, que se había hecho cargo de la gatita y la tenía en brazos, se quedó fuera. Henry sabía que no se alejaría en exceso porque era demasiado curiosa como para no enterarse de lo que se dijese dentro.

—Le pido por favor que abrevie —dijo sin tomar asiento—. He de ir a ver a Cassandra.

—La dama ha dicho que te verá esta noche, Henry. Que esperes hasta que termine la actuación.

Él suspiró, pero quiso respetarla. No quería turbarla más antes de subirse al escenario.

—No me va a convencer de nada, madre. Padre se ha excedido esta vez. —Todavía le ardía la mejilla a causa del golpe—. No quiero saber más de él. Renuncio a mi apellido y a cuanto tenga que ver con este.

Suerte que la dama estaba cerca de una silla y tuvo donde

apoyarse, o se habría desmayado de la impresión. Su tía, de pie junto a la ventana, intentó mediar, diciéndole que hablaría con su hermano e intercedería por él.

—Sobrino. —Lo tomó de las manos y lo miró con seriedad—. ¿De verdad es tan importante esa mujer para ti? Eres muy joven y podrías conocer a otras muchachas que despertasen tu interés. Una temporada en Londres y seguro que encontrarías a alguien a quien amases tanto o más que a ella.

—Tía Claire, sabe que jamás he mostrado mi afecto por nadie, porque nadie lo ha merecido. No soy como el resto de los hombres que se encaprichan de alguien y a los dos días la olvidan; no me gusta jugar con los sentimientos de una dama para engordar mi orgullo —declaró con denotada franqueza—. Lo sabe de sobra. Me ha visto nacer y crecer. Conoce mis valores.

Su tía no pudo rebatir sus palabras, hacerlo sería contradecir la negrura de la noche. Era un acto de la naturaleza y como tal tenía su sentido.

—En eso tienes razón, tú... —Le acarició la mejilla, con cariño. Lo vio distinto. Más maduro incluso que hasta entonces. Y también notó en su mirada una mezcla de esperanza y frustración que la ablandó por completo—. Siempre has sido diferente, Henry. Sabes que te quiero como a uno de mis hijos. Te prometo que hablaré con tu padre. No me amedranta su fiereza. Ruge como un león, pero en el fondo es un gatito. —Sonrió para calmarlo.

Henry tomó aire mientras asentía. Confiaba en su tía y su buen hacer, mas no tanto en que su padre entrase en razón. Parecía enrocado en su forma de ver las cosas y nada lo haría cambiar de opinión.

—Ojalá puedas hacer algo. Entretanto, me marcho.

—¿A dónde? —preguntó su madre.

—Me hospedaré con alguno de mis amigos. No creo que pongan inconveniente.

Las damas le dieron un abrazo.

—Si necesitas dinero, cualquier cosa, escríbenos. Tu padre puede ponerse como quiera, pero sigues siendo un Trebarwith.

Él le dio las gracias y se dispuso a dejar la habitación, seguido de las damas.

Afuera, Sophie los había escuchado hablar. Mientras acariciaba a la gata, en su mente se fraguó una idea que podría salvar a su hermano, aunque era demasiado pronto como para referírsela a nadie y muy inoportuno hacerlo con su familia. Al fin y al cabo, Henry le había salvado la vida una vez, y se lo debía. Pero para llevar a cabo su plan necesitaba un aliado. Justo cuando su hermano abrió la puerta, sorprendiéndola, le vino a la mente quién podría ayudarla.

—Sophie, ¿por qué no intentas convencer a tu hermano de que todo esto es una locura? A ti te quiere mucho como para no escucharte —pidió su madre, desesperada, poniendo la mirada en ella.

—Dejen tranquila a mi hermana. Bastante tiene con lo que están tramando para ella. Una vida de infelicidad al lado de un hombre al que no ama. —La miró, pero esta no dijo nada, lo que le extrañó: Sophie siempre tenía algo que decir—. Supongo que es el destino de los Trebarwith, ser infelices en el amor.

—No soy infeliz. No digas eso —dijo su madre—. Orestes es un buen hombre.

—¿Comparado con quién? ¿Con Herodes? Entonces sí, es un buen hombre.

—Por Dios, Henry —suspiró lady Trevanyon.

Les dijo que las quería y le pidió a Sophie que se quedase con la gatita. No sabía dónde iba a ir a parar como para hacerse cargo de ella. La joven accedió. Helen y Claire se marcharon hacia el jardín, necesitaban aire fresco, así como una larga charla, para soportar lo sucedido. Sophie siguió a su hermano, que caminaba presuroso hacia su habitación para recoger algunas cosas.

—Henry. ¿Recuerdas aquella vez que caí al mar y, a pesar de que casi no sabías nadar, te lanzaste a por mí? De no ser por ti habría muerto.

—Sí, Sophie. —Sin detenerse, se perdió en aquellos recuerdos de una forma tan viva que volvió a sentir la sal quemándole los pulmones —. ¿A qué viene eso?

—Porque las olas te están arrastrando. Pero ahora sí sé nadar. Y tú también. Aprendimos bien los dos después de eso.

—¿Me estás queriendo decir que no tema a las olas? —Se detuvo para hablarle. Ella lo miró con gesto enigmático y se encogió de hombros. Su hermano la besó en la frente y le hizo un cariño a la gata

—. Cuídala, por favor.

—¿Cómo se llama?

—Todavía no tiene nombre.

—Debería llamarse Kara.

Henry sabía que, en la lengua de Cornualles, eso significaba «amor».

—No sé si a Cassandra le parecerá bien, pero a mí me gusta. De todas formas, ¿por qué quieres llamarla así?

—Porque hay que cuidarla para que se haga más grande, como al amor.

Él sonrió y se despidió de ella, rogándole que se portase bien. Cogió aprisa algunas mudas, dejó Pentargon House, y Allan lo llevó a casa de Arthur. Mientras descargaba el equipaje, Henry le agradeció que hubiera tratado de desmentir los rumores por él.

—Usted sabe que lo aprecio como a un hermano.

—Lo sé, Allan. Gracias. Ojalá no tengas problemas con el conde por mi culpa.

—No se preocupe. Mi lord está demasiado enfadado con usted como para estarlo conmigo —dijo con media sonrisa—. ¿Desea que venga a buscarlo para ir al teatro?

Henry rehusó, diciendo que iría con Arthur, y lo dejó marchar. Cuando Belaford vio aparecer a su amigo, sin aviso previo, le abrió las puertas de la casa como si se hubiera anunciado y lo acogió. Su familia estaba en la casa de campo. Nadie los molestaría. Mientras tomaban una copa de vino, que Henry dijo necesitar, cosa rara en él, le narró lo ocurrido. Arthur lo animó, diciéndole que todo se resolvería y que, en caso contrario, nada le faltaría.

—Te mantendré si es preciso. Necesito tres vidas para gastar mi fortuna. Serás como mi hijo. Incluso podría darte un puesto en el negocio. Eres leído, algo podrás hacer.

Él lo abrazó a punto de llorar.

—¿Qué haría sin ti?

—Mejor no te lo preguntes o encontrarás muchas razones por las que serías más feliz —le dijo en tono de broma, haciéndolo reír brevemente—. De todas formas, deberías lanzar un desafío a Dios y a tu padre. Casarte con Cassandra e irte a Londres, al Parlamento. Demostrarle a Orestes Trebarwith que ni todo el poder del mundo

puede callar una voz como la tuya.

—No sé, Arthur. —Henry se frotó la frente, abrumado—. Hablaré con Cassandra y tomaré una decisión. Ha debido de escuchar lo que ha dicho mi padre y... ha sido horrible. Estará dolida. Solo quiero abrazarla hasta que todo pase.

—Es una mujer fuerte —le dijo apretándole el hombro—. Se sobrepondrá. Lo haréis los dos. Y va siendo hora de que nos arreglemos o llegaremos tarde a la función. —Miró el reloj de bolsillo y asintió—. Sí, son las cinco. Vamos.

Henry no rechistó. Un rato después, iban de camino al teatro. Se reunieron con Caverty y Charles, acompañados de Georgiana y Susan. Las puertas estaban a rebosar. En medio de tal bullicio, Henry solo pudo aprovechar un breve momento para, en tono confidente, ponerlos al corriente de lo ocurrido. Consternados, temieron por el futuro de su amigo, pero le prometieron, igual que Arthur, que nada le faltaría.

Ocuparon el palco de los Adler, bien posicionado. Se hallaban ya sentados cuando Arthur, que observaba a las damas con interés, notó cierto cuchicheo. Todos dirigían la vista a un punto, que él siguió, preguntándose a qué venía tanto revuelo. Al ver de qué se trataba, intentó disimular: lord Trevanyon ocupaba un palco frente a ellos. Miró de reojo a Henry, por suerte demasiado ensimismado en el librillo de la obra.

—¿Qué sucede? —preguntó, no obstante.

—Una señora a la que se le ha enganchado el vestido.

Arthur rezó para que diese comienzo la función. Quizá Henry se centraría en el escenario y no se daría cuenta de la presencia del conde. En vano, porque en cuanto su amigo alzó la mirada, fue a parar de forma natural al frente.

—Maldito sea... —murmuró—. ¿Qué hace aquí?

—Henry. Por favor. —Arthur puso la mano sobre la suya—. Quizá solo haya venido a verla para comprobar en persona su talento porque ha cambiado de opinión.

—¿Acaso no conoces a mi padre? Diría que jamás ha pisado un teatro si hay involucrada una actriz. No sé a qué se presenta aquí, precisamente esta noche.

—Shhh —regañó alguien—. La función va a empezar.

Henry volvió la vista hacia Orestes. Por un instante, sus miradas se encontraron. Dos planetas en colisión.

La obra comenzó y Cassandra demostró su talento, aunque Henry la notó desconcentrada y percibió que algunos de los elementos con los que interactuaba en escena le temblaban en las manos o incluso se le caían. Debía de estar terriblemente nerviosa y, aun así, supo mantener la compostura y dar la talla. Sin embargo, en una de sus intervenciones finales, la más importante, se escucharon abucheos e insultos entre el público. En medio de la penumbra, él vio que tanto su padre como otros caballeros, amigos suyos, se ponían en pie, reprobándola, para después abandonar la sala, que quedó en buena parte vacía.

Henry se levantó y apretó los puños, dispuesto a seguir al conde; sin embargo, Arthur lo detuvo, rogándole que no le siguiera el juego. El joven, sufriendo por Cassandra, se sentó a regañadientes. Ella continuó con su papel, gracias al apoyo de sus compañeros de escena, a pesar de que se le quebró la voz en un par de ocasiones. Cuando terminó la función, quedaban para aplaudirla poco menos de la mitad de los asistentes. Y lo hicieron, pero con la confusión del momento, no hubo el acostumbrado reconocimiento. Henry percibió la desolación de Cassandra, por más que intentase disimularla, y no pudo soportarlo más. Parecía paralizada, con la mirada perdida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Susan a su futuro esposo—. ¿A qué ha venido eso?

—No sé... ¿Henry?

Charles se giró para inquirirlo, siendo que su padre había sido partícipe y dada su relación con la dama. Sin embargo, no lo vio. Henry, aprovechando un despiste de Arthur, había corrido hacia la platea. Lo hallaron allí, avanzando entre el gentío hasta el escenario. Subió de un salto y abrazó a la actriz con fuerza. Un murmullo de asombro se extendió por doquier, seguido de exclamaciones de sorpresa y desaprobación.

—Henry... —musitó Cassandra, temblorosa, al borde del desmayo. Había visto toda su carrera desmoronarse, pues esa misma situación la vivieron sus padres. Idéntica escena los arrojó a la miseria. No fue capaz de ganar fuerzas para reponerse. Iba a colapsar a causa del dolor de los recuerdos.

—Voy a sacarte de aquí —le dijo él.

La tomó en brazos y dejaron el escenario, desoyendo los rumores, colándose por los pasillos, sorteando objetos, sin detenerse ante las miradas extrañadas de los operarios y otros intérpretes. No se paró hasta llegar a la estancia privada de Cassandra. La dejó sobre el sillón, con delicadeza, y de rodillas ante ella la abrazó.

—Lo siento tanto. Lamento lo ocurrido, mi padre ha dicho y hecho cosas terribles, pero no le hagas caso. Saldremos adelante.

Cassandra admiraba su entereza; su forma de ver las cosas. Sin embargo, a ella la realidad la había golpeado de forma más letal, trayéndole los peores recuerdos de su infancia, agravando lo que ya sentía: que no tenían futuro. Que debían separarse.

—Henry, yo...

Él leyó en su mirada una terrible noticia antes de que fuera pronunciada. Se quedó inmovilizado. Por un momento dejó de respirar. El pecho le dolía.

—Cassandra, no, por favor. No te rindas —suplicó—. No dejes que él gane.

—¿No te das cuenta? Viviremos como mis padres, pasando hambre y penurias, repudiados por la sociedad. ¡No quiero esa vida para nosotros!

—Dijiste que tus padres, a pesar de todo, habían sido felices. —La tomó de las manos—. ¿Es que la felicidad no lo vale?

—No se puede ser feliz del todo cuando el hambre no te deja dormir y no tienes una vela con la que alumbrarte. Ellos se querían, sí, pero la pobreza estropeó su vida, y habitar en una casa que apenas tenía tejado los mató. El frío les consumió los cuerpos hasta acabar con sus pulmones. —Cassandra lo soltó y caminó lejos de él, guiada por la desesperación—. ¿Eso quieres para nosotros? ¿Para nuestros hijos? ¿Para mi hermana? Olvidas que es mi responsabilidad. Tengo ahorros para sobrevivir unos años sin trabajar, pero eso se acaba. No puedo arrojarla de vuelta al pozo del que salimos.

Henry se puso en pie y se acercó a ella, dejando algo de distancia, pues parecía abrumada y no quería incrementar esa sensación.

—Cassandra, te amo. Te juro que no será así. Mis amigos no me darán la espalda.

—Entiendo tu fe en ellos, pero tu padre los arruinará también si te

brindan su apoyo. Mientras estés conmigo, tu vida será una condena. Y yo no quiero ser tu amante, Henry. No quiero ser solo eso. Y es lo único que la sociedad nos dejará ser.

—Entonces maldigo esta sociedad. ¡La maldigo cien veces! —Señaló afuera, irritado—. ¡Y maldigo a todos los que la amparan! Ciegos de prejuicios y maldad. Malditos todos ellos.

—Henry... —La dama tragó saliva y se acercó para acariciarle una mejilla, con ternura—. Por favor, cálmate. Piensa con la cabeza fría. Es lo mejor para los dos.

—No, Cassandra. Yo no puedo vivir sin ti. —Posó una mano sobre la de ella, la guardó entre la suya y después la llevó al pecho—. ¿Es que no te das cuenta? Mi corazón late por ti. No me apartes de tu lado, por favor. Me da igual lo que piensen los demás, quiero que seas mi esposa.

—Te desheredarán.

—Dios me ha dado manos para trabajar y cerebro para pensar. No tengo miedo a buscarme la vida; a arar la tierra si es preciso. Haré lo necesario. Toda la fortuna de este mundo no vale nada si no te tengo.

—Henry, es muy difícil. No deberíamos...

—Si no vas a decir que me amas, que sientes lo mismo que yo, que te desgarra el alma pensar en tenerme lejos... — Las palabras le ardían en la garganta porque bailaban sobre ellas, con indiferencia, los demonios de su dolor, como si de llamas se tratasen—. Si no me vas a decir eso... No soportaría escuchar más excusas. Me hieren.

Ella apoyó la frente en su pecho. Henry se resistió a abrazarla, dolido, pero descansó los labios en el cabello de ella que, tan suave como siempre, desprendía un aroma que lo hizo evocar los momentos más felices. Irremediablemente, terminó por estrecharla entre los brazos. Cassandra rompió a llorar, desconsolada.

—No quiero arruinar tu vida ni que estés en boca de todo el mundo. Has nacido con unos privilegios que no deberías rechazar —pronunció a duras penas—. Vuelve con tus padres. Lo nuestro ha sido el sueño de una noche de verano, nada más.

—No puedes estar hablando en serio —suspiró agotado.

—Sí, Henry. Lo estoy haciendo —dijo mirándolo a los ojos—. Y te amo, te juro que te amo, más que a mi vida. Por eso, precisamente, he de dejarte marchar.

—No, Cassandra, por favor.

—Lo siento.

Él la apretó con más fuerza si cabe. Lloraron juntos hasta que la soltó sin más y se fue. Apenas veía de lo mucho que las lágrimas enturbiaban su vista. Apenas sentía el aliento, el latido del corazón. Apenas podía seguir viviendo.

Capítulo 16

Mayo se acercaba con rapidez espantosa y con él la fecha de su cumpleaños. Y Henry no hacía más que quemar las hojas del calendario para ver si una suerte de hechizo antiguo y desconocido detenía el tiempo. Pero no lo hizo. Avanzó con mayor presteza si cabe, apretando la soga que lo asfixiaba. Seguía en casa de Belaford, porque no quería saber nada de su padre. En todos esos días de sufrimiento, condenado a la ausencia de Cassandra, solo hubo una alegría: la boda de Charles y Susan, hermosa como ninguna, para que la viajaron a la isla de Wight. El cambio de aires le sentó bien, aunque no calmó a sus demonios, pues habría deseado que su amada estuviera allí con él.

Ya de regreso en Bath, Henry, Caverty y Belaford se reunieron en casa de este último. Charles estaba en su viaje de novios, y aunque lo echaban de menos, se sentían felices por él. Trebarwith, como de costumbre, leía el periódico, mientras que sus amigos degustaban sendas copas de jerez.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Arthur.

—Queda poco para que nazca el heredero del príncipe Eduardo —dijo Henry—. Tengo ganas de saber si será varón o niña. Me pregunto si de ser esto último se llamará como su madre. Siempre me ha gustado el nombre de Victoria. Es precioso, ¿no creéis?

—Lo es —comentó Belaford—. Una vez conocí a una dama de ese

nombre, tremendamente hermosa.

—Para ti todas lo son —anotó Caverty.

Arthur rio la broma y cambió de tema para hablar de asuntos de carreras. Mientras ellos departían, Henry siguió pasando las páginas. Deseó no haberlo hecho, pues halló un artículo que hablaba de la actriz. Ver su nombre escrito fue como sentir la hoja de una espada atravesándole el corazón. A pesar del dolor, quiso leer qué decían de ella y de su representación de *Macbeth* en Exeter, donde había actuado la última semana.

«La crítica se deshace en alabanzas. La audiencia aplaude con fervorosa admiración. Es nuestro placer decir que quien ya se ganase nuestros corazones con su Titania sigue ocupando un lugar privilegiado en ellos. Resultará imposible no pensar en lady Macbeth sin pensar en ella, pues su pasión y lealtad al personaje en escena no permite distinguirlas. Cassandra Emery es y será una de las más importantes sobre los escenarios».

Al menos, alejarse de ella había aplacado la ira de su padre y la dejó en paz. Se alegraba de que las cosas le fueran bien, pero se preguntó cómo se las apañaba para respirar sin él, pues a él le costaba hacerlo sin ella. Junto a la crítica, había una ilustración de Cassandra posando con Kara en brazos. Se la había llevado pues dijo necesitarla a su lado. Henry supo que era una forma de consolarse. La presencia de la gatita le recordaría a los buenos momentos junto a él y las cosas dolerían menos. Pensó en lo hermosas que estaban ambas y cerró el periódico de golpe.

—¿Noticias de guerra? —preguntó Caverty. Sabía que lo turbaban más que ninguna otra. En el fondo, Henry siempre abogaba por la paz.

Para salir del paso, asintió. Su amigo cogió el periódico y lo hojeó. Una noticia llamó su atención.

—Parece que Oliver Pilgrey está en la ciudad. Cuentan que se hospeda en Pentargon House. ¿Qué sabes de eso? —le dijo a Henry.

—Su padre y el mío quieren casarlo con Sophie. Pilgrey está prendado de ella. «Será la única Trebarwith con la que me despose. Y si no es con ella no habrá acuerdo» —imitó su voz varonil y su acento extranjero, tal y como su hermana había hecho cuando se lo contó unos días atrás. Al parecer, ante la negativa de Sophie, habían intentado convencerlo de que se casase con Helen, pues su

compromiso con otro caballero aún no era firme—. Mi padre, por supuesto, está interesado en que se dé, es una alianza muy ambiciosa.

—No es de extrañar —comentó Caverty—. Tienen una fortuna en minas de piedras preciosas.

—Donde hacen trabajar hasta la muerte a esclavos —rumió Henry, molesto.

Quedaron en silencio, sopesando el precio que las cosas tenían en su sociedad.

—Pero tu bisabuelo y tu abuelo estaban en contra del esclavismo —dijo Caverty, rompiéndolo—. Sus intervenciones en el Parlamento fueron famosas por ello. ¿Tu hermana quiere casarse con él sabiendo que disgustaría así la memoria de tan magnos caballeros?

—Como si eso fuera relevante... —Henry suspiró apenado—. Es mi padre quien ha decidido ese matrimonio y poco podrá hacerse al respecto. Y a Orestes Trebarwith solo le importa él mismo: ni los ancestros ni los esclavos ni la voluntad de sus hijos.

Un joven del servicio llegó con una nota para Arthur. Tras entregársela, se marchó, y él la leyó en silencio. Henry y Caverty debatieron un rato más sobre lo conveniente de ese matrimonio. Al ver que su amigo no decía nada, llamaron su atención.

—Arthur, estás muy callado, ¿te encuentras bien?

Este levantó la vista de la carta y asintió a James.

—Tengo una cita.

—¿Con quién? —Quiso saber Henry, pues no había mencionado ninguna nueva conquista en esos días.

—Con una pelirroja. Estaré un par de semanas fuera. —Le guiñó el ojo—. Tú cuídate, y... recuerda que te quiero como a un hermano.

Sin darles opción de decir nada al respecto, se despidió de ellos y salió de allí.

—¿A qué ha venido eso?

—Es Arthur. —Henry se encogió de hombros—. De Arthur se pueden esperar muchas cosas, pero entenderlo no es una de ellas.

Caverty se mostró de acuerdo y la conversación viró hacia otros asuntos.

Pasaron unos días más, envueltos en una infernal rutina. Los jóvenes volvieron a citarse. Henry discutió con ellos sobre política, jugó unas manos de cartas, algo que se le daba bastante bien y gracias

a lo cual había conseguido unas cuantas apuestas en el pasado, habló sobre algunos de los cotilleos de la ciudad y leyó un rato el periódico. Otra noticia de Cassandra le nubló los ojos y el alma. Saber de ella y no poder abrazarla sumaba desolación a otro hecho que avanzaba como una sombra: la fecha límite se aproximaba y tenía que decidir qué hacer con su vida. Si abandonar del todo a su padre y sus preceptos; si intentar hacer carrera sin él o si doblegarse a sus pretensiones. Agobiado ante la perspectiva, se excusó con sus amigos diciéndoles que necesitaba un poco de aire fresco y dejó la casa de Belaford. Caminó por Bath sin rumbo y terminó a la vera del Avon, cerca del puente de Pultney, observando la corriente y preguntándose qué hacer con su vida. Por un instante sintió el deseo de saltar y que esas mismas aguas en las que un día besó a Cassandra lo librasen del dolor.

Perdido en sus funestos pensamientos, las lágrimas le sobrevinieron. Recordó entonces, en su desesperación, como tantas otras veces, la carta de su madre. Sus palabras siempre lo habían reconfortado y las buscó en pos de hallar consuelo. Mientras la sacaba del bolsillo, sonrió, con la calidez de un bonito recuerdo acuciándole y la necesidad de leerla. Le quitó el pañuelo que la protegía y la desplegó con cuidado, pugnando contra la brisa que se había levantado, para que permaneciera estirada. Aquellas letras estilizadas que habían sido sus amigas en tantos momentos de soledad volvieron a saludarlo.

> Mi querido bien:
>
> Estoy escribiendo esta carta y aún no sé por qué. Podría decirte todas estas cosas alguna de las veces que hablo contigo, pues tengo la sensación de que me escuchas. Siempre que te digo un «te quiero» y te cuento las ganas de verte, te mueves, estirando tu piececito, o quizá una manita, hasta que puedo sentirlo en mi barriga. Es como si quisieras dármela, haciéndome ver que te sientes feliz de recorrer conmigo este maravilloso viaje que es la vida. Siempre me haces sonreír, y desde que supe que venías no he hecho otra cosa. Cuando nació tu hermana Elizabeth los médicos dijeron que no podría volver a concebir y el destino me trajo el regalo de tu existencia, llevándoles la contraria. Quizá por eso eres tan especial para mí. Eres un guerrero desde tus primeros días. No sé qué serás, pero algo me dice que otro varón llegará a la familia. Le he dicho a tu padre, a quien ya habrás

escuchado, que me gustaría llamarte Tristan, como su abuelo, pero él está empeñado en que seas Henry, como el mío. No sé quién ganará de los dos; no obstante, cuando leas esto, ya se habrá resuelto el misterio y espero que estés contento con la elección.

Vas a ser muy feliz con nosotros, lo sé. Y también con tus hermanos y tu hermana. Les gusta mucho jugar en el jardín, tal y como están haciendo ahora. No puedo esperar a verte disfrutar con ellos. Me pregunto si tu cabello será rubio como el de Orestes o castaño como el de Elizabeth. Quizá sea negro como el de tu padre y Percy. Me pregunto si será rizado como el mío.

No sé por qué escribo esta carta... Quizá te sientes a mi lado junto a la chimenea para leerla cuando seas mayor y te burles de mí por este arrebato, por hablarte así de mis sentimientos. No todo el mundo comprende a quienes hablamos de ellos de esta forma tan poco racional. Cuánto me agradaría que te parecieras a mí... que también te gustase la poesía. Que te sorprendieran las pequeñas cosas de la vida: el viento entre los juncos, el aroma de una flor, esa estrella que titila más que las demás. Creo y siento que así será. Que tú, mi amor, serás como yo. Y si eso sucede, has de saber que habrá quien te cuestione: no los dejes. Sé siempre tú mismo. Vive con pasión cuanto hagas. Desde dar un sorbo al té hasta declararte al amor de tu vida.

Ay, mi tesoro. Todavía no has nacido y ya te imagino casado. Qué cosa más extraña, pues cuando ese momento ocurra lloraré de felicidad, pero también de tristeza porque te irás de mi lado. Espero que la persona que llegue a tu vida para quedarse en ella por siempre te ame solo una pequeña parte de lo que yo lo hago; eso ya será una inmensidad. Deseo que te respete y te cuide. Que sepa calmar tus preocupaciones y apoyarte en las decisiones difíciles; que te quiera por cómo eres, por encima de todo, y que tú también des el mismo cariño de vuelta. El amor debe prevalecer sobre todas las cosas. Ojalá, mi dulce bien, ames con toda tu alma y nunca te rindas cuando se trate de amar. Aunque es un sentimiento complicado, estar con la persona adecuada lo hace más sencillo. Ya lo descubrirás.

No sé qué serás en esta vida, pero de alguna manera siento que nos sorprenderás. Qué ganas de descubrirlo. De verte dar tus primeros pasos, de escuchar tus primeras palabras, de estrecharte entre mis brazos. Qué ganas de verte sonreír. Mi más bello regalo, no sé por qué escribo esta carta, pero sí sé que te amo y que haré lo posible por verte feliz. Por eso, le he dicho a tu padre que siendo que ya tiene a su primogénito para hacer de él el hombre que le plazca, en ti pondremos otras esperanzas. Deseo que vivas la vida, que viajes, que descubras el mundo antes de enfrentarte a tus responsabilidades. Tendré veintiséis años el día en el que nazcas. Y será ese el tiempo de mi acuerdo con tu padre. Él te quiere mucho también. No lo olvides nunca. Por más que

se enfade y le tiemble la ceja cuando esto sucede; por difícil que sea su carácter y complicadas sus exigencias, te adora. Recuerda que lo hace por tu bien y sé paciente con él. Y también conmigo. A veces digo cosas que ni yo misma entiendo. Te quiero, más que a mi vida. Y nunca nunca dejaré de quererte.

Tu madre:
Elizabeth Mary Trebarwith

Henry lloró, como siempre que la leía, con un sentimiento agridulce. La amarga sensación de no haber podido conocerla se mezcló con la felicidad que rebosaba su misiva. Con la fuerza que le transmitía como si, en el fondo, ya supiera que no estaría a su lado. Elizabeth había dejado el mundo, pero no lo había dejado a él. Una parte de sí misma estaría siempre con su hijo, ya fuera en los rizos del pelo, como los de ella; en el cariño a las cosas bellas, como la poesía o la libertad, o en la firme creencia de que el amor debía prevalecer sobre todas las cosas. Fortalecido por las palabras de su madre, tomó la determinación de recuperar a Cassandra, sea como fuere. De luchar por ella hasta que no le quedase aliento. De plantarle cara a su padre hasta que cambiase de opinión. Con esta idea en mente, se secó las lágrimas con decisión y guardó la carta, dispuesto a cumplir su voluntad. Apenas había dejado las inmediaciones del puente escuchó un carruaje detenerse a su lado y, a continuación, la voz de Allan.

—Señor, lo he estado buscando por todo Bath. Tiene que venir inmediatamente a Pentargon House. Es un asunto urgente. Su madre pide, por favor, que venga. Y no se preocupe por milord, él no se encuentra en la casa en este momento. No lo verá.

—Iba hacia allí, de hecho, pero ¿qué ha pasado? Pareces alterado.

Allan refirió no estar al tanto de detalle alguno. Subió al carruaje y esperó ansioso llegar a la casa. Una vez allí, sin tiempo de quitarse los guantes, el sombrero o el abrigo, su madre se lanzó a su pecho, para refugiarse en él.

—¡Oh, Henry! ¡Tu hermana Sophie se ha fugado! —Lloró desconsolada—. Sophie. Mi pequeña. ¡Se ha ido!

—Madre, por favor, cálmese. —La tomó por los brazos y buscó su mirada—. ¿Está segura?

—¡Claro que lo estoy! La vieron subir a un carruaje anoche, pero no saben de quién.

—¿Y Olivia? ¿Sabe algo o se ha ido con ella?

—La pobre parece no saber nada. Está muy afectada. Suerte que los Pilgrey se marcharon ayer o habríamos tenido que lamentar un incidente sin igual. ¿Cómo íbamos a ocultarles algo así? —resolló—. Tu hermana ha escrito una carta. —La mujer la sacó de la manga del vestido y se la dio. Estaba arrugada y manchada de lágrimas—. Léela.

Henry la abrió aprisa, devorando las palabras con avidez.

> Queridos papá y mamá:
>
> Lamento si mi decisión les causa dolor, pero mis actos han sido meditados y nada hay en ellos de irracionales. Hace tiempo sé que mi vida estaría en sus manos. Que sería poca mi libertad más allá de disfrutar de unos viajes al año con mi tía o mis amigas. Que debía cumplir sus expectativas con respecto al matrimonio. Casarme con alguien a quien no amo y a quien, probablemente, jamás amaré, sacrificando mi felicidad para honrar la suya. No pretendo esgrimir queja alguna sobre esto: asumo mi papel en esta vida,; sin embargo, lo que no asumiré jamás es verlos enterrar también la felicidad de Henry. Él me salvó hace muchos años y es mi deber devolverle el regalo. Por eso, he decidido fugarme en señal de protesta por su decisión de alejarlo del amor de su vida. Arruinaré mi reputación si destruyen el bienestar de mi hermano. Estoy dispuesta a sacrificarlo todo por él. No podrán casarme con Pilgrey ni con ningún otro joven de buen apellido por más que lo intenten. Dejo en sus manos la dicha o la desgracia de esta familia. Tienen dos semanas para darme su respuesta en la dirección que indico al final de la carta. No traten de localizarme allí, pues no me encontrarán. No soy tan tonta como para dejarme cazar.
>
> Afectuosamente, su hija,
> Sophie Eleanor Trebarwith

Su hermano apenas atinó a hablar.

—¿S-se ha vuelto loca?

—¿Acaso no lo ha estado siempre? —Lady Trevanyon se hizo aire, agitada. Las brillantes pulseras que le adornaban la muñeca tintinearon cual cascabeles—. La he consentido demasiado, Henry. ¡Demasiado!

—¿Y padre? ¿Se ha marchado ya a Londres?

—No, permaneció aquí a causa de la estancia de los Pilgrey. Está hecho una furia. Buscándola bajo cada piedra de Bath junto con tu tía Claire.

Henry cogió aire, alterado. Caminó arriba y abajo del recibidor. Debía calmarse para socorrer a su madre o la situación acabaría con los dos. Se desprendió de los accesorios, en manos de un criado, y pidió que les sirvieran una infusión de hierbas para paliar los nervios. Sugirió a su madre ir al salón para tomar asiento; ella aceptó.

—¿Qué vamos a hacer, Henry? —preguntó la dama, una vez que les sirvieron las bebidas. Estaba tan nerviosa que su taza se agitaba en el plato, provocando un incesante repique—. Si algo le sucede a tu hermana, yo...

Posó la mano sobre la de su madre, para infundirle ánimos.

—No se preocupe por ella. Donde quiera que esté, estará bien. Sophie no se arrojaría a la indigencia. Ella... —recordó las palabras que le había dicho sobre las olas—, ella sabe lo que se hace.

—¿Crees que alguien la ha ayudado?

—No lo creo, lo afirmo.

—Pero ¿quién? Esa dirección es de una posada a las afueras, no corresponde a nadie a quien conozcamos.

Henry sopesó las posibilidades. Retiró la mano y la llevó bajo el labio, pensativo. Las amigas de Sophie en Bath serían incapaces, así como su tía. Pensó en Nyneve y Cassandra, y las descartó de inmediato. Volvió a coger la carta. La releyó a la par que daba pequeños sorbos a la bebida. Le llegó un repentino olor a rosas. Antes no lo había percibido y le extrañó.

—¿Desde cuándo le ponemos rosas a esta infusión?

—Desde nunca —respondió su madre, confusa—. Las muchachas solo ponen rosas en el agua para el baño y en el té exótico que toma la tía Claire, pero no aquí. —La probó de nuevo, aspirando el aroma—. Y en absoluto huele a rosas.

—No es que usted haya presumido nunca de buen olfato, madre —le dijo con cariño.

—Ciertamente, desde ese fuerte resfriado que tuve a mis quince años, donde casi lo pierdo, no he vuelto a disfrutar igual de las cosas —se lamentó—. De todas formas, ¿estás bien? No vayas a ponerte enfermo, por favor. Mi tío empezó a sentir olor a amoniaco y poco después... se marchó con Dios.

Él negó con la cabeza y le aseveró que no era nada. Soltó el plato con la taza sobre la mesa; sin embargo, seguía oliendo a flores. Quizá

era su mente trayéndole el olor de algún perfume de Sophie, a causa de la desesperación. No quiso perder más tiempo y le prometió a su madre que la buscaría hasta dar con ella. Le devolvió la carta, le dio un beso cariñoso en la mejilla, y se marchó. Habló de inmediato con sus amigos y estos hicieron lo posible por él, obrando siempre con la máxima discreción. Se lamentaron por la ausencia de Arthur, pues él habría podido ayudarlos. Henry visitó a los Belaford en el campo para ver si le podían referir dónde se encontraba, sin éxito. Se había marchado a pasar unos días fuera sin dar explicaciones; algo habitual en él, dijeron.

Una semana después, estaban desesperados. Regresó a Pentargon House para hablar con su madre. No habían llegado noticias de Sophie y se sentía desolada; tampoco habían querido avisar a las autoridades, pues no deseaban arruinar la reputación de la muchacha. Escribió una carta intentando hacerla entrar en razón y la dejó en la posada, sin obtener respuesta. En cuanto vio a Henry se arrojó a los brazos de su hijo. Como días atrás, rompió a llorar. Él trató de consolarla, prometiéndole que seguiría buscando a su hermana, convenciéndola de que ella escribiría en algún momento. Pero Helen no hallaba consuelo y dijo algo que a él lo extrañó.

—No soportaría otra tragedia más en tan poco tiempo.

—¿Otra tragedia más? ¿A qué se refiere, madre?

Ella se apartó de él, y tomó asiento, frotándose las manos con creciente y notable inquietud.

—Nada, querido Henry. Solo... —hizo una sonrisa que se notó forzada—, solo pensaba en tus diferencias con tu padre. No creas que no me apenan.

—Eso no es una tragedia, madre, ni nada que no nos esperásemos.

—Que te hayas marchado de esta casa ¿no es una tragedia? ¿Que quieras renunciar a cuanto tenga que ver con los Trebarwith? —pronunció con angustia—. Ay, yo diría que lo es, y más en nuestras circunstancias.

—Mi marcha no afecta en nada a eso. Ustedes tienen un hijo para hacerse cargo de todo, dos hijas a las que casar y a Paul, que es ejemplo de probidad. Nada hay que pueda hacer yo para favorecerlos si me quedo aquí.

El suspiro de Helen fue entonces casi infinito; profundo como su

pena. A Henry le pareció que guardaba algo que no decía y que iba más allá de lo sucedido con Sophie o con él. Sin embargo, no pretendía atosigarla más, pues ya estaba bastante turbada. Cuando se sintiese con ánimos seguro que se lo contaría.

Con una sonrisa amable, la abrazó, pidiéndole que no se preocupara, y le preguntó si quería tomar un té. Ella accedió agradecida; y cuando lo sirvieron, conversaron un poco sobre Sophie. Henry, sintiéndose en un callejón sin salida, y con la esperanza de hallar en su carta alguna pista que le hubiera podido pasar desapercibida la vez anterior, se la pidió. Ella dejó la taza a un lado y la sacó del pequeño baúl donde la guardaba como si de un tesoro se tratase. Se la tendió, para después sentarse, muy afectada.

—Otra vez ese olor a rosas... —murmuró él, sosteniéndola con ambas manos, habiendo posado la taza sobre la mesa para dedicarse por completo a su nueva tarea.

—Hijo, empiezo a asustarme. ¿Será algún problema de salud? —preguntó ella, tomando asiento de nuevo—. Puedo llamar al señor McDermott.

—No es eso —dijo, al darse cuenta de que el olor procedía de la misiva.

A causa de los nervios ese hecho le había pasado desapercibido. Y tuvo entonces un pálpito que lo recorrió hasta punzarle en la nuca. A toda prisa se puso en pie y fue hacia la ventana para ponerla al trasluz. En la esquina inferior estaban las iniciales de Cassandra. Sabía que ella no podía haber ayudado a Sophie a semejante locura, estaba más que seguro, pero de Nyneve...

—¿Quién vino a buscar a Kara?

—La hermana de la señora Emery —respondió ella, tras dar un sorbo al té.

—¿Hablaron ella y Sophie a solas? —Cuando su madre asintió, él repuso—: ¿Y qué ropa se ha llevado mi hermana?

—Henry, ¿a qué viene este interrogatorio? ¿Qué ocurre?

—Conteste, por favor.

—Ligera. Como cuando vamos a pasar los veranos a Brighton. —Lady Trevanyon lo miró con sorpresa—. ¿Crees que estará allí?

—No. Creo que ha ido a Exeter, con Nyneve. Es donde se encuentra actuando la señora Emery.

—¡Dios Santo! —Dejó la taza sobre la mesa y se llevó la mano al vientre. No era capaz de dar un sorbo más—. ¿Y acaso ella no ha hecho nada para evitarlo?

—Apostaría a que no sabe nada. O al menos no cuando Sophie se marchó.

Escucharon un tremendo revuelo fuera. De repente, lord Trevanyon irrumpió en la estancia hecho una furia. Sin mediar palabra, se fue hacia Henry y lo cogió por la pechera, poniéndole la espalda contra el cristal. De haber estado abierto habría dado con sus huesos en el suelo. La carta se le cayó de las manos, a causa del impacto.

—¡Vas a arruinar a esta familia!

Su tía, que entró después, lo cogió por los brazos y logró apartarlo. Helen soltó una exhalación y acudió a socorrer a su hijo, interponiéndose entre el conde y él.

—Por favor, Orestes. Contente. Te lo suplico.

Henry apartó con delicadeza a su madre y dio unos pasos hacia el hombre, mirándolo con desafío.

—¿Qué demonios se cree que hace?

—Debería matarte. Yo te di la vida. Puedo quitártela —masculló —. ¡¿Has visto lo que has provocado?!

—Yo no he provocado nada. Ha sido usted con sus obstinaciones.

—Escúchame bien, Henry. —Orestes alzó el dedo índice con gesto amenazador. La ceja le temblaba—. O traes a tu hermana sana y salva o terminaré lo que empecé con esa actriz. Sophie ha de casarse con Oliver o acabaremos todos en la ruina.

—¿En la ruina? ¿Por qué dice eso?

—Nada que deba preocuparte, hijo. Sabes que tu padre es un tanto alarmista.

—No hace falta que le mientas por mí, Helen. Tal vez la verdad le haga consciente de que, si no arreglamos esto, todo habrá acabado para nosotros.

El joven se puso alerta.

—Madre, ¿de qué está hablando? —Cuando Helen agachó la mirada, él inquirió a la otra dama—. Tía Claire, si lo sabe, cuéntemelo, por favor.

Claire, nerviosa, miró a su cuñada. Esta negó con la cabeza.

—Yo lo haré —declaró, y le pidió que se sentasen para hablarlo con calma.

Tras unas cuantas miradas más de reproche entre padre e hijo, pudieron ocupar los asientos como personas civilizadas. Helen confesó lo que llevaban tiempo guardando.

—La temporada pasada, tu hermano mayor agravió a un hombre muy importante en Londres. Su hermano pequeño y él hicieron una apuesta y Orestes la perdió. —Le costó que no le temblase la voz—. Como se resistía a quedarse sin el dinero, lo siguió. Hubo una trifulca, con fatales resultados. El muchacho... murió.

Henry se quedó estupefacto.

—¿Lo mató?

Lady Trevanyon asintió.

—Su hermano, a quien en realidad nada le importa la muerte del otro, solo el dinero, nos ha demandado sumas altísimas para no delatar a Orestes a las autoridades. Nada lo contenta. Debimos pensarlo antes de acceder a sus coacciones, dejar que nuestro hijo pagase por su crimen, aun a costa de nuestro buen nombre. No lo hicimos y estamos en peligro por ello.

A pesar de todo, y por más que detestase a su hermano, Henry no pudo alegrarse de lo ocurrido. Ni el consuelo de pensar en la decepción que debía estar pasando su progenitor lo hacía sentir bien. El destino le había devuelto el golpe a su hermano mayor, pero no se sintió complacido por ello. No obstante, no se quedó con las ganas de hacerle saber a su padre lo que pensaba.

—Y usted siempre tan orgulloso de él... Pidiéndome que me pareciese más al perfecto y obediente Orestes. Mire cómo ha acabado. Asesinando a un hombre y llevando a esta familia a la ruina.

—Henry, por favor —suplicó su madre—. No hables así de tu hermano.

—¿Por qué no? ¿Acaso debo tenerlo en estima solo porque llevemos la misma sangre? ¿Acaso...?

—¡Tu hermano ha muerto! —bramó el conde—. ¡Deja de faltar a su memoria!

Se hizo un silencio sepulcral después de que los gritos reverberasen en la estancia. Henry pestañeó incrédulo. Su madre agachó la mirada, frotándose las manos, nerviosa. Sus pulseras

volvieron a llenar el aire de un tintineo. Parecían música de algún malévolo ser que celebrase la desgracia.

—Mi hermano está en Cardiff con los tíos.

—Lo enviamos allí para alejarlo de todo, pero ha vuelto a meterse en problemas con gente de mala reputación y esta vez... —Helen sacó un pañuelo y se lo llevó a los labios. Incapaz de hablar más, sollozó—. Han acabado con él.

Henry buscó la mirada de su padre. Este no dijo nada, solo clavó la suya en el exterior. Por primera vez, en muchos años, su hijo vio un atisbo de lágrimas en ellos. No terminaron de salir, porque el conde estaba hecho de hierro. Su mujer secó las suyas, que sí se desbordaron. A pesar de que el heredero no había salido de su vientre, lo quiso como si lo hubiera hecho.

—No hablemos más de ello, por favor —dijo—. Nadie sabe que ha sucedido así, solo nosotros, la tía Claire y los tíos. Será un secreto que nos llevaremos a la tumba. Cuando lo comuniquemos, les diremos a todos que fue un desafortunado accidente. Ahora solo queremos terminar con esta pesadilla para poder seguir adelante.

—¿Y qué hay del hombre que os extorsionaba?

—Parece que la muerte de Orestes lo ha disuadido de hacer nada más. Por desgracia, seguimos necesitando el dinero de la familia Pilgrey para recuperarnos —le explicó lady Trevanyon, no sin antes buscar el consentimiento de su esposo con la mirada para dar más explicaciones—. Tu padre ha vendido algunas de las propiedades no vinculadas, bastantes tierras, cabe decir, y yo me he deshecho de algunas joyas, pero no debemos vender nada más o la gente empezará a pensar que estamos arruinados. No nos podemos permitir esa sospecha. Sabes que el poder de toda familia está en su reputación y en la tierra, Henry. Si nos quedamos sin ambas cosas... no seremos nadie.

Su hijo suspiró, mientras se ponía en pie.

—Muy bien. Voy a traer a Sophie para que pueda salvar nuestro patrimonio, y después me dejará en paz. —El joven besó la frente de su madre y le aseguró que todo iría bien—. Y, por favor, no se ponga más esas pulseras. Su tintineo atrae la mala fortuna.

La mujer, aunque no era supersticiosa, se las quitó. Él se despidió de su tía, cogió la carta del suelo y caminó hacia la puerta, sin decirle

nada a su padre; sin embargo, este sí tenía algo que decir y que lo hizo detenerse en seco.

—No puedo dejarte en paz, Henry. A falta de tu hermano, eres mi heredero.

—¿Qué? —musitó, sin girarse—. Yo no... Déjelo en manos de Paul, algo podrá hacerse para que recaiga en él.

—Paul se debe a Dios. No tiene carácter suficiente como para afrontar esta carga.

—Seguro que se le ocurre algo para persuadirlo. Tal vez haya alguien en su vida a quien pueda amenazar. O quizás podría obligar a mis hermanas a concebir pronto un varón, con alguna suerte de pacto diabólico. En ese particular también tiene contactos.

Sin darle opción a réplica, dejó el salón y se preparó para viajar a Exeter, con el firme convencimiento de que su hermana estaba allí. Antes de irse, escribió a sus amigos para informarles de los sucesos. Estaba en ello cuando un criado pidió permiso para entregarle un paquete. Henry frunció el ceño, pues no supo de qué se trataba hasta que lo abrió. Una fugaz sonrisa se le dibujó, avivada por el dulce recuerdo de una noche única: esa en la que besó por primera vez a Cassandra. Poco después de aquello, había llevado el rizo que ella cortó a la joyería, para solicitar que lo colocasen en el interior de un medallón de plata, decorado con azabache. Se abría cual hojas de un libro para que Cassandra pudiera contemplar el mechón cuando quisiera. Henry lo mandó grabar con las iniciales de ambos y la fecha en la que se encontraron en Trevena. Pensó que, si volvía a verla, quizá hallaría el valor de dárselo. Aunque sus vidas no fueran de la mano, sus almas lo harían por siempre. Lo guardó en el bolsillo y terminó las misivas. Solo su corazón iba más apresurado que su mano al llenar los pliegos con tan nefastas noticias. Preveía marcharse antes de que le contestaran, por lo que les pidió calma, así como que proporcionasen a su madre cualquier tipo de información de la que fueran conocedores.

Capítulo 17

Ya en el carruaje, trató de relajarse. Tenía millas por delante y, lo que era peor, el camino que Allan tomó pasaba por lugares que había compartido con Cassandra, incluido Glastonbury, donde una tarde neblinosa se detuvieron para pernoctar. A Henry se le rompió el corazón al verse allí, rodeado de tantos recuerdos. Mientras Allan instalaba sus cosas en la habitación, recorrió el lugar, perdido en ellos. Sus pies no tardaron en ir, por inercia, a esa estancia en la que tanto habían compartido. La observó, adolecido. Casi podía escuchar la risa de Cassandra. En medio de esta, se coló un maullido que le pareció demasiado real. Giró la cabeza y vio sobre la mesa a una gatita que reconoció al instante.

—Pequeña, qué haces... —No pudo terminar de hablar: Cassandra había entrado en la habitación.

—Serás bribona —regañó ella sin percatarse de la presencia de él —. Algún día te vas a perder.

El felino respondió con un largo maullido a la vez que ella lo tomaba en brazos. Fue al girarse para salir cuando vio a Henry. Se asustó, pues no esperaba a nadie, pero en cuanto su cerebro procesó la imagen, el mundo a su alrededor se detuvo.

—Henry... —musitó, con la voz entrecortada—. ¿Qué hace aquí?

Le salió hablar en un modo formal, tal vez para asegurarse de que

ponía distancia entre ambos, como si fueran desconocidos, algo que sabía sería en vano. A pesar de ello, en el rostro del joven se bosquejó una sonrisa. La desolación por verse en aquel lugar sin ella se había desvanecido al contemplarla.

—Cassandra —pronunció su nombre con amor—. Voy a Exeter, ¿y usted?

—A Bath, para verlo. Su hermana... —La dama miró nerviosa hacia la puerta, por si hubiera alguien que pudiera escucharlos—. Su hermana está aquí.

—Lo sabía. Sabía que estaba con usted, por eso viajaba al sur.

—Parece que nos hemos puesto de acuerdo entonces.

Se dedicaron una leve sonrisa, observándose en silencio. Cuántas esperanzas puestas en una mirada. Kara maulló, recordándoles que no podían estar así toda la vida, aunque fuera su mayor deseo: mirarse hasta desgastarse, porque mientras se vieran significaba que estaban juntos, que no había millas de distancia entre ellos, que restaba la esperanza de una palabra ilusionada o un acercamiento.

—Lamento lo ocurrido con Sophie. Le prometo que yo no sabía nada. Nyneve y ella lo orquestaron todo. Y alguien más que desconozco, pues no quieren decírmelo.

—No se preocupe, sé que usted es juiciosa como para consentir algo así. Siento si mi hermana ha causado algún inconveniente.

—Es encantadora y todo lo ha hecho por usted. Lo quiere como a un padre.

—Lo sé, pero eso no la exime de su responsabilidad. Ni de la reprimenda que le espera cuando regresemos a casa —dijo él, pesaroso—. He de hablar con ella. Mis padres están al borde del colapso.

—No sé si logrará convencerla para presentarse ante ellos sin una carta de rendición por parte del conde. Está decidida a mantenerse en su opinión. Solo logré persuadirla de regresar a Bath para hablar con usted y con nadie más.

—Tendrá que entrar en razón. No puede poner en riesgo su reputación por mí. —Hizo una pausa para después agregar, tímido—: Por nosotros.

—Dice que no bajará las armas hasta que podamos estar juntos.

—¿Y usted qué piensa?

—Que es la locura más absoluta que le he visto hacer a nadie.

Él se tomó su tiempo antes de hacerle una pregunta que podría cambiarlo todo.

—Pero... ¿cree que merece la pena? —Puso la mirada en ella, esperanzado.

—Creo que la fuerza de la lucha ha de ser proporcional a las posibilidades de ganar —contestó Cassandra. A pesar de sus palabras, lo miraba de igual modo—. No merece la pena obcecarse en derribar un muro de piedra con las manos desnudas.

Con cada pregunta, y su correspondiente respuesta, se acercaban un paso, queriéndolo o sin querer. Sus cuerpos se pertenecían y se buscaban como raíz a la tierra.

—El muro puede saltarse.

—No si es tan alto como el cielo.

—Se puede horadar el suelo para llegar al otro lado —rebatió él.

—¿Y si fuera de roca?

—Esto se hace por amor, no lo olvide. Y el amor puede derretirla hasta convertirla en lava. Y aquel que ama puede caminar sobre el fuego sin quemarse, porque nada le duele más que la ausencia de la persona a la que ama.

Ella sonrió fugazmente, pidiéndole a su corazón que no acelerase tanto los latidos. Kara, en sus brazos, pareció notarlo, pues movió las orejas y puso la cabeza contra el pecho, ronroneando para calmarla. Cassandra tomó aire y la acarició. La había acompañado en las noches de soledad en las que lloró por Henry, haciendo eso mismo, como si supiera que ese dulce sonido alejaba sus temores.

—Cassandra. —Henry dio otro paso hacia ella. Uno más y no habría espacio entre los dos—. A juzgar por lo que me dijo, sé que no hay forma de que podamos estar juntos y, aun así, el deseo de estar a su lado por siempre es más fuerte que nunca. Pero también sé que, si quiere, podemos convertir el «no» en un «sí» y el «imposible» en «posible». Podemos derretir el suelo hasta hacerlo lava y caminar sobre ella de la mano. Dejar fuego a nuestro paso y construir juntos un imperio con los restos del incendio.

Las palabras de Henry removieron cuantos sentimientos albergaba. Su tono de voz, entregado; su manera de mirarla, más apasionada que nunca. Todos sus anhelos se hallaban entretejidos en

ese discurso. De nuevo sintió que lo amaba con todas sus fuerzas, por más que quisiera no hacerlo. Intentó respirar con normalidad: algo complicado.

Quedaron en silencio mientras Cassandra sopesaba su respuesta. Él, con la mirada clavada en ella; ella, con la mirada puesta en el fuego. La dama lanzó una pregunta a las llamas. «¿Deberían hacerlo? Desafiar al mundo, a los dioses. Al conde y a sus amigos. Desafiar a media Inglaterra por amor». Si era verdad que en aquella tierra moraban criaturas ancestrales, sabrían aconsejarla. Y el fuego chisporroteó con tanta vehemencia que hasta Henry se giró, sobresaltado. Al no ver peligro, volvió a mirarla y aguardó, con toda la esperanza que puede contenerse en un alma enamorada, a que Cassandra hablase.

—¿Cree usted en el destino, Henry? —dijo ella entonces, regresando la vista a él.

—Fervientemente.

No podían estar separados después de haberse comido a besos; de haber retado al tiempo y a las circunstancias en la piel del otro. No podían. Ni querían. Necesitaban más de eso. Se acercaron del todo, y Henry, con una preciosa sonrisa, estiró la mano para tocar a Kara. La gata recibió las caricias entre las orejas, incrementando su ronroneo.

—Casi parece que vaya a romperse —dijo, divertido.

—Lo ha echado de menos.

Por la forma de mirarlo, él supo que Cassandra no hablaba solo de Kara.

—Hay algo que quiero darle. —Henry sacó del bolsillo la joya que había encargado para ella—. Pase lo que pase, me gustaría que la tuviera.

La puso en la palma de la mano de Cassandra. Ella la observó con los ojos vidriosos por la emoción al descubrir lo que contenía.

—Esa noche fue la más hermosa de mi vida, Henry.

—¿Por qué? —preguntó él, con el corazón apresurado ante la posible respuesta.

—Porque al fin me concediste un beso —y volvió a hablarle de forma cercana, expresando sus intenciones.

—Te concedería todos los del mundo, Cassandra.

Ella posó la mano sobre la de él. Volvieron a hallarse sus miradas

y pactaron con una sonrisa un acercamiento más pues se abrazaron. No pudieron hacerlo con toda la fuerza que deseaban porque Kara estaba entre ellos, lo que les recordó a aquel día donde la dicha les había sonreído antes de que las cosas se torcieran. Ahora tenían la posibilidad de enderezarlas y sus corazones estaban dispuestos a ello. Se quedaron así, abrazados, disfrutando del aroma y el calor del otro, hasta que escucharon una voz sobresaltada.

—¡Henry! ¿Qué haces aquí?

Giraron la cabeza hacia la puerta y vieron a Sophie y a Nyneve. Venían cargadas de libros y dulces. Debían de haber estado comiéndoselos porque llevaban las comisuras de los labios y las mejillas llenas de chocolate. Él trató de ponerse serio, aunque la estampa era bastante cómica. Se separó de Cassandra y fue hacia su hermana.

—No, Sophie Eleanor Trebarwith, ¿qué haces tú aquí? —Se plantó delante de ella.

—Te dije que me arrojaría a las olas por ti. Y nada podrás hacer para persuadirme. Lo tengo todo planeado —respondió resuelta—. Si padre no entra en razón, Nyneve, Olivia y yo cruzaremos el océano y abriremos una tienda de confección en América. Haremos sombreros y vestidos. Y Amy, la doncella de la vizcondesa, a quien hemos conocido y queremos como otra hermana, peinará a las señoras. Seremos ricas. Así que, como ves, no tengo por qué casarme con nadie, y si lo hago solo será por una buena causa.

Henry y Cassandra se miraron y suspiraron a la vez. Él alzó los pulgares para limpiarle el chocolate de las mejillas; después hizo lo mismo con el de Nyneve. En el fondo era también como su hermana pequeña.

—No sabes lo de Orestes, ¿no? —le dijo a Sophie entretanto.

—¿Qué ha hecho ese mentecato ahora? Es el hermano mayor, sí, y también el mayor de los idiotas.

Al joven casi se le escapa una risa, mezclada con el sentimiento oscuro que le despertaba la muerte de su hermano a pesar de todo.

—¿Podemos hablar en un lugar más privado, por favor?

Cassandra asintió y subieron a la habitación de las damas, con discreción.

—¿Cómo has sabido que estaba con Nyneve? —le preguntó

Sophie, una vez allí.

Henry sacó la carta de la levita y se la tendió. Mientras ella la observaba, le dijo:

—La próxima vez que te fugues, Napoleón, no dejes huellas tan fáciles de seguir.

Sophie frunció los labios y después se rio. Al oído de Nyneve cuchicheó que se alegraba de que Olivia las hubiera encubierto como había prometido, algo que su hermano no escuchó o la doncella se habría llevado una reprimenda. Tras esto, Henry les relató lo sucedido. Nyneve y Sophie lo escucharon en tanto que terminaban de comerse los dulces, como si fueran niñas viendo títeres, mostrando sorpresa a cada tanto. Cassandra se quedó sentada en una silla, con Kara en el regazo, acariciándola a la vez que atendía en silencio.

—Pero ¡eso es terrible! —exclamó Nyneve.

Sophie se tomó con entereza la muerte de Orestes. Quizá porque la esperaba de algún modo. Su hermano se guardó los detalles, no había necesidad de turbarla hablándole de cómo se había ido en realidad.

—Entonces, ¿tú serás el heredero?

—Me temo que sí.

—Mi hermano favorito se convertirá en conde algún día. ¿No te parece increíble? —le dijo a Nyneve, a lo que su amiga asintió—. Y tu hermana, en condesa.

Las muchachas los miraron con gesto suspicaz. Henry y Cassandra se echaron un vistazo de reojo, con las mejillas encendidas.

—Bueno… —Henry carraspeó—. No nos precipitemos. Has de volver a Bath y cumplir con tu compromiso, Sophie. Dependemos de ti.

—Yo podría ayudaros. —Cassandra fue junto a Henry—. Quizá pueda prestaros cierta cantidad para que hagáis una inversión y no dependáis de ese compromiso.

—Salvarnos implica una suma muy alta.

—Quizá antes de separarme de ti no pudiera hacer nada, pero ahora sí. En este último mes me han llenado los bolsillos de joyas y dinero. He amasado una fortuna considerable, tanta que… podría mantenernos a ambos el resto de nuestra vida.

Henry no quiso pensar en todos esos hombres adulándola. No era

celoso, pero no pudo evitar sentir envidia por un instante, pues otros la habían tenido cerca cuando él no.

—Entonces os fugáis los dos, y arreglado.

—Nadie va a fugarse, Sophie. No armaremos más escándalos. Y Cassandra no dejará los escenarios por mí ni se expondrá en ese aspecto a la ira de papá —le dijo, muy severo. Ella pareció entenderlo, pues no replicó. Después se dirigió a la actriz—. ¿Por qué harías eso por un hombre que te ha despreciado de esa forma? ¿Por qué lo salvarías?

—No lo haría por él, Henry. Lo haría por ti. Y por Sophie. No es justo que se case sin amor y tampoco lo es que pierdas todo por las malas decisiones de tu hermano.

—No sé si mi padre aceptará tu ayuda, Cassandra —sopesó él—. Ni tampoco sé si quiero que se la des. No se la merece después de lo que te ha hecho.

Ella dejó a la gata en brazos de su hermana. Soltó un maullido y, en cuanto la muchacha la cogió, le lamió los restos de chocolate de las manos. Nyneve rio al sentir las cosquillas y Sophie le dio un codazo para que guardara silencio. Ante ellas, Henry y Cassandra se hallaban el uno frente al otro.

—Déjame ayudarte —le dijo ella tomándolo de las manos—. No pongo ninguna condición. No lo hago para que tu padre me acepte y podamos casarnos con su consentimiento. He visto hundirse a una familia y no soportaría que le sucediera lo mismo a la tuya. Por favor, Henry, no pongas impedimentos a esto.

Él sopesó las posibilidades. Le parecían una locura, pero confiaba en Cassandra, porque el amor se escribe con la misma tinta que la confianza. Finalmente, accedió.

—Entonces nos vamos todos a Bath y hablaremos con él.

—Yo no. Yo me quedo aquí. —Sophie se cruzó de brazos—. No pienso poner un pie en Pentargon hasta que papá no acceda a vuestro matrimonio. No voy a desperdiciar mis cartas sin haber visto antes las del otro.

—¿Quién te ha enseñado a hablar así? —preguntó Henry, ceñudo.

Terminaba de decir esas palabras cuando llamaron a la puerta con unos toques apremiantes. Sophie saltó de la cama y fue a abrir, alegremente.

—¡Al fin te encuentro! Tu hermano va de camino a Exeter, tenéis que...

Cuando Henry reconoció la voz de Arthur, alzó una ceja.

—Belaford, ¿qué demonios haces aquí?

Arthur se encontró con la mirada inquisitiva de su amigo y se preguntó cómo iba a salir de aquella situación. Miró a Sophie, frunciendo los labios, y esta se encogió de hombros.

—Lo siento. Ha aparecido de repente —dijo, regresando junto a Nyneve.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, Arthur Joaquim Ernest Belaford. —Henry puso los brazos en jarra.

El otro suspiró: lo mejor era ser directo. Habían pasado por tantas cosas juntos que una más no acabaría con ellos.

—Sí, yo la he ayudado a fugarse. Mátame si quieres, pero su plan es brillante.

—Brillante... Brillantes debería dejarte las mejillas con las manos, y no precisamente con caricias —bufó su amigo—. Ya hablaremos. No tengo tiempo de enfadarme ahora contigo. ¿Nos vamos a Bath, por favor? Quiero acabar con este asunto.

—¿Viajaremos toda la noche? —preguntó Sophie, sorprendida—. ¿Y si nos asaltan unos... bandidos?

—Deja tu imaginación en la posada. Nada te sucederá.

—Y si algo sucede, yo la protegeré —dijo Arthur, cual embaucador. Henry lo miró con una advertencia, en tanto que su hermana sonreía complacida. Él añadió—: Henry, ve con Cassandra en vuestro carruaje, os seguiré con las muchachas en el mío. Cuando estemos en Bath, aguardaremos fuera mientras habláis con lord Trevanyon. Si entra en razón, entonces Sophie volverá a Pentargon. Si no, la llevaré donde ella diga.

Henry accedió a regañadientes y fue a buscar a Allan para ver si había posibilidades de partir. Este acordó un cambio de caballos con un buen amigo y lo dispuso todo. Cuando recogieron sus cosas se encaminaron hacia el carruaje. Arthur parloteaba animado con las jóvenes. Parecían ajenos a la tormenta en la que estaban metidos, hasta que Henry lo oyó refunfuñar. Entendió la razón cuando reconoció, a unos pasos, a Azucena Kellington. De todos los lugares de Inglaterra habían ido a parar al mismo.

—No te enzarces en una discusión con ella, te lo pido por favor.

—¿Con quién? Yo no veo a nadie aquí —replicó el otro, orgulloso —. Ve tranquilo. Os seguimos.

Henry rezó porque nada pasase, se despidió de ellos y se dirigió hasta el carruaje. Cuando Allan lo vio con la actriz, sonrió. Lucían bien juntos. Nada lo alegraría más que verlos casados. Henry ayudó a subir a Cassandra y, antes de seguirla, oteó el horizonte. Comprendió entonces por qué los antiguos llamaron «isla» al promontorio sobre el que se alzaba Glastonbury Tor. En los días de niebla como aquel, parecía rodeada por el mar, como si hubieran de tomar un barco para llegar hasta ella. Se prometió que, si las cosas salían bien, volvería allí con su amada para, al pie de la torre, gritar que la amaba. Después irían donde ese árbol para tallar sus nombres. «C. y H.» serían por siempre Cassandra y Henry. Suspiró, imaginando aquellos bonitos escenarios, y volvió a la realidad.

En el trayecto hacia Bath, decidieron que ganase la esperanza y no dejaron de hacer planes de futuro. Y tampoco de besarse. Qué bella bendición la de haberse reencontrado.

Capítulo 18

Cassandra no había estado más nerviosa en toda su vida. Ni delante de un océano de público en el teatro más exigente de Inglaterra se había sentido como si su existencia pendiera de un hilo. No obstante, notar que Henry la tomaba de la mano, en presencia del conde, la tranquilizó un poco. Los demonios de su infierno no eran inmunes al calor que su amor desprendía y se abrasaban hasta morir. Estaban sentados el uno junto al otro, en un sillón, frente a Orestes, su esposa y la tía Claire, en el salón de Pentargon House. El sol caía sobre Bath, dibujando sombras en las paredes. La noche primaveral estaba espléndida, perfecta para ir a las Upper Room, al baile que ya se preparaba. Cualquier lugar, menos ese en tales circunstancias, habría sido el adecuado para pasar una noche así. Sin embargo, era un trago que debían afrontar y al menos lo estaban haciendo juntos.

—¿Dices que esta mujer está dispuesta a prestarnos tal suma de dinero? —La voz de lord Trevanyon sonó tan ruda como siempre.

—Sí, padre. Cassandra quiere ayudarnos.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada.

—No digas tonterías, hijo. —Entrecerró los ojos—. Sabe que vas a ser conde y querrá casarse contigo para ocupar una posición alta. Eso sería un escándalo intolerable. La futura condesa de Trevanyon, una

actriz...

—Deje de juzgarla mal por eso: yerra al hacerlo. Nada hay de malo en ello. Yo me siento profundamente orgulloso de lo que es. —Le dedicó una sonrisa para después, más serio, regresar la vista hacia su padre—. Es una actriz, sí, pero lo que es más importante, es la mujer a la que su hijo ama. La mujer que le ha hecho cambiar de opinión con respecto al Parlamento.

Orestes alzó una ceja, sin creérselo.

—¿Ella te ha convencido de que entres en política?

—Sí, padre. Ella no es el enemigo que usted cree que es.

El conde observó a Cassandra de soslayo. Esa breve mirada bastó para hacerla tragar saliva, algo turbada. Por más fuerte que fuera su temperamento, había en los ojos de ese hombre una fiereza sin igual. Los de Henry, por suerte, eran mucho más amables. Aunque a los dos les temblaba la ceja por igual cuando se ponían nerviosos.

—Señoría, si me permite, querría hablar personalmente.

Orestes hizo un gesto algo altivo dándole permiso.

—Voy a prestarle el dinero me case con su hijo o no. Porque no quiero la infelicidad de Sophie ni tampoco la de Henry.

—¿Y a usted qué le importa mi Sophie?

—Mi hermana la quiere muchísimo. Ha encontrado en ella una amiga. Y yo también la aprecio, es como una hermana para mí. Es algo caprichosa, sí, pero tiene un corazón bondadoso, y prueba de ello es la locura que ha hecho por su hermano. Por favor, le pido que considere mi ayuda, pues se la presto de buena gana.

Orestes miró a Cassandra; ella se dio cuenta de que la fiereza de su mirada se volvía casi imperceptible y atisbó una llama afable.

—Por favor, es lo mejor para todos. —Helen habló con dulzura a su esposo.

El conde apretó el mentón. Le estaba costando agachar la cabeza ante lo evidente. Claire reclamó su atención, y cuando la obtuvo le dijo, muy seria:

—Si no accedes, Orestes, solo demostrarás tu falta de juicio. Y un hombre de tu posición puede presumir de todo, menos de carecer de sensatez. ¿Prefieres entregar a tu hija a gente que apenas conoces, cuyo nombre está ligado a la sangre de sus esclavos en las minas? Los Trebarwith nunca nos hemos mezclado en esa clase de asuntos tan

horribles. Sabes que padre lo reprobaría firmemente y el abuelo Tristan montaría en su caballo negro y pasaría por encima de ti hasta dejar poco más que tus huesos si supiera que has vinculado nuestro nombre a ejercicio semejante —declaró, vehemente—. El resto de nuestra familia te retirará el favor. Además, por si esto te deja más tranquilo, he sabido que la señora Emery es nieta de un barón, por lo que procede de buena familia.

Lady Merethly cruzó los dedos en secreto, rezando porque su hermano no sacase a colación las discordancias en la familia de Cassandra, porque las hubiera olvidado o no estuviera al tanto de ellas. Y tuvo suerte, pues tras unos minutos de silencio casi insoportables, Orestes se pronunció favor del arreglo.

—Se lo devolveré, señora Emery.

Quedaron estupefactos por el tono formal que había empleado. Cassandra inclinó la cabeza en señal de su acuerdo. El conde se levantó y todos lo hicieron al momento.

—Henry, trae a tu hermana de vuelta, por favor —dijo, mirándolo sin esa ira que otras veces había empleado—. Te espero en Londres la semana que viene. Se alegrarán de verte por allí. Y... —carraspeó, lo siguiente le costaba decirlo un poco más—, si la señora Emery quiere acompañarte para que la presentes formalmente... me parecerá bien.

Henry sonrió.

—Estoy seguro de que, si no tiene ninguna actuación, estará encantada de ello.

Orestes la miró por un instante y se marchó. Cassandra y Henry se abrazaron.

—¡Por el amor de Dios! ¡Mis pobres nervios! ¡Casi tenéis que enterrarme! —exclamó Helen, rezumando alegría en la voz—. ¡Gracias a todos los santos! ¡Gracias!

—Ya os decía yo que era un gatito disfrazado de león —dijo Claire, yendo a abrazar a sus sobrinos—. Una actriz en la familia. Esto va a ser el mayor de los escándalos, así que nos vamos a divertir muchísimo con tanto chisme. Bueno, ¿dónde queréis casaros?

—Tía...

—Ve a buscar a tu hermana, nosotras tenemos que planearlo todo para la boda. ¿Puedo llamarla por su nombre? —Puso la mano en la espalda de la joven y la obligó a caminar hacia la puerta. Ella asintió

y, poco a poco, soltó la mano de Henry, con cara de circunstancias, aunque feliz—. Dígame, Cassandra, ¿cuáles son sus flores favoritas?

—Las rosas blancas —contestó Henry, mirándolas contento.

—Son muy hermosas, la verdad. Aunque no podremos poner solo esas. Yo había pensado también en lirios. Eran los preferidos de nuestra madre, y su esposo y el abuelo llenaban Pentargon Park de ellos —siguió diciendo Claire mientras se alejaban.

Helen besó la mejilla de su hijo, con cariño, y se fue con ellas.

Él, ya a solas, se sintió liberado. Su vida había pasado delante de sus ojos en aquella reunión; había tenido miedo. Pero ahora todo era dicha y promesas de felicidad eterna. Con una sonrisa, fue en busca de Sophie. Cuando todo quedó solucionado, Cassandra y él pudieron disfrutar el uno del otro y bailaron tantas piezas como quisieron en las Upper Room. Bajo la luz de las velas fueron el centro de atención. Ella, con su vestido dorado; él, con su levita azul. Dos almas destinadas a vivir la mayor de las dichas. A caminar sobre las llamas sabiendo que el amor no permitiría que se quemasen. Y esa noche, la luna, llena como aquella vez en el Avon, fue testigo de su pasión.

Unas semanas más tarde, cuando todo el mundo sabía ya del compromiso de Henry y Cassandra, él la llevó a Glastonbury Tor y, tal y como había prometido, clamó desde allí su amor eterno.

—Pronto dejarás de ser la señora Emery para ser la señora de Henry Trebarwith. ¿Crees que te acostumbrarás?

—Depende de los besos que me des.

Él, con una sonrisa, posó el más dulce de todos en sus labios.

—Y de las veces que me hagas el amor —añadió ella.

—Espera a que esta noche lleguemos a la posada, porque el alba te encontrará gimiendo entre mis brazos —susurró a su oído, estremeciéndola—. ¿Algo más?

Cassandra asintió, melosa.

—Y de las veces que me digas «te quiero».

—Te quiero —pronunció él, devoto.

Ella, tras abrazarlo con fuerza, se lo dijo también, aunque en la lengua que un día hablaron los ancestros de su amado.

—*My a'th kar*.

Y él respondió con el más apasionado de los besos, preludio de cuantos se darían el resto de su vida, bendecida por la más absoluta

felicidad.

FIN

Glosario

Los protagonistas

Cassandra Emery (nacida Corinton), actriz.

Henry Trebarwith, cuarto hijo del primer matrimonio del conde de Trevanyon.

Personajes secundarios

Orestes Trebarwith, conde de Trevanyon (y otros títulos menores como vizconde de Pentargon). Aparece mencionado también como lord Trevanyon. Padre de Henry, hermanos y hermanas.

Elizabeth Trebarwith (nacida Trewethern), difunta condesa. Madre de Orestes, Percy, Elizabeth y Henry.

Helen Trebarwith (nacida Eily), segunda esposa del conde. Condesa de Trevanyon, madre de Sophie, Helen y Paul. Aparece mencionada también como lady Trevanyon.

Orestes Trebarwith, primer hijo de Orestes y Elizabeth. Es el heredero aparente.

Percy Trebarwith, segundo hijo de Orestes y Elizabeth. Cayó en batalla en las guerras napoleónicas.

Elizabeth Clairmont (nacida Trebarwith), hija de Orestes y Elizabeth. Marquesa de Trenale por matrimonio.

Paul Trebarwith, primer hijo de Orestes y Helen. Clérigo.

Sophie Trebarwith, hija de Orestes y Helen.

Helen Trebarwith, hija de Orestes y Helen. Gemela de Sophie.

Claire Benethen (nacida Trebarwith), condesa de Merethly por matrimonio, hermana de lord Trevanyon. Se la menciona también como lady Merethly.

Olivia Daremoor, doncella de Sophie.

Allan Arlowen, cochero de los Trebarwith.

James Munro, vizconde Caverty. Amigo de Henry y esposo de Georgiana. Mencionado también como lord Caverty.

Georgiana Munro (nacida Cathworth), vizcondesa Caverty por matrimonio con James. Es la hermana de Charles. Mencionada también como lady Caverty.

Charles Cathworth, marqués de Adler. Amigo de Henry, hermano de Georgiana y esposo de Susan. Mencionado también como lord Adler.

Susan Cathworth (nacida Hartfield), marquesa de Adler por matrimonio con Charles. Mencionada también como lady Adler.

Arthur Belaford, amigo de Henry.

Azucena Kellington. Aparece referida por sus enfrentamientos con Arthur. Es la protagonista de *Entre la tentación y el orgullo* junto a él.

Lady Gleann, la tía del vizconde Caverty que conocimos en *Entre el honor y deseo*.

Nyneve Corinton, hermana de Cassandra.

Lord Alexander Thonbert, quinto hijo del duque de Huttdon. Relacionado con Cassandra.

Oliver Pilgrey, heredero de los Pilgrey.

James McDermott, el médico que conocimos en *Entre la razón y el sentimiento.*

Nombres de las residencias de los personajes

Pentargon Park, residencia de los Trebarwith en Trevena

Pentargon House, residencia de los Trebarwith en Bath

Lannely Park, residencia de los Caverty a unas millas de Bath

Adler Park, residencia de los Adler a unas millas de Bath

Belaford House, residencia de los Belaford en Bath
Belaford Manor, residencia de los Belaford a unas millas de Bath

Nota de autora

Ha sido una maravillosa aventura escribir esta novela. Primero porque tenía muchas ganas de ver qué me deparaba el personaje de Henry, cuya personalidad ha sido más pausada en las otras novelas, aunque sin perder del todo esa parte suya que lo hace tan especial. No era tan llamativo como los demás y quizá por eso me tenía intrigada. Conocerlo ha sido hermoso y gratificante, y en muchos puntos me ha sorprendido. A quienes no estéis familiarizados con los procesos creativos de algunos autores, os parecerá que me he vuelto loca hablando así. Que me refiero al personaje como si realmente estuvieran fuera de mi control sus acciones, como si se tratase de una persona real a la que estuviera conociendo. Bueno, pues por extraño que parezca, a veces es así. Yo los imagino de forma tan real que una parte de mí piensa que existen. Y quizá por eso también, como mis lectores me suelen decir, parezcan tan reales.

En cualquier caso, ha sido bonito estar con él, y también con Cassandra. Es un personaje femenino con mucha fuerza. Una mujer que tomó un camino diferente a lo que se esperaba de nosotras en la época. He aprendido mucho de la vida de las actrices y del teatro en aquellos tiempos. Cabe decir que algunos intérpretes estaban a la altura de lo que hoy consideraríamos estrellas del rock. He indagado en las biografías de muchas actrices y descubierto que sus vidas

estuvieron llenas de aplausos, pero también de gestos de condena. Buena parte de ellos por su vida personal, en ocasiones incompatible con los escenarios.

Antes de este periodo, allá en la época shakesperiana, las damas tenían prohibido subirse al escenario y eran hombres quienes interpretaban los papeles de mujer, algo que se refleja por ejemplo en la película *Shakespeare in Love*. Su incorporación no fue de un día para otro, pero cuando se les permitió, debían de estar casadas. Y aunque esto cambió en el futuro, muchas contraerían matrimonio, en ocasiones por conveniencia, con otros actores o representantes, y usaban su apellido de casada para así asegurarse la simpatía de todo el público, fuera conservador o no. Otras, incluso, usaban nombres de casada sin siquiera haber pasado por vicaría. Una vez más, la vida de la mujer de la época estaba vinculada al hombre.

Más allá del éxito de los escenarios, sus vidas privadas, y en especial las amorosas, fueron dignas de novela, aunque temo deciros que no todas tuvieron final feliz. En España es bien famosa María Calderón, amante de Felipe IV, y en tierras inglesas hubo también quien cayó en los brazos de hombres poderosos. Como eran consideradas bonitas y muy ingeniosas, llamaban la atención de esta clase de caballeros bien posicionados que, por supuesto, no iban a tenerlas en cuenta para el matrimonio. Eso habría sido un escándalo. Aquellas que hallaban el amor a menudo eran obligadas a dejar de actuar para casarse. Como Alexander quería que hiciera Cassandra, si es que alguna vez pensó realmente en casarse con ella...

Actrices famosas por sus romances fueron, entre otras, Emma Hamilton, amante del Almirante Nelson, y quizá la más reseñable Dorothea Jordan (o Dorothea Bland) que tuvo por amante a Guillermo, duque de Clarence, posteriormente rey Guillermo IV, y con quien tuvo al menos diez hijos, a quienes bautizaron con el apellido FitzClarence. Como ya sabéis, la adopción en aquellos tiempos no existía como tal, así que esos niños fueron hijos ilegítimos. Muchos tuvieron suerte de llegar a la edad adulta, algo que no ocurrió con los que sí eran legítimos. Curiosamente, este hecho derivó en la llegada al trono de su sobrina, la famosa reina Victoria. En cualquier caso, Guillermo, al primero de sus hijos ilegítimos, le dio uno de sus títulos, conde de Munster. Dorothea y Guillermo se separaron en 1811, pero

el duque proveyó de cuanto era necesario para la familia a cambio de que ella no volviera a actuar. Por cuestiones familiares ella pisó los escenarios de nuevo y él le retiró cualquier favor. Después de tantos años juntos y de diez hijos en común, a pesar de toda la fama, ella murió en la pobreza.

Con estos precedentes, puede parecer que la historia de Henry y Cassandra bien parece un cuento de hadas, en exceso adornado; que quizá en la realidad habría sido imposible que pudieran casarse, más allá de hacerlo con una fuga y arruinando su reputación. Salvar las exigencias del padre, el escándalo de la sociedad y su reprobación... ¡El futuro conde de Trevanyon casado con una actriz! Imposible. Podría parecerlo, peeeeero por el bien del amor y los finales felices os diré que existió una actriz llamada María Foote, con una vida interesantísima, que ¡se casó con un conde! El afortunado es Charles Stanhope, cuarto conde de Harrington, conocido como vizconde de Petersham. Un hombre muy famoso en su época por su gusto por la moda (hasta diseñó algunas prendas). María y él se casaron en 1831, unas semanas después de que ella dejase la carrera. Una boda que fue objeto de gran chisme, desde luego. Tuvieron dos hijos y tal vez fueron felices y comieron perdices.

Siempre guardo la esperanza de que en algún rincón de aquella época hubiera uniones (o amores) capaces de todo y en esta ocasión lo he encontrado. Y aunque no lo hubiera, es la magia de la ficción histórica, que podemos cambiar los finales amargos en otros más felices.

Quiero contaros, para zanjar este tema de salseo entre tramoyas, que podríamos decir que si de alguien bebe el personaje de Cassandra es de Sarah Siddons, una de las actrices más amadas de la época y que formaba parte de la escena (y también la social) de Bath, a menudo. Según podemos leer en janeausten.co.uk ella fue residente en Bath al inicio de su carrera y ocupó una casa en Abbey Green y más tarde en Paragon. Era tan conocida que se dice que, cuando murió, fueron a rendirle tributo más de 5000 personas. He disfrutado mucho leyendo su biografía, sus apariciones en periódicos, y viendo todo lo que consiguió dentro y fuera de los escenarios en una época tan complicada para las mujeres. Musa del drama y la tragedia, ella era lady Macbeth por excelencia. De hecho, se retiró después de una de

sus interpretaciones de este personaje, tal y como nuestra protagonista planea hacer en la novela. Las alabanzas que recibe Cassandra en mucho se le parecen a las que ella tuviera. Cuando Henry lee la crítica del público a sus actuaciones es una adaptación de una de las críticas reales que le hicieron a la actriz Miss María Foote, pues estas damas llenaron los periódicos de la época con las crónicas de sus actuaciones y sus retratos. La propia Jane Austen, nuestra heroína de la Regencia por excelencia, tenía sus favoritas tal y como puede leerse en sus cartas.

En fin, una profesión complicada en aquellos tiempos y ahora, así que mando un abrazo enorme a todas las actrices que me leen, y en especial a mi amiga Eva a quien dedico la novela. Tenéis mi más profunda admiración.

En esta novela, además de aprender sobre las actrices y sus vicisitudes, he leído muchísimo sobre trabajo infantil en la Regencia y la situación de los niños, y también adultos, en las fábricas. Ha sido duro ver cómo se trataba la infancia en la época y, sobre todo, saber que por desgracia en algunos lugares sigue siendo así. Más allá del aprendizaje y el mal rato, he sacado ideas para unas cuantas historias. ¡Algo bueno!

Otra de las cosas con las que he disfrutado como una enana es trazando el viaje que hacen desde Trevena hasta Bath. He estado viendo guías de viaje y carreras de diligencias, pero al final me he decantado por darle también unos toques personales. Boscastle en algunas guías de la época aparece con dos S, y sin embargo en la actualidad queda solo con una. Para evitar confusiones se la he quitado también. Dice en una de las guías «*no good Inn*», o sea... «no hay una buena posada». Licencia de autora poner un sitio donde sirvan tostadas exquisitas. No podía faltar la parada en Glastonbury. Como amante de las novelas de caballería y de las leyendas del rey Arturo, y habiendo sido mencionado Tintagel, necesitaba que pasasen por allí y que visitasen el famoso Tor. Un lugar increíble, desde luego. Espero que el viaje se os hiciera tan ameno como a mí, que casi me veía ya en el carruaje con ellos.

Para terminar, dos apuntes.

Esta historia tiene vínculos con *El Halcón y el Lirio*, de mi saga *Destinos en la tormenta*. Siendo que el protagonista de esa novela,

Tristán de Alarcón y Trebarwith, es hijo de una dama de la familia de Henry, Elizabeth (no la hermana), que por las fechas en las que se desarrolla esta novela estaba ya comprometida con Arturo de Alarcón, un español. Aunque se desarrolla mayormente en terreno patrio, en ella aparece Tintagel en diversas ocasiones. En el final de ambas hay un guiño que las conecta. Y, por cierto, Pentargon, lo que da nombre a la casa de la familia, es una increíble cascada cerca de Boscastle en Cornualles. No sabéis los viajes que hago por Google Maps sin moverme de mi casa. Ja, ja.

Ah, y si sois curiosos buscad *Fanny Hill*. Basta con que asoméis por la página que tiene en Wikipedia para que os hagáis una idea del escándalo que debió de ser en la época una novela con tal contenido. Pobre lady Gleann si llegara a leerla…

Y ya os dejo, que os he tenido largo rato secuestrados. :p

Muchísimas gracias una vez más por haberme acompañado en este bonito viaje. Si os ha gustado podéis dejarme unas estrellitas, una reseña o comentarme algo por redes. Me encanta hablar con los lectores.

Como de costumbre, os traigo la banda sonora.

Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/2lQRnoEaKZT3EgmnxyYGFU?si=e5586719505343b7

YouTube:

https://youtube.com/playlist?list=PLmRjQc8N7c9FfmhNM8LF52TtpjE6kEUja

Un abrazo enorme.

¡Nos leemos en la siguiente! A ver qué sorpresas nos tienen preparadas Arthur y Azucena…

Agradecimientos

A ti, que me lees, por darle una oportunidad a esta novela. Espero que la hayas disfrutado.

A Lola Gude, Laura y todo el equipo de Selecta por vuestro trabajo.

A mis lectoras cero en esta historia: Ángeles Valero, Virginia Orive de la Rosa, Elena Moralejo y Aitor Polo. Muchas gracias por todo vuestro cariño y por estar ahí.

A mi familia y amigos por todo su apoyo incondicional.

A la gente bonita de Twitter que respondió a la llamada para ponerle un nombre potente al papá de Henry, al final se me ocurrió este y no elegí ninguno de los vuestros, pero gracias igualmente por tanto como comentasteis y tantas buenas ideas que me distéis. Guardo el hilo para cuando lo necesite.

Como siempre, a todos los medios de divulgación histórica y literaria que sirven de

fuentes de documentación, porque sin su labor sería imposible conocer el pasado.

Fuentes

Bullar, John. *A Historical and Picturesque Guide to the Isle of Wight.*

Cotton Mills and Factories Act 1819.

Chamberlain Oulton, *Walley, The Traveller's Guide; Or, English Itinerary: Containing Accurate..., Volumen 1.*

García, Manuel (1818). Traducción de *Macbeth* de William Shakespeare: *Macbé, o, Los remordimientos: tragedia en cinco actos*, publicada en 1818.

Health and Morals Of Apprentices Act 1802.

Osborn, C. (1903). *A History of Factory Legislation.*

Owen, Robert (1771-1858). *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada (París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXIV, n.° 1-2, 1993, pp. 279-297.*

Robert Peel. *Through his exertions a crude factory, 1802.*

Richardson, J. H. (1949). *The Early Factory Legislation.*

Shelley Bennett, Mark Leonard. *A Passion for Performance: Sarah Siddons and Her Portraitists.*

Dorca, Juan. *Quince dias en Londres, ó sea, Corto viage de un francés á Inglaterra a fines de 1815*.

Y las que ya han sido citadas en las novelas anteriores de la serie.

Páginas web consultadas a octubre de 2022:

https://debretts.com

https://www.parliament.uk/about/living-heritage/transformingsociety/livinglearning/19thcentury/overview/earlyfactorylegislation/

https://hansard.parliament.uk/Commons/1836-05-09/debates/dce17f4a-39bf-42be-8638-a1507268dfe0/FactoriesRegulationsBill

http://www.historyhome.co.uk/peel/factmine/owennewl.htm

http://hansard.millbanksystems.com/commons/1818/feb/19/cotton-factories-bill

https://www.eduardomontagut.es/mis-articulos/historia/item/1258-las-primeras-factory-acts-1802-y-1819.html

https://www.meer.com/es/29607-historia-de-los-ninos-trabajadores

https://thebathmagazine.co.uk/history-baths-original-theatre-royal/

http://lesleyannemcleod.blogspot.com/2011/08/all-worlds-stage-actresses-of-regency.html

https://sharonlathanauthor.com/three-famed-regency-actresses/

https://janeaustensworld.com/tag/regency-actresses/

https://janeausten.co.uk/blogs/authors-artists-vagrants/the-indomitable-mrs-siddons

https://www.naomiclifford.com/maria-foote/

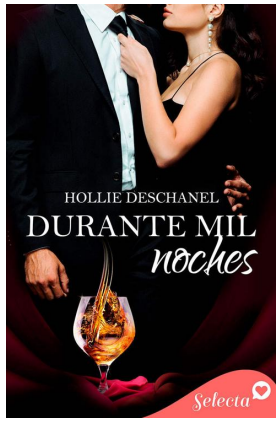
https://archives.history.ac.uk/gazetteer/gazweb2.html

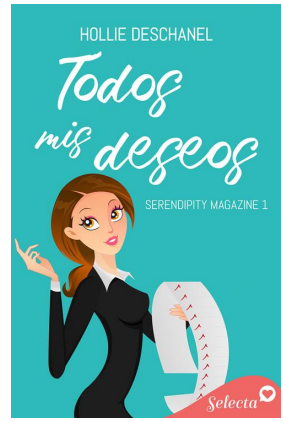
https://thethingsthatcatchmyeye.wordpress.com/tag/maria-foote/

Si te ha gustado

Entre el deber y el placer

puedes disfrutar de estas





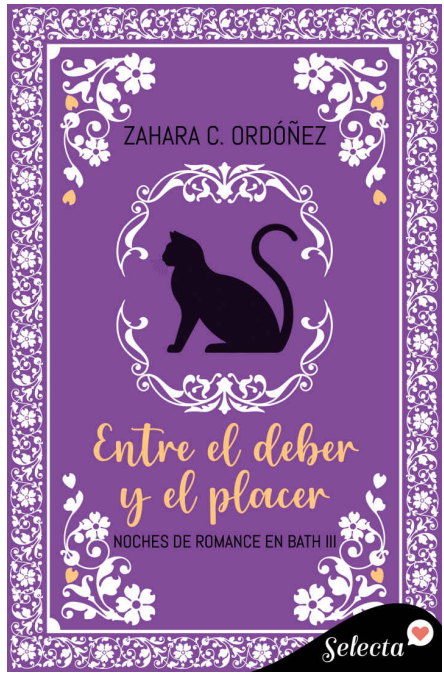
EDICIÓN LIMITADA
Mayeda Laurens
Serie
Cinco chicos con suerte
Selecta

RUTH M. LERGA
Publicada originalmente como
Brandy Manhattan
Ligar es como montar en bici
Selecta

ÁNGELES VALERO
Noches de patatas fritas y cerveza
De amor y otros vicios 1
Selecta

Zahara C. Ordoñez
De tu mano a la luna
JÚPITER EN SATURNO 1
Selecta

Entre el deber y el placer
Noches de Romance en Bath 3



«Sé que no hay forma de que podamos estar juntos y, aun así, el deseo de estar a su lado por siempre es más fuerte que nunca».
Un escándalo.
Dos reputaciones en juego.
Una impetuosa pasión.
Un amor tan imprevisto como indebido.
Henry Trebarwith, cuarto hijo del conde de Trevanyon, es un joven brillante y responsable. Sin embargo, su fuerte sentido de la justicia con los más necesitados, algo que no casa en una sociedad egoísta y vanidosa, lo ha puesto en riesgo de escándalo en más de una ocasión.
Cassandra Emery es una reputada actriz, talentosa, bella y… desgraciada en el amor. Acumula desengaños esperando que alguien la ame de verdad, cosa que teme jamás sucederá. Tras su peor decepción, dispuesta a plantarle cara al que la engañó, se cuela en el club de caballeros. Una falta al decoro inadmisible.
Henry media por ella; un acto que traerá consecuencias y los llevará a

la más impetuosa de las pasiones, **hasta que sus corazones tengan que elegir entre el deber y el placer. Porque…** ¿cómo va el hijo de un respetado conde, famoso por su defensa de la moral, a verse envuelto en una relación con una actriz? ¿Cómo va ella a arrojarse a otro amor imposible?

Zahara C. Ordóñez (Jaén, 1983) es una amante de la literatura romántica. Le encantan las novelas de época y el siglo XIX, pero también los escenarios actuales. España es uno de sus lugares favoritos a la hora de ambientar sus obras. Apasionada de la Historia y malagueña de adopción, no concibe la vida sin escribir, sin el mar y sin la música. Cree en el amor y en los finales felices. Para ella, «todo empezó con una tormenta».

Redes sociales:
Twitter: @AzaOrdom
Instagram: zahara.c.o
Facebook: Zahara C. Ordóñez
Email: zahara.c.or@gmail.com

Edición en formato digital: diciembre de 2022

© 2022, Zahara C. Ordóñez
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín Leal
Istockphoto, Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-51-2

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] De la traducción de D. Manuel García, *Macbé, o, Los remordimientos: tragedia en cinco actos*, publicada en 1818.

[2] Tanto este fragmento como el de la página siguiente pertenecen también a la traducción de D. Manuel García, *Macbé, o, Los remordimientos: tragedia en cinco actos*, publicada en 1818.

Índice

Entre el deber y el placer

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Glosario
Nota de autora
Agradecimientos
Fuentes

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Zahara C. Ordóñez
Créditos
Notas